Las Festividades de Precepto

LIBRO de lectura, único en su clase en España, el cual contiene la historia de las festividades que nuestra Santa Madre Iglesia manda guardar, y los evangelios de las Dominicas del año,

ARREGLADO POR

Ramón Moreno Méndez

Maestro de 1.ª enseñanza en Santas Martas

CON LA APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

SEGUNDA EDICIÓN

LEÓN
Imp. de Román Luera Pinto
—1906—

0

A. 17-2ª
2770

LAS
FESTIVIDADES DE PRECEPTO

LIBRO

DE LECTURA ÚNICO EN SU CLASE EN ESPAÑA
EL CUAL CONTIENE LA HISTORIA
DE LAS FESTIVIDADES
QUE NUESTRA SANTA MADRE IGLESIA
MANDA GUARDAR, Y LOS EVANGELIOS
DE LAS DOMINICAS DEL AÑO

arreglado por

Ramón Moreno Méndez

Maestro de 1.ª enseñanza en Santas Martas

CON LA APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

SEGUNDA EDICIÓN

LEÓN
Imp. Román Luera Pinto
— 1906 —

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de León

EXCMO. É ILMO. SR.:

Examinado por orden de V. E. I. el librito titulado **Las festividades de precepto,** *compuesto por D. Ramón Moreno Méndez no creo que contenga error alguno contra el dogma católico y la sana moral, pudiendo, por lo tanto, concedérsele la licencia que solicita para su publicación.*

Dios guarde á V. E. I. muchos años. León 30 de Noviembre de 1895.

JERÓNIMO LUCAS

León 3 de Diciembre de 1895.

Concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse la obra de que se hace mérito, en atención á no contener cosa alguna contraria á la sana moral y á la doctrina de nuestra Santa Madre Iglesia, según resulta de la anterior censura.

Lo decretó y firma S. E. I. de que certifico,

† EL OBISPO

Por mandato de su Excma. é Ilma.
el Obispo mi señor
DR. ADOLFO P. MUÑOZ
SECRETARIO

A mis queridos compañeros en el profesorado:

Yo el más humilde de todos vosotros, voy á dedicaros este librito de lectura para los niños que concuren á vuestras escuelas.

Parece, á primera vista, no ser incumbencia de las Maestros la explicación de esta doctrina y sí de los párrocos, vicarios ó encargados de la cura de almas. Pero nosotros mentores de la niñez; arquitectos, por tanto, de ese gran edificio social, estamos obligados á construir sus cimientos con solidez; y estos no serán sólidos sino fuesen de materia dura y colocada sobre un terreno firme, cual es la verdadera y única religión católica.

Por otra parte, los que nos honramos con el glorioso título de verdaderos hijos de la Iglesia (como debieran ser todos los profesores españoles), estamos hoy más que nunca, llamados á contrarrestar esas doctrinas nefandas que circulan en folletos y periódicos, y se enseñan en esas escuelas modernas llamadas Láicas, oprobio de esta nación verdaderameete católica.

Este es el móvil que me impulsa; contribuir con un átomo de mis débiles fuerzas á la oposición de esos errores y sofismas impíos que están haciendo trizas á la sociedad, formando todos los días asociaciones inspiradas y presididas por Satán.

Además, la experiencia de algunos años de práctica en el profesorado, me ha enseñado ser de necesidad este librito, porque es mucha la ignorancia que

los niños (y lo que es más lamentable, muchos adultos) tienen de la significación de las fiestas de precepto, que nuestra madre la Iglesia manda guardar, santificándolas con oir misa entera, hacer algún acto de caridad, y abstenernos de obras serviles.

Consta de veinte capítulos; dando principio con la primera dominica de Adviento y terminando con la vigésima cuarta después de Pentecostés.

No os fijéis en el estilo, que os parecerá tosco y desaliñado (y en realidad lo es); fijáos en la doctrina, que es la doctrina de la Iglesia, la que con todas nuestras fuerzas debemos trasmitir é inculcar en los tiernos corazones de nuestros discípulos.

Si le acojéis con benevolencia, os lo agradecerá en el alma vuestro cordial amigo y compañero; y Dios Nuestro Señor os lo premiará en esta vida y en la otra.

CAPÍTULO I

Principio del año eclesiástico

El primer día del año eclesiástico, es el domingo primero de Adviento, y el principio de aquel tiempo privilegiado que precede á la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Suele caer en últimos días de Noviembre ó principio de Diciembre.

El Adviento no es otra cosa que un tiempo prescrito antes de la fiesta de Navidad para que se dispongan, por la oración, el ayuno y otros ejercicios de devoción á celebrar con fruto el advenimiento ó venida del redentor del mundo, por otro nombre el Mesías, que es lo que significa la palabra *adventus*.

Así como la Cuaresma de cuarenta días fué instituida en la Iglesia para servir de preparación á la festividad de Pascua de Resurrección, así el Adviento se estableció para disponernos á celebrar la fiesta de Navidad: por eso el primer concilio de Mascón mandó que se celebrase la Misa y el Oficio divino según el orden y la regla que se observa en Cuaresma.

El Evangelio de esta primera Dominica habla de la segunda venida de Jesucristo á este mundo el día del juicio final; dice así:

«En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas; y en la tierra consternación de las gentes por la confusión que causará el ruido del mar y de sus ondas: quedando los hombres yertos por el temor y recelo de las cosas, que sobrevendrán á todo el universo: porque todas las virtudes de los cielos serán conmovidas; y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y majestad. Cuando, pues, comenzaren á cumplirse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redención. Y les dijo una semejanza: Mirad la higuera y todos los árboles; cuando ya producen de sí el fruto, entendéis que cerca está el estío. Así también cuando viereis hacerse estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. En verdad os digo, que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas sean hechas. El cielo y la tierra pasarán; mas mis palabras no pasarán».

El Evangelio de la segunda Dominica corresponde perfectamente al designio que tiene la Iglesia en este santo tiempo, de disponernos á celebrar dignamente el advenimiento del Salvador del mundo, puesto que se ve en él, el testimonio que le ha dado, su santo Precursor, á fin de que, por medio de la predicación de aquel que ha sido destinado para anunciarle, sepamos quién es el que va á venir:

«En aquel tiempo dice: Habiendo Juan oido hablar en la prisión de lo que obraba Jesucristo, envió dos de sus discípulos para decirle: ¿Eres tú el que

ha de venir ó debemos esperar á otro? Jesús les respondió: Id, y contad á Juan lo que habéis oido y lo que habéis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan; el Evangelio se predica á los pobres, y es feliz aquel que no se escandalizare de mí. Cuando los discípulos se iban, Jesús se puso á hablar de Juan, y dijo al pueblo: ¿Qué habéis ido á ver al desierto? ¿una caña que agita el viento? pero, ¿qué es lo que habéis ido á ver? ¿un hombre vestido blandamente? Mas los que están vestidos de este modo habitan en las casas de los príncipes. Y bien, ¿que es lo que habéis ido á ver? ¿un profeta? Sí, en verdad, yo os lo digo, y más que profeta. Porque de él es de quien está escrito: Hé aquí que yo envío mi Angel, delante de tí, el cual te preparará el camino».

La Inmaculada Concepción de María

El día ocho del mes de Diciembre celebra la Iglesia la festividad de la Inmaculada Concepción de María Santísima, una de las más gloriosas, y por tanto que más debe excitar la devoción de los fieles. En ella celebramos aquel primer instante en que María, saliendo de la nada, se encontró, por una especial gracia, perfectamente hermosa á los ojos de su Criador, quien habiéndola formado como la obra más cumplida y más cabal de su Omnipotencia, y

habiéndola colmado al mismo tiempo de todos los dones, más liberalmente que jamás lo había hecho en favor de todas las criaturas, halló en ella un objeto digno de su amor y de sus más dulces complacencias. Virgen santa, exclama el sabio Idiota: Vos sois toda hermosa en todo el curso de vuestra vida, sin exceptuar un solo momento y jamás ha habido en Vos mancha alguna de pecado sea mortal, sea venial, sea original. María en su Concepción fué exenta de aquella ley general; y esto es lo que se entiende por la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima; quiere decir que María no tuvo parte alguna en el pecado del primer hombre; ó lo que es lo mismo que jamás contrajo la mancha del pecado original. ¿Y cómo hubiera podido el Angel saludarla llena de gracia si hubiera habido en su vida un momento en que estuviese privada de ella? ¿Cómo era posible que la gracia que Dios concedió á Eva, la primera mujer que trajo al

mundo la muerte, la negase á María que debía dar á luz al Autor de la vida?

Debiendo la carne de Jesús ser una porción de la carne de María, según expresión de San Agustín, ¿cómo se podría imaginar que este Dios de pureza, hubiese permitido que la carne de María, de la cual debía formar su propio cuerpo el Salvador del mundo, hubiese sido jamás manchada? No quiera Dios, exclama San Bernardo, que nos venga al pensamiento el que esta dichosa morada, donde el Verbo hecho carne habitó, haya necesitado jamás de ser purgada de la menor mancha.

Este ha sido siempre el sentir común de toda la Iglesia; y aun cuando no ha sido declarado como dogma de fe, hasta que el inmortal Pío IX lo hizo en el siglo actual, sin embargo, desde el nacimiento de la Iglesia no ha habido siglo alguno en que la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, no haya sido objeto de su veneración y de su culto. Así nos lo prueban las liturgias, rezos, bulas pontificias, decretos de los Concilios, consagraciones de los monarcas con todos sus reinos, y los templos erigidos en su honor.

En nuestra querida España, hace muchísimos años que esta fiesta es de las más solemnes; y en las Cortes de Madrid del año mil setecientos sesenta, María Santísima, bajo el título de la Inmaculada Concepción, se tomó por patrona de todos los dominios sujetos al rey católico D. Carlos III. Y ningún predicador, en este reino, deja de comenzar su

sermón con estas palabras: Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, y la pura y limpia Concepción de María Santísima, Madre de Dios y Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original, desde el primer instante de su ser natural. Amén.

La tercera dominica de adviento no es menos solemne en la Iglesia que las dos antecedentes. Su Evangelio nos refiere el testimonio auténtico que San Juan dá á los judíos de la venida del Mesías en la persona de Jesucristo.

«En aquel tiempo, dice: Los judíos de Jerusalén enviaron sacerdotes y levitas para que preguntasen á Juan: ¿Quién eres? Él lo confesó, y no lo negó; y lo volvió á confesar:

Yo no soy el Cristo. ¿Quién eres, pues, le preguntaron? ¿Eres Elías? No; dijo él. ¿Eres Profeta? No, le respondió. Oyendo esto le dijeron. Dinos, pues, quién eres, para que podamos responder á los que nos han enviado; ¿qué es lo que dices de tí mismo? Entonces le respondió: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Ordenad el camino del Señor como lo ha dicho el profeta Isaías. Y los que habían sido enviados eran de la secta de los fariseos. Entonces le hicieron una nueva pregunta. ¿Por qué bautizas le dijeron, si no eres ni el Cristo, ni Elias, ni Profeta? Juan les respondió diciéndoles: Yo no administro más que un bautismo de agua; pero hay en medio de vosotros uno á quien vosotros no conocéis. Este es el que debe venir después de mí, que es an-

tes que yo, y del que yo no soy digno de desatar la correa de su calzado. Estas cosas pasaron todas en Betania, del otro lado del Jordán, en donde bautizaba Juan».

El cuarto domingo de Adviento, debe excitar tanto más nuestra devoción, cuanto más cerca está de la solemnidad que exige todo nuestro celo. Con esta intención, y á este fin, ordena la Iglesia los ayunos que preceden á este domingo, que son las Témporas. comprendidas en el miércoles, viernes y sábado de la semana antecedente.

Témporas

Llámanse las cuatro Témporas: los ayunos que la Iglesia prescribe de tres en tres meses, el miércoles, viernes y sábado de la misma semana, para consagrar las cuatro estaciones del año, con la penitencia de algunos días de ayuno, para pedir á Dios la conservación de los frutos de la tierra y darle gracias por los que ya nos ha dado, y para conseguir que dé á la Iglesia, en estos tiempos de órdenes ministros santos.

El Evangelio contiene la historia de la predicación de San Juan Bautista y de la primera función que desempeñó en cualidad de Precursor del Salvador. Este santo hombre que había pasado toda su juventud en la soledad, se presentó delante del pueblo de Israel, á los treinta años de su edad y veintinueve de la de Jesús, para prepararle los caminos

con su predicación: no era él mismo la luz, pero estaba para dar testimonio de la luz.

«El año décimo quinto, dice, del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de la Judea Poncio Pilato; tetrarca de Galilea, Herodes; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturca y del país de Traconitis; y Lisanias, tetrarca de la Abilinia; en el Pontificado de Anás y de Caifás, la palabra del Señor se dirigió á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y fué por todo el país que está á la larga del Jordán predicando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados, como está escrito en el libro que contiene lo que ha dicho Isaías, profeta. La voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, hacedle sus senderos rectos. Se llenarán todos los valles y se abatirán todas las montañas y todas las colinas, lo que no está derecho será rectificado, y lo que es escabroso, se hará un camino llano y toda la carne verá la salud que viene de Dios.

CAPÍTULO II

Vigilia de Natividad

Siendo la fiesta de Natividad una de las más antiguas y solemnes de la Iglesia, no debe admirarnos que su vigilia sea tenida también por un día de solemnidad privilegiada.

El origen y espíritu de estas vigilias fué muy

laudable y santo, especialmente en los primitivos tiempos de la Iglesia en que los cristianos llenos de fe, pasaban la noche anterior á la festividad reunidos en el templo orando, prevenidos antes con el ayuno para disponerse á celebrarla dignamente. Pero entibiándose esta fe con el trascurso del tiempo, la Iglesia se vió obligada á suprimir estas juntas nocturnas por el abuso que muchas veces se hacía de ellas, y solo ha conservado esta costumbre en la vigilia de Navidad. En las demás vigilias, no empieza el oficio doble hasta las vísperas; pero en ésta dá principio en los laudes, es decir, desde el amanecer. Antiguamente cesaba toda obra servil y todo trabajo corporal; hoy sólo está limitado á cerrarse los tribunales hasta el día después de Reyes.

Como cuando nació el Salvador fué hacia media noche, la Iglesia destina todo el día precedente para prepararnos á celebrar este dichoso nacimiento con ejercicios de piedad y de penitencia, de los que nos han dispensado, conservándose el ayuno y la abstinencia de carne.

En la Misa y Oficio de este día. parece que ha reunido cuanto hay en la Escritura de más tierno, de más patético y más capaz de movernos tocante al nacimiento del Mesías. «Hoy, sabréis, canta, que vendrá el Señor, y os salvará, y por la mañana veréis su gloria. Pueblo de Judea y de Jerusalén, no gimáis ya por vuestro destierro, cesen vuestros lloros y vuestros sustos, mañana tendréis un Salvador que os sacará de esta triste región del llanto. Ale-

gráos, pueblos del universo, porque la iniquidad que inunda toda la tierra se debe borrar mañana por el nacimiento del Salvador del mundo que viene á reinar sobre nosotros.» Ha llegado el tiempo en que María debe dar al mundo á su Hijo: ya se han cumplido las profecías de Jacob y de Daniel referentes al Mesías; las setenta semanas predichas por Daniel han espirado; luego el tiempo del nacimiento de ese hermoso Niño ha llegado ya.

La Santísima Virgen y San José, llegaron esta tarde á Belén y no hallaron en todos los mesones de la ciudad, un rincón en que alojarse: sólo una vieja majada, fuera de la población, que servía de establo á las bestias, fué el aposento que pudo escoger el Dueño soberano del universo. Allí, estando la noche en la mitad de su carrera; María Santísima sin detrimento de su virginidad, como nos dice el P. Astete, dió á luz á su Santísimo Hijo. Por eso la Iglesia manda que se diga á media noche una Misa solemnísima, á la que exhorta á todos sus hijos que asistan para que recojan las gracias que, á manos llenas, por decirlo así, derrama el Salvador en aquella dichosa hora, que es propiamente la hora primordial de la salvación. ¡Y cuántos, por desgracia, después de haber hecho de la colación una explén-dida cena, van al templo á dormir, á bostezar, mientras los demás están dando gracias á Dios por el beneficio grande que les acaba de hacer, de venir á vivir entre los hombres después de haberse hecho hombre!

La Natividad del Señor

El veinticinco de Diciembre es el día en que celebran todos los fieles la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, según la carne. Era el año cinco mil ciento noventa y nueve de la creación del mundo; y el cuarenta y dos del imperio de Octaviano Augusto. Jamás se había visto en el mundo paz más universal, que la que entonces reinaba. Aprovechándose de ella este monarca, dió un edicto mandando que todos sus súbditos se empadronasen, porque quería saber el número de hombres útiles para las armas. Un tal Cirino tuvo la comisión en la Siria, Palestina y Judea: y para facilitar la ejecución, ordenó que cada uno se empadronase y diera su nombre en la ciudad de donde era originaria su familia. San José partió de Nazareth, pequeña ciudad de Galilea. donde tenía su domicilio, y fué á Judea, á la ciudad de David, llamada Belén, para hacerse alistar con María, su esposa, que estaba cerca al parto. No fué poco trabajo para estos dos esposos tener que hacer cuatro días de camino para llegar á Belén. Pero como entrambos estaban perfectamente instruídos del misterio, y sabían que el Mesías, según la profecía de Miqueas, debía nacer en aquella ciudad, sufrieron con resignación y gusto las incomodidades del viaje y refugiándose en una especie de establo, ó cueva, que estaba fuera de la ciudad, y donde á la sazón se hallaba un buey y un jumento. Posada tan humilde no dejó de contristar

á los tiernos esposos; pero le convenía á Aquél que venía á enseñar la humildad á los hombres, y cuya grandeza y majestad son independientes de toda exterioridad.

No ignorando María Santísima la hora en que debía nacer el Salvador, pasó todo el tiempo que precedió á este nacimiento en compañía de su esposo, en una dulce y amorosa contemplación del misterio que iba á cumplirse. A media noche, sintiendo que el término había llegado ya, parió, sin dolor y sin lesión alguna de su pureza virginal, á su Hijo primogénito, que fué asimismo su único Hijo, el cual adoró postrada en tierra, con aquellos transportes de amor, de admiración y de respeto de que sólo Dios puede conocer el ardor, el precio y la medida; tomándole luego en sus brazos, le envolvió en los pañales que había llevado, y le recostó en el pesebre donde se echaba de comer á las bestias. Aquella pobre cuna vino á ser entonces el lugar más respetable del Universo. Ningún Ángel dejó de venir á adorarle en este lugar. También se comprende fácilmente la impresión que haría en San José la vista de este divino Niño, quien por una predilección particular, le había escogido para que hiciese las veces de padre. ¿Quién se imaginaría que el Supremo Señor del Universo había de nacer en un lugar tan humilde? Un Dios Niño y este Niño Dios, para quien el cielo no tiene cosa que sea bastante magnífica, y que tiene su trono sobre las estrellas, está reclinado en un pesebre, es fomentado

con el vaho y aliento de dos animales, está expuesto á todas las inclemencias del tiempo, mientras que tantos reyes y príncipes, que son sus súbditos, nacen en palacios sorprendentes y en la abundancia de todo. ¿Donde está, exclama San Bernardo, el palacio de este Rey recién nacido? ¿dónde está su trono, dónde los oficiales de su Corte? Su palacio es el establo, su trono es el pesebre, María y José componen toda su Corte. ¿Quiéres saber, dice San Agustín, quién es el que ha nacido de esta suerte? Yo te lo diré: «Es el Verbo de Eterno Padre, el Criador del mundo, la luz del cielo, la fuente de la paz y de la bienaventuranza eterna, la salud del linaje humano, el que vuelve al camino á los que se extravían; en fin, es el que es toda la alegría y esperanza de los justos».

Sin embargo, aunque el Hijo de Dios quiso nacer en la oscuridad de un establo, no dejó de manifestarles su nacimiento á los judíos y á los gentiles. Los Ángeles le comunican á los pastores, y una estrella á los Reyes Magos. Los pastores velaban en los campos vecinos guardando sus ganados, cuando se les aparece un Ángel más resplandeciente que el sol. Al principio quedaron deslumbrados y llenos de terror; pero el mismo Ángel los serenó, diciéndoles: «No temáis porque os vengo á traer la nueva más alegre que se puede imaginar, y que vosotros jamás podríais esperar; la que debe ser para vosotros y para todo el pueblo motivo de un extremado gozo. Acaba de nacer un Salvador en Belén, en un pue-

blo que vosotros llamáis ciudad de David, el cual es el Mesías, el Salvador de las almas, vuestro Señor y vuestro Dios: le hallaréis allí envuelto en pañales, y reclinado muy pobremente en el pesebre de un establo; estas son las señales que os doy para conocerle, y convenceros de la verdad de lo que os digo». Apenas el Angel concluyó de hablar, cuando se oyó á una multitud de espíritus celestiales cantar alabanzas á su Dios y Señor, diciendo: «Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad y de corazón recto.»

Los pastores no desprecian el aviso, antes bien, animándose los unos á los otros á ir á ver estas maravillas, parten al punto, llegan á Belén poco después de media noche, y habiendo encontrado el establo entran en él penetrados de una unción extraordinaria de la Gracia que derrama interiormente en sus almas Aquel divino Salvador: se postran á sus pies, le adoran como á su Señor y á su Dios, y habiendo hecho sus cumplidos con la Santísima Virgen y con San José, se vuelven á sus ganados llenos de un gozo indecible; no cesan de glorificar al Señor por todas las cosas que han visto y oido, y las cuentan con su natural sencillez á cuantos encuentran. Todos los que los oyeron, dice el Evangelio, quedaron atónitos de las cosas que supieron y aprendieron de la boca de los pastores.

Todo predica en el nacimiento del Salvador, todo es instrucción, todo lección, y todo nos dice que en cualquiera condición que hayamos nacido,

en cualquier estado que vivamos, es necesario que nuestro corazón esté desprendido de los bienes y de los placeres de esta vida. Por eso Dios, no hace anunciar el nacimiento de su Hijo á los sabios ni á los ricos de Belén: porque la soberbia, la avaricia y el placer, son grandes embarazos para ir á adorar á un Dios pobre, humilde y entre penas.

Esta fiesta ha sido en todos tiempos de las más solemnes de la Iglesia: el Adviento que la precede, las oraciones y la solemnidad de los ocho días últimos; las tres Misas que cada Sacerdote dice en este día, todo denota la celebridad de la fiesta. Siempre han sido honrados los nacimientos de los príncipes en las cortes y en los pueblos: el día feliz del nacimiento del Salvador del mundo ¿podrá honrarse menos entre todos los fieles? Esta consideración ha hecho que la Iglesia, viéndose precisada á prohibir todas las vigilias que estaban en uso, haya dejado la de Navidad á causa de la celebridad del día.

La tradición, desde los Apóstoles hasta nosotros, ha fijado siempre la época de este nacimiento el día veinticinco de Diciembre, y la Iglesia ha querido contar el año de la redención por el día de Navidad, fijando el punto del principio del año eclesiástico al punto del Nacimiento del Mesías.

CAPITULO III

La Circuncisión del Señor

El Misterio de la Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo, se puede llamar el gran Misterio de sus humillaciones y la primitiva prenda de nuestra salvación.

Habiendo Dios escogido un pueblo entre todas las naciones del mundo, dispuso que la Circuncisión fuese la señal para distinguirle de todos los demás, y dijo á Abraham: «Todos los hijos varones que tuviéreis serán circuncidados, y esta Circuncisión será la señal de la alianza que hay entre mí y vosotros». El Hijo de Dios se sujetó voluntariamente, á esta ley para demostrar que era Hijo de Abraham; de cuyo linaje estaba profetizado que había de nacer el Mesías. Por ningún título estaba obligado á ella, porque la Circuncisión se había ordenado como remedio para purificar la carne del pecado original, y la carne de Jesucristo estaba limpia de toda mancha. Pero, dice San Agustín, que como se cargó con el empleo de Salvador de los hombres, era necesario que se cargase asimismo con el sello de pecador, para que pudiese también cargar sobre sus espaldas la pena correspondiente al pecado. Por eso no tomó el nombre de Salvador hasta el día de su Circuncisión; y este fué el día en que echándose á cuestas la carga de nuestros pecados, hizo solemne obligación de satisfacer por ellos.

Fué circuncidado en Belén el octavo día de su nacimiento, y según San Epifanio, en el mismo portal donde nació. Acostumbraban los judíos, en ese día, poner nombre á sus hijos; y también al Hijo de Dios se le puso el nombre de Jesús, según el Angel se lo había prevenido en sueños á San José, diciéndole: «María tu esposa, parirá un Hijo, á quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará á su pueblo y le librará de los pecados.

Esta fiesta, antiquísima en la Iglesia, se celebra, ya con título de la octava de Natividad, y con el de la Circuncisión, y ya con el de fiesta particular de la Santísima Virgen; por eso el Introito de la misa, el Gradual y el Ofertorio son de la octava, la Epístola y el Evangelio del misterio de la Circuncisión; y las oraciones son en honor de María, que habiendo tenido tanta parte en estos Misterios, no era razón quedase olvidada.

Este día es el primero del año civil, según el modo de computar de los romanos; y también es el primero del año cristiano. Acostumbraban los gentiles celebrarle con toda clase de desórdenes, en honor del dios Jano y de la diosa Estrenas. Pero habiendo sido santificados por Nuestro Salvador con las primicias de su sangre, la Iglesia no ha perdonado medio alguno para mover á los fieles á celebrarle con piedad, verdaderamente cristiana, aboliendo la memoria de las profanidades gentílicas con la modestia edificativa, y ejercicios de devoción en que desea se empleen sus hijos.

El Evangelio que cae entre Natividad y Epifanía nos describe el recibimiento que el santo anciano Simeón, y la profetisa Ana, hicieron al niño Jesús en el templo; dice así:

«En aquel tiempo José y María, Madre de Jesús, estaban admirados por las cosas que se decían de Él. Simeón les dió su bendición y dijo á María, su Madre: Hé aquí este Niño ha venido al mundo para la perdición y para la salvación de muchos en Israel y para ser el blanco de la contradicción, y vuestra misma alma será traspasada con una espada, á fin de que se descubra lo que muchos piensan en el fondo de sus corazones. Y en aquel tiempo vivía Ana, la cual tenía el don de profecía y era hija de Fanuel y de la tribu de Aser: era de edad avanzada y había vivido siete años con su marido, con quien se casó siendo doncella y permaneció viuda hasta la edad de ochenta y cuatro años sin salir del templo, pasando religiosamente en él los días y las noches empleada en ayunos y en oraciones. Habiendo llegado á la misma hora, alababa tambien al Señor, y hablaba de este niño á todos los que esperaban la redención de Israel. Por fin, luego que dieron cumplimiento á todo lo que ordenaba la ley del Señor, se volvieron á Galilea, á la ciudad de Nazareth, que era el lugar de su residencia. Entre tanto el Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en Él».

La Epifanía ó adoración de los Reyes

La Epifanía, por otro nombre los Reyes, es una de las fiestas más célebres en la Iglesia Católica. Tres misterios se solemnizan en ella que sucedieron en un mismo día, aunque no en un mismo año: la adoración de los Reyes; el bautismo de Cristo por San Juan, y el milagro que hizo el Salvador en las Bodas de Caná de Galilea. Esta palabra griega *Epifanía*, que significa aparición, conviene perfectamente á estos tres Misterios; porque se manifestó el Señor á los Magos, cuando por medio de la estrella milagrosa le vinieron á reconocer por su Rey, su Dios y su Salvador: manifestó su divinidad en el bautismo, por medio de aquella voz del cielo que la declaró; manifestó su Omnipotencia en el primer milagro que hizo. Pero aun cuando todos tres Misterios están comprendidos en la palabra Epifanía la Iglesia sólo dedica este día á la adoración de los Reyes, que es el objeto de la festividad presente.

Es muy probable que en el momento que el Angel anunciaba á los pastores el nacimiento del Mesías en Judea, la nueva estrella le anunciaba también en el Oriente. Muchos la vieron y se maravillaron de su extraordinario resplandor; pero solamente los Magos, iluminados con luz sobrenatural, conocieron lo que significaba, y ni un momento dudaron en ir á buscar al que anunciaba.

Se da el nombre de Magos á estos Reyes, porque los orientales llamaban así á sus doctores, á quienes respetaban todos los pueblos, teniéndo'os como por depositarios de la ciencia y de la religión: y estos eran en realidad doctores. La Iglesia les llama Reyes, fundada en aquellas palabras de David, que dice: «Los Reyes de Tarsis y de las islas; los Reyes de Arabia y de Saba, vendrán á ofrecerle dones».

Habiendo observado estos tres monarcas, llamados Melchor, Gaspar y Baltasar, el día veinticinco de Diciembre una estrella más brillante que las ordinarias, juzgaron que era aquella estrella de Jacob, anunciada por el profeta Balaán, como señal de un rey que había de nacer para la salud de todo género humano, é inmediatamente la siguieron tomando el camino de Judea, donde por tradición sabían que había de nacer aquel Rey. Y como el Evangelio de este día no es otra cosa que la narración de este suceso, le copiamos íntegro, dice así:

«Cuando nació Jesús en Belén de Judá, en tiempo del Rey Herodes: Ved que unos Magos del Oriente vinieron á Jerusalén preguntando; ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los Judíos? Pues hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el Rey Herodes, quedó turbado, y con él, toda Jerusalén. Y congregando á todos los príncipes de los sacerdotes y doctores del pueblo hebreo, solicitaba saber de ellos donde nacería Cristo. En Belén de Juda, le dijeron, según está es-

crito por el profeta (en estos términos): Tú, Belen, pueblo de Judá, de ningún modo eres la mínima entre sus principales ciudades: porque de tí saldrá el capitán que rija á mi pueblo de Israel. Entonces Herodes, llamando á los Magos, secretamente investigó de ellos, con sumo cuidado, el tiempo en que les apareció la estrella; y enviándoles á Belén, les dijo: «Id y preguntad diligentemente donde está el Niño; y cuando le halleis, dadme aviso para que yo también pase á adorarle. Los cuales, habiendo oído al rey, marcharon, precedidos de la misma estrella que vieron en el Oriente, hasta el sitio donde estaba el Infante, sobre todo donde se fijó; con cuya vista se alegraron en extremo. Y entrando en el domicilio, encontraron al Niño con María, su Madre; y postrándose, le adoraron y abriendo sus tesoros, le ofrecieron en dones, oro, incienso y mirra; y avisados en sueños que no volviesen á Herodes, regresaron á su país por distinto camino.

Según opinión común, los Magos solo tardaron en llegar á Belén trece días. Después de ofrecerle sus dones al recién nacido, pensaron volver á Jerusalém, como habían prometido, para dar noticia de lo ocurrido á Herodes el tirano: pero como fueron avisados por el Angel, regresaron á su patria por distinto camino, y Herodes, viendo que no tocaban por su palacio, los tuvo por unos hombres simples, ligeros é ilusos, que avergonzados de no haber encontrado al que buscaban, no se atrevieron á volver á su corte, y quedó tranquilo. Mas cuando llegó

á su noticia las maravillas que habían sucedido en el templo con motivo de la presentación de Aquel Niño, que se decía ser el Mesías, entró en un cruel furor, y mandó pasar á cuchillo á todos los niños de dos años abajo que habían nacido en Belén y sus cercanías, por no dejar en vida al que los Magos le habían anunciado. Catorce mil niños varones fueron degollados, quedando toda la Judea llena de llanto, terror y consternación.

Dícese que las reliquias de estos tres Reyes, primeros héroes del cristianismo, fueron primeramente transportadas de Persia á Constantinopla, por el celo de Santa Elena; que después, en tiempo del emperador Emmanuel, se trasladaron á Milán, hasta que tomada y saqueada esta ciudad, por Federico Barbaroja, fueron trasladadas á Colonia, donde se conservan el día de hoy con singular veneración.

El Evangelio de la Dominica infraoctava de la Epifanía, trata del viaje que hizo el Niño Jesús, acompañado de sus padres á Jerusalém en tiempo de la Pascua:

«Siendo ya Jesús, dice, de edad de doce años, subió á Jerusalém con sus padres á celebrar la Pascua según la costumbre de los hebreos, y concluidos los días de la festividad, volviéndose á su domicilio, permaneció el Niño Jesús en Jerusalém sin que lo advirtiesen sus padres; juzgando vendría con la comitiva, caminaron todo el día, y echándole de menos, le buscaban entre los parientes y conocidos, y

no hallándole, volvieron á buscarle á Jerusalém, donde le encontraron después de tres días en el templo, sentado en medio de los doctores; oyéndoles y preguntándoles (sobre los vaticinios de los Profetas, acerca de su venida.) Pasmábanse todos los que le oían de su prudencia y respuestas; y viéndole sus padres, quedaron admirados; y reconviniéndole su Madre: Hijo ¿por qué te has portado así con nosotros? mira que tu Padre y Yo te hemos buscado con sumo dolor y sentimiento; les dijo: ¿Por qué causa me buscáis? ¿Ignorabais que en las cosas pertenecientes á mi Padre celestial conviene ocuparme? No entendieron los Padres por entonces las expresiones que les habló, y bajando con ellos á Nazareth, se portó como súbdito de ellos; pero su Madre conservaba todas estas palabras en su corazón, y Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres.»

El evangelio de la segunda Dominica después de la Epifanía, contiene la historia del primer milagro de Jesucristo, verificado en las Bodas de Caná á ruego de su Santísima Madre. Hé aquí como lo refiere San Juan:

«En aquel tiempo se celebraban unas Bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús se hallaba en ellas. Jesús fué también convidado á las Bodas con sus discípulos. Y habiendo faltado el vino, la Madre de Jesús, le dijo: No tienen vino. Jesús la respondió: Mujer ¿qué nos importa ni á tí ni á mí? Aun no ha llegado mi tiempo. Su Madre dijo á los que ser-

vían: Haced todo lo que Él os dijere. Había, pues, allí seis vasijas de piedra destinadas para las purificaciones de los judíos, cada una capaz de dos ó tres medidas (cincuenta ó sesenta azumbres.) Díjoles Jesús: Llenad las vasijas de agua; y ellos las llenaron hasta arriba. Entonces añadió Jesús: Sacad ahora y llevad al director del festín; y ellos lo hicieron así. Luego que éste hubo gustado el agua convertida en vino, no sabiendo de dónde venía este vino, porque sólo los sirvientes eran los que sabían bien que habían sacado agua, se dirigió al esposo y le dijo: Todos ponen al principio el vino bueno, y después que han bebido bien, se pone el que no es tan bueno; más Tú has guardado el buen vino hasta ahora. Jesús hizo este primer milagro en Caná de Galilea, y por él comenzó á hacer brillar su gloria, y sus discípulos creyeron en Él.»

El Dulcísimo nombre de Jesús

En esta segunda Dominica se celebra la festividad del Santísimo y Dulcísimo nombre de Jesús. Nombre verdaderamente divino, que sólo Dios pudo imponer al Salvador del mundo. Nombre venerable, que hace doblar la rodilla y humillarse á toda la grandeza de la tierra. Nombre sacrosanto, que extremece al infierno y pone en fuga á los demonios. Nombre como dice San Bernardo, de valor en los combates, de luz en los peligros, de consuelo en los trabajos y de salud á la hora de la muerte para to-

dos los que le tienen grabado en su corazón. Por siempre sea bendito este nombre adorable, ahora y en los siglos de los siglos.

El Evangelio de la tercera Dominica contiene la historia de la curación del leproso y la del criado del Centurión, que refiere San Mateo:

«En aquel tiempo, dice, como Jesús bajase de la montaña, le siguió una muchedumbre de gentes. Al mismo tiempo se llegó á Él un leproso, y le adoró, diciendo; Señor, si queréis, podéis limpiarme. Y extendiendo Jesús la mano, le tocó y le dijo: Quiero, queda limpio: y en el momento quedó limpio de su lepra. Enseguida le dijo Jesús: Guárdate de decir esto á nadie, sino ve y muéstrate al Sacerdote, y para prueba de que estás sano, ofrece el presente ordenado por Moisés. Habiendo entrado Jesús, después de obrado este prodigio, en Cafarnaán, se le acercó un Centurión y le rogó en estos términos: Señor, tengo un criado en mi casa, que está en el lecho, paralítico, y sufre gravísimos dolores. Díjole Jesús: Yo iré, y le curaré; á lo cual respondió el Centurión: Señor, yo no merezco que entréis en mi casa; más decid solamente una palabra, y mi criado quedará curado. Porque yo que soy un oficial subalterno, que tengo soldados á mis órdenes, digo al uno vé, y va, al otro ven, y viene; y á mi criado, haz esto y lo hace. Al oir Jesús este discurso, manifestó admiración, y dijo á los que le seguían: En verdad os digo que no he hallado tanta fe en Israel; pero también os digo que muchos ven-

drán del Oriente y del Occidente, y serán colocados en el festín con Abrahám, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, al tiempo que los hijos del reino serán arrojados fuera á las tinieblas exteriores en las que llorarán y crugirán los dientes sin remedio. Después dijo Jesús al Centurión: Ve, y suceda como lo has creído. Y en aquella misma hora quedó el criado sano.»

CAPÍTULO IV

La Purificación de María Santísima

Esta fiesta, que se celebra el 2 de Febrero, comprende dos grandes Misterios: La Purificación de María y la Presentación de su Hijo en el templo. María, en la Presentación, sacrifica, por amor de los hombres, la cosa que más ama como Madre, que es su Hijo, y en la Purificación sacrifica lo que más aprecia, como Virgen, que es la gloria de la misma virginidad.

Cuando el Señor dió la ley á su pueblo, ordenó que las mujeres se abstuviesen por algún tiempo, después del parto, de entrar en el templo. Este tiempo se limitó á cuarenta días, siendo hijo lo que pariesen, y á ochenta siendo hija; con la obligación de que pasado el respectivo término, la Madre se presentase en el templo y ofreciese al Señor en holocausto un corderillo en acción de gracias por su feliz alumbramiento, y un pichón ó tórtola para expiación del pecado. Y si la recién parida era pobre,

en lugar del cordero, ofreciese otro pichón ó tórtola; y éstos, sacrificados al Señor por el Sacerdote, la mujer quedase purificada. Además de esta ley había otra que entendía particularmente del hijo primogénito: «Si el primer fruto, dice la Escritura, del vientre de la madre fuere hijo, le separaréis para el Señor, y se lo consagraréis.» Según esto, todos los primogénitos de Israel debían ser dedicados al ministerio sacerdotal; pero como Dios había escogido para este empleo á la tribu de Leví, mandaba que los primogénitos de las otras tribus, después de presentados á É, como primicias que se le debían, fuesen rescatados á precio de dinero.

Esta ley de la Purificación, de ningún modo comprendia á María, que habiendo concebido por obra del Espíritu Santo, y siendo Madre sin dejar de ser Virgen, no tenía necesidad de purificarse; sin embargo, se sujeta voluntariamente á ella como todas las demás mujeres; y el día señalado por esta misma ley, se presenta en el templo con su Santísimo Hijo, le ofrece á su Eterno Padre, y luego le rescata dando cinco siclos y por ella dos pichones, que era lo que se mandaba ofrecer á los pobres.

Tampoco su querido Hijo estaba sujeto á la ley de la Presentación; pero no quiso prescindir de observar la ley, y desde este día comenzó en el templo el sacrificio de nuestra Redención, que se había de consumar en el Calvario.

Cuando esta sagrada familia entró en el templo, se hallaba en él un venerable anciano llamado Si-

meón, á quien el Espíritu Santo había prometido que no moriría hasta que no viese al Cristo del Señor; é iluminado interiormente conoció que aquella Mujer era la Madre de Dios, y el Hijo que tenía en sus brazos era el verdadero Mesías. Entonces lleno de gozo, tomó el Niño en sus brazos y dijo las siguientes ó parecidas palabras: «Ahora sí, Señor, que podéis disponer de vuestro siervo, llamándole al descanso eterno, según lo que tenéis de antemano prometido. Yo moriré contento, no teniendo más que desear en este mundo; tiempo es ya de que se cierren mis ojos, no teniendo más que ver, pues han logrado la dicha de ver al Salvador de los hombres; al que ha de enseñar á las naciones; al que ha de disipar con su luz las tinieblas del error y de la idolatría, extendida por toda la faz de la tierra; al que ha de ser, en fin, la gloria de tu pueblo de Israel.» Luego devolviendo el Niño á su querida Madre, le dijo: «Bien veo y bien comprendo que aunque este Niño ha venido al mundo para salvar generalmente á todos los hombres, algún día ha de ser su venida ocasión de perdición á muchos, que no querrán aprovecharse de su muerte. Previendo estoy, que no obstante el gran deseo que tienen los judíos de recibirle, no ha de tener mayor, ni peor enemigo que su pueblo. Mientras viva en este mundo, será objeto de contradicción. Acaba de ofrecerse como víctima á su Eterno Padre, y Tú has consentido su muerte por el mismo hecho de presentarle para ella: pues bien puedes hacer el ánimo á

que tu alma será de parte á parte traspasada con una aguda espada de dolor, cuando llegue el caso de consumarse á Tu misma vista este sangriento sacrificio.»

Mientras que Simeón hablaba así, una santa viuda llamada Ana, arrebatada del mismo espíritu que Simeón, comenzó á alabar á Dios, y á contar lo que sabía de Aquel divino Niño á cuantos esperaban la redención de Israel.

La ceremonia de las Candelas, que se hace en esta festividad, fué instituída á fin de borrar, con la santidad de nuestros misterios, las profanaciones é infamias que cometían los paganos en este tiempo, llevando antorchas encendidas y haciendo muchas ceremonias impías alrededor de sus templos, á las que daban el nombre de Lustraciones.

El Evangelio de la Dominica cuarta después de la Epifanía, está tomado de San Mateo; en él se refiere la tempestad que, repentinamente, se levantó en el mar de Galilea, mientras que el Salvador dormía en una barca de pescadores; tempestad que Él mismo apaciguó inmediatamente que se hubo desencadenado, dice así:

«En aquel tiempo: Habiendo entrado Jesús en una barca le siguieron sus discípulos, y hé aquí que de pronto se levantó una gran tormenta en el mar, de suerte que las olas cubrían la barca. Más Él entre tanto, dormía, y llegándose á Él sus discípulos le despertaron. Señor, decían, salvadnos, porque somos perdidos. Jesús, les respondió: ¿Por qué tenéis

miedo, gente de poca fé? Levantándose entonces, mandó á los vientos y al mar, y quedó todo en gran calma; los que estaban presentes quedaron asombrados, y decían: ¿Quién es este Hombre á quien obedecen los vientos y el mar?»

El Evangelio de la Dominica quinta también está tomado de San Mateo; en él propone Jesús, al pueblo que le seguía, la parábola del sembrador y de la cizaña:

«En aquel tiempo, dijo Jesús al pueblo esta parábola: El reino de los cielos es semejante á un hombre que había sembrado buen grano en su campo; pero mientras los criados dormían, vino su enemigo, sembró cizaña entre el trigo, y se retiró. Cuando hubo crecido la yerba y arrojado espigas, se echó de ver también la cizaña. Visto esto, los criados del padre de familia, vinieron y le dijeron: Señor, no habéis sembrado buen grano en vuestro campo ¿en qué consiste que hay en él cizaña? Un hombre enemigo es el que ha hecho esto, les dijo; y sus criados le repusieron: ¿Queréis que vayamos á recogerla? No, les dijo, no sea que al recoger la cizaña, arranquéis con ella el trigo. Dejad que crezca lo uno y lo otro, hasta la cosecha; y al tiempo de la cosecha yo encargaré á los segadores que cojan primeramente la cizaña y la aten en pequeños haces para quemarla, mas que el trigo lo recojan en mi granero.»

El Evangelio de la sexta es continuación del

anterior, donde sigue el Salvador instruyendo al pueblo, y les propone dos parábolas familiares:

«En aquel tiempo, dice, se dirigió Jesús al pueblo con esta parábola: El reino de los cielos es semejante á la grana de mostaza que tomó un hombre y la sembró en su campo, la cual, siendo la más pequeña de las semillas, cuando ha crecido es la mayor de todas las plantas, y llega á hacerse un árbol, de suerte que los pájaros del cielo vienen á posarse sobre sus ramas. Otra parábola les propuso también: El reino de los cielos es semejante á la levadura que una mujer toma y pone en tres medidas de harina, hasta que toda la masa está fermentada. Todas estas parábolas dijo Jesús al pueblo, y nunca le hablaba sin parábolas, á fin de que se cumpliese lo que había dicho el Profeta. Yo hablaré en parábolas; yo publicaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.»

Septuagésima

Se llama domingo de Septuagésima el primero de los tres que preceden al primer domingo de Cuaresma. Como el día de Pascua es la regla de todas las fiestas movibles en todo el curso del año, la Septuagésima es el primer término de las que la preceden. Se llama Septuagésima, según unos, porque es el séptimo domingo antes de Pasión; y según otros, porque desde él hasta el sábado antes del domingo de Cuasimodo, van setenta días, conside-

rando á la octava de Pascua como un sólo día según el espíritu y rito de la Iglesia. Pero se puede decir, que así como el primer domingo de Cuaresma le llama la Iglesia Cuadragésima, así á los tres precedentes cuyas semanas sirven de preparación para la referida Cuaresma, se ha guardado el orden numérico por decenas, llamando Quincuagésima al que precede al primero de Cuaresma; Sexagésima al segundo y Septuagésima al tercero.

La Iglesia pretende, en estas tres semanas, preparar á sus hijos para el santo tiempo de Cuaresma con el recogimiento, ejercicios de caridad, frecuencia de Sacramentos y la oración. Pero el demonio, siempre opuesto á este buen deseo de la Iglesia, ha introducido el Carnaval, convirtiendo un tiempo tan santo en días de disoluciones y desórdenes. Esta primera época de los días de penitencia, ha llegado á ser el anuncio de las más licenciosas partidas de placer. En vano la Iglesia se deshace en llanto y clamores de penitencia; se la deja gemir sin alterarse, y las gentes se entregan más á los regocijos y á las fiestas mundanas. Pero la Septuagésima viene todos los años á predicarnos la necesidad de la penitencia y... ¡desgraciados de ella aquellos que hacen la época de sus placeres criminales!

El Evangelio de este día está tomado de San Mateo, en donde propone Jesucristo la parábola de los obreros tomados á jornal para trabajar en la viña, á los últimos de los cuales se les dá el mismo salario que á los primeros.

En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: «El reino de los cielos es semejante á un padre de familias que salió muy de mañana, á fin de tomar trabajadores á jornal para su viña.» Convenido con los operarios en un denario de plata por el día, los envió á su viña. Habiendo salido hacia la hora de Tercia, vió otros que estaban en la plaza sin hacer nada y les dijo: «Id también vosotros á mi viña y os daré lo que fuere justo, y fueron allá. Salió también á la hora Sexta y la hora Nona, é hizo lo mismo. Cerca ya de la hora undécima salió otra vez, y habiendo hallado otros que estaban allí, les dijo: «¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada?» Ellos le respondieron: «Porque no nos han ocupado; y él les dijo: «Id también vosotros á mi viña.» Llegada la noche, el señor de la viña, dijo á su mayordomo: «Haz venir á los trabajadores y págales empezando desde los últimos hasta los primeros.» Los que habían vedido á la hora undécima recibieron cada uno un denario. Acercándose los que habían ido primero al trabajo, creyeron que recibirían más, pero no recibieron más que un denario; y al recibirle murmuraban contra el padre de familias. Los últimos, le decían, no han trabajado más que una hora y no obstante les has pagado tanto como á nosotros que hemos sufrido el peso del día y del calor. Mas respondiendo él á uno de ellos, le dijo: Amigo mío, ningún agravio te hago, ¿no te has convenido conmigo en un denario? Toma, pues, lo que te se debe y marcha. Tengo yo gusto en

darle á este último lo mismo que á tí. ¿No me es permitido el hacer lo que yo quiera? ¿ó miras tú con malos ojos el que yo sea bueno? Así sucederá que los últimos serán los primeros y los primeros vendrán á ser los últimos; porque son muchos los llamados y pocos los elegidos.»

El Evangelio de la llamada Sexagésima está tomado de San Lucas, dice así:

En aquel tiempo: «Habiéndose reunido una gran multitud que de todas las poblaciones corrían á Jesús, les habló así en parábola: Salió un sembrador para sembrar su grano y cuando sembraba, una parte cayó cerca del camino, fué pisado y los pájaros del cielo se lo comieron; otro cayó en paraje pedregoso, y apenas nació se secó porque le faltaba jugo; otro cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo con él las espinas, le sofocaron; la otra parte cayó en buena tierra, y habiendo nacido, dió un fruto centuplicado. Dicho esto, clamaba en alta voz: El que tenga oidos para oir que oiga. Sus discípulos, oido esto, le preguntaron qué era lo que significaba esta parábola, y él les dijo: A vosotros se os ha concedido el que conozcáis el Misterio del reino de Dios; pero á los demás sólo en parábolas; de suerte que, viendo no vean y oyendo no entiendan. Oid, pues, lo que significa la parábabola.

La semilla es la palabra de Dios. Los que están cerca del camino, son los que la oyen, pero viene el demonio enseguida y quita de su corazón la palabra, no sea que creyendo, se salven. Los que

reciben la semilla sobre un terreno pedregoso, son los que habiendo oído la palabra, la reciben con alegría, mas no tiene en ellos raíces en qué prender, porque creen un tiempo y sucumben en el tiempo de la tentación. La que cayó entre espinas, son aquellos que han oído la palabra de Dios, pero que ellos mismos la sofocan, sin dejarla producir fruto, entregándose demasiado á los cuidados, las riquezas y los placeres de la vida. En fin, la que cae en buena tierra, son aquellos que, habiendo oído la palabra con un corazón recto y bien dispuestos, la conservan, y recogen el fruto por la paciencia.»

CAPÍTULO V

Quincuagésima

El domingo de Quincuagésima, no es menos privilegiado en la Iglesia que los dos precedentes. El Evangelio de este día está tomado de San Lucas; en él se refiere que habiendo el Salvador llamado aparte á sus discípulos, les predijo claramente todo lo que debía sucederle en Jerusalém.

En aquel tiempo, dice: Tomó Jesús á los doce consigo y les dijo: Ved aquí que vamos á Jerusalém y se cumplirán todas las cosas que los Profetas han dicho del Hijo del Hombre. Porque será entregado á los gentiles, tratado con irrisión, azotado, cubierto de salivas; y después de haberle azotado, se le condenará á muerte, y resucitará al tercero

día. Mas ellos no entendieron nada de todo esto; era una cosa oculta para ellos y no comprendieron lo que significaba este discurso. Como se acercase á Jericó, un ciego que estaba sentado cerca del camino y que pedía limosna, oyendo pasar una muchedumbre, se informó de lo que era; le dijeron que era Jesús de Nazareno que pasaba, y al punto exclamó: Jesús, Hijo de David, tened compasión de mí. Deteniéndose Jesús, le hizo traer y cuando tuvo cerca al ciego, le preguntó: ¿Qué quiéres que yo haga contigo? Señor, respondió el ciego, haced que vea. Ve, le dijo Jesús, tu fe te ha salvado. Inmediatamente vió, y le siguió publicando las grandezas de Dios. Todo el pueblo que vió este prodigio, dió también gloria á Dios.»

Miércoles de Ceniza

El miércoles de Ceniza, aun cuando no es día de precepto, es de muy especial devoción por ser el día en que da principio el santo tiempo de Cuaresma; tiempo de combates y de victorias para el cristiano, por medio de las armas del ayuno y de la penitencia. Se llama así este primer día de ayuno de Cuaresma á causa de la santa ceremonia de poner la Ceniza sobre la cabeza de los fieles, símbolo de penitencia y señal sensible de dolor y de aflicción. La Iglesia nos dirige, por boca de sus ministros, estas memorables palabras que Dios dijo al primer hombre en el momento de su desobedien-

cia: «Acuérdate, hombre, que eres polvo y que en polvo te convertirás.» Palabras terribles y fulminantes para el hombre, porque significan la pena á la muerte del cuerpo, pero dulce y consoladoras para el pecador penitente, porque como dice San Crisóstomo, le enseñan el camino de su conversión por la penitencia. Aunque ésta sea propia de todos los días de la vida, con todo, la Cuaresma se puede considerar como la estación de la penitencia, es decir, como el tiempo en que produce más frutos, sea á causa de la multiplicidad de las oraciones y de los socorros espirituales, sea por la obligación que la Iglesia ha vinculado á ella de los cuarenta días de ayuno.

El primer domingo de este tiempo de Cuaresma es celebrado en la Iglesia con una veneración singular; es uno de los más privilegiados y solemnes. Su Evangelio tomado de San Mateo, contiene la historia de la Cuaresma de Jesucristo en el desierto, como que ella es el origen, y debe ser el modelo de la nuestra, dice así:

En aquel tiempo: «Fué Jesús conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y llegándose el tentador le dijo: «Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan.» Jesús le respondió diciendo: «Está escrito que no es el pan solo el que mantiene la vida del hombre, sino también toda palabra que sale de la boca de Dios.» Enton-

ces el diablo le llevó á la ciudad santa, y poniéndole sobre lo más alto del templo, le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque está escrito: Que ha encargado á sus Ángeles que cuiden d. tu persona, que te lleven en sus manos, para que las piedras no ofendan á tus pies. Respondióle Jesús: Igualmente está escrito: «No tentarás al Señor, tu Dios.» El diablo le tomó todavía y le llevó á un monte muy alto, y mostrándole desde allí todos los reinos del mundo, con toda su gloria, le dijo. «Todas estas cosas te daré si postrándote me adorares. Entonces le dijo Jesús: «Retírate Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y á Él sólo servirás. Entonces le dejó el diablo, y en el mismo momento vinieron los Ángeles y le sirvieron.

El Evangelio de la segunda Dominica, también de San Mateo, contiene la historia de la transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo sobre la montaña del Tabor.

En aquel tiempo, dice: «Tomó Jesús en su compañía á Pedro, á Santiago y á Juan, su hermano y los llevó á la cima de un monte muy encumbrado y se transfiguró delante de ellos. Su rostro apareció resplandeciente como el sol, y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve; inmediatamente se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Él. Tomando Pedro la palabra, dijo á Jesús: Señor, bueno es que nos quedemos aquí; si queréis hagamos aquí tres tiendas, una para Vos, otra para Moi-

sés y otra para Elías.» Aun estaba hablando, cuando una nube luminosa los envolvió y luego salió de la nube una voz que decía: «Este es mi Hijo muy amado, en quien yo he encontrado todas mis delicias; oidle á Él.» Al oir estas palabras los discípulos, llenos de espanto, cayeron con el rostro contra el suelo. Llegándose luego á ellos Jesús, les tocó y les dijo: «Levantáos y no tengáis miedo.» Entonces, levantando los ojos, vieron que Jesús estaba solo. Y cuando bajaban del monte, les intimó Jesús este precepto y les dijo: «A nadie digáis lo que habéis visto, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.»

La fiesta de San José

La fiesta de San José se celebra el 19 de Marzo. San José, esposo de la Santísima Virgen, nació en Judea, de cuarenta á cincuenta años antes que Jesucristo y probablemente en Nazareth, porque allí tenía su habitación y domicilio. Era de la tribu de Judá y de la real casa de David, aunque su nobleza estaba oscurecida por su estado humilde. Su profesión era carpintero; pobre en riquezas humanas, pero muy rico en virtudes y muy noble ante los ojos de Dios. Había llegado á aquel supremo grado de perfección que declara el Evangelio llamándole: «Varón justo»; esto es, un hombre que posee todas las virtudes en un grado eminente. Por eso fué elegido por Dios para ser en la tierra el archivo de sus

mayores secretos, un fiel custodio de la virginidad de María y tutor y nutricio del mismo Jesucristo y en este sentido su padre. Había resuelto guardar perpétua virginidad como María, y sinó hubiera sido porque ambos estaban iluminados por el Espíritu Santo, no hubieran consentido en el matrimonio. Celebróse éste en Jerusalém, y después de desposados, renovaron mútuamente, según Santo Tomás, el voto de perpétua virginidad.

A los pocos días después se efectuó el Misterio de la Encarnación, ignorándolo San José; y su esposa se guardaba muy bien de decírselo, porque el Espíritu Santo quería que estuviese reservado hasta su tiempo. San José recordó las palabras de Isaías, que decían: «Que de una doncella de la casa de David había de nacer el Salvador;» y entonces, creyéndose indigno de su compañía, pensó en dejarla. Entonces el Ángel se le apareció en sueños y le dijo: «José, acuérdate que eres de la casa de David y que de ella ha de nacer el Mesías prometido. No temas, ni pienses en dejar la compañía de tu esposa; es cierto que está preñada; pero el Hijo que tiene en sus entrañas fué concebido por obra del Espíritu Santo; porque es el Salvador del mundo, unigénito del Eterno Padre y el prometido Mesías.

Instruído ya San José del Misterio de la Encarnación, comenzó á mirar á María como á Madre del Redentor, y por consiguiente, con el mayor respeto, veneración y ternura.

La acompañó cuando fué á visitar á su prima

Santa Isabel; con ella estuvo en Belén, donde nació Jesús; con ella fué al templo á la Purificación; y sabiendo que Herodes buscaba al tierno Infante para quitarle la vida, con Él y su Madre huyó á Egipto, donde permanecieron hasta la muerte del tirano; con ellos volvió á Nazareth y con ellos fué á Jerusalém á celebrar la Pascua, cuando el Niño se perdió. El Evangelio nada más nos dice de tan glorioso Santo, sino que vuelto á Nazareth, el Niño Jesús le obedecía.

Se ignora cuándo murió, pero se cree que fué antes que Jesucristo empezase su predicación. ¡Muerte feliz! Acompañado de Jesús y asistido por su queridísima Esposa, espiró dulcemente en manos del Hijo y de la Madre; y su alma, acompañada de multitud de espíritus celestiales, fué á descansar al seno de Abrahám, donde permaneció hasta que Jesucristo, con su muerte y triunfante resurrección rompió las cadenas de aquel destierro, y salió con otras muchísimas, para ir á descansar eternamente en las delicias de la gloria.

El Evangelio de la tercera Dominica, tomado de San Lucas, contiene grandes lecciones y grandes misterios. Acaba Jesús de convertir á la célebre pecadora pública. Esta conversión hizo que muchos se resolviesen á seguirle; y seguidamente le presentaron un pobre oprimido con tres grandes enfermedades, para cuya curación no eran bastantes todos los remedios naturales. Estaba poseído del demonio y era ciego y mudo, no por naturaleza,

sino que el demonio era el que le quitaba el uso de la palabra y de la vista.

En aquel tiempo, dice: «Estaba Jesús echando un demonio, y este demonio era mudo. Y habiendo arrojado el demonio, habló el mudo, y la muchedumbre quedó admirada.» Sin embargo, alguno de los que allí estaban, dijeron: «Este arroja los demonios en virtud de Beelzebub, príncipe de todos ellos; otros para tentarle le pedían algún prodigio del cielo.» Mas viendo Jesucristo lo que pensaban, les dijo: «Todo reino dividido entre sí, será arruinado, y sus edificios caerán unos sobre otros.» Sí, pues, Satanás está dividido en sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? Porque vosotros decís, que yo arrojo los demonios en virtud de Beelzebub. Ahora bien. Si yo arrojo los demonios en virtud de Beelzebub, vuestros hijos ¿en virtud de quién los arrojan? Por tanto ellos serán vuestros jueces. Mas si yo arrojo los demonios por virtud de Dios, no queda duda que ha venido á vosotros el reino de Dios. Cuando un hombre valiente, bien armado guarda la entrada de su casa, está seguro todo lo que posee; pero si viene otro más fuerte que él y le vence, le despojará de todas las armas en que confiaba, y distribuirá sus despojos. El que no es conmigo, es contra mí; y el que no coge conmigo, disipa. Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda por lugares áridos buscando reposo, y no hallándole, dice: «Volveré á mi casa de donde he salido» y á su vuelta la halla barrida y adornada. Entonces va y

toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando, hacen asiento en ella, y la última condición de aquel hombre es peor que la primera. Sucedió, pues, que cuando hablaba de este modo, levantando cierta mujer la voz de enmedio de la multitud, le dijo: «Dichosas las entrañas que te llevaron y felices los pechos que te dieron de mamar.» Antes bien, repuso Jesús: «Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica.»

CAPÍTULO VI

Cuarta Dominica de Cuaresma

El Evangelio de la Misa de la cuarta Dominica de Cuaresma, contiene la historia de la multiplicación de los cinco panes con que el Salvador alimentó en el desierto cerca de cinco mil hombres; milagro que ha sido siempre mirado como uno de los efectos más brillantes del poder de Jesucristo. Por eso este domingo ha tenido siempre una solemnidad más distinguida que los tres precedentes. San Juan nos lo refiere de la manera siguiente:

«En aquel tiempo pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea, que es el de Tiveriades, y una gran multitud le seguía, porque veían los milagros que hacía en favor de los que estaban enfermos. Subió, pues, Jesús á una montaña y se sentó allí con sus discípulos. Estaba próxima la Pascua, día

festivo para los judíos. Habiendo, pues, Jesús levantado los ojos y visto la gran muchedumbre que venia á Él, dijo á Felipe: «¿Con qué compraremos pan para que estos coman?» Esto lo decía para probarle, porque Él sabía bien lo que había de hacer. Felipe le respondió: «El pan que puede comprarse con doscientos denarios no bastaría para dar un pedazo á cada uno.» Andrés, hermano de Simón Pedro, uno de los discípulos de Jesús, le dijo: «Hay aquí un mozuelo que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué vale esto para tanta gente?» Haced, pues, que todos se sienten, dijo Jesús. Había mucho heno en aquel sitio. Sentáronse en número de cerca de cinco mil varones. Tomó luego Jesús el pan y habiendo dado gracias, lo distribuyó entre los que estaban sentados; comieron de ello y lo mismo de los peces, cuanto quisieron. Luego que se hubieron satisfecho, dijo á sus discípulos: «Recoged los pedazos que han quedado para que no se desperdicien.» Recogiéronles, en efecto, y de los pedazos que quedaron de los cinco panes de cebada, á los que habían comido, llenaron doce canastas. Al ver aquellas gentes el milagro que Jesucristo había obrado, decían: «Este es sin duda el Profeta que debe venir al mundo.» Mas sabiendo Jesús que iban á venir para llevarle y hacerle Rey, se fué por segunda vez solo á la montaña.

Domingo de Pasión

Hoy comienza la Iglesia á llamar nuestra atención, á los preparativos de la muerte de Jesucristo, por la consideración particular del Misterio de su Pasión. Como fué este el tiempo, poco más ó menos, en que los Sacerdotes, los Doctores de la ley y los Fariseos comenzaron á tramar su muerte y como se cree que en este día fué cuando quedó determinada la Iglesia para manifestar su tristeza, se viste de luto, quita de sus oficios todo cántico de alegría, cubre sus altares, y en todas sus oraciones dá á entender su dolor y su aflicción.

El Evangelio, tomado de San Juan, tiene gran relación con el Misterio de la Pasión, cuya solemnidad comienza hoy, dice así:

En aquel tiempo, decía Jesús á los judíos: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis? El que vive según el espíritu de Dios, oye la palabra de Dios; por eso vosotros no la ois, porque no estáis animados del espíritu de Dios.» Respondiéronle entonces los judíos: «¿No decimos nosotros bien, que Eres un samaritano y un endemoniado?» Repúsoles Jesús: «Yo no tengo demonio; yo honro á mi Padre y vosotros me habéis deshonrado. Por lo que hace á mí no busco mi propia gloria; hay otro que tiene este cuidado y hará justicia. En verdad, en verdad os digo, si alguno obedece á mi palabra, no morirá

jamás.» Ahora vemos bien, dijeron los judíos, que estás endemoniado. Abrahám ha muerto; los Profetas han muerto también; y Tú dices: «Si alguno obedece mi palabra, no morirá jamás.» ¿Eres tú mayor que Abrahám, nuestro padre, el cual ha muerto? Los Profetas han muerto también; ¿por quién pretendes que Te tengamos? Si yo me glorifico á mi mismo, respondió Jesús, mi gloria nada vale; pero quien me glorifica es mi Padre de quien vosotros decis que es vuestro Dios, y no obstante, no le habéis conocido, yo sí que le he conocido, y si dijere que no le he conocido, seré mentiroso como vosotros; pero yo le conozco y obedezco á su palabra. Vuestro padre Abrahám tuvo un gran deseo de ver el día de mi venida; lo vió y se llenó de alegría. Dijéronle, pues, los judíos: «¿Apenas tienes cincuenta años y has visto á Abrahám?» Díjoles Jesús: «En verdad, en verdad os digo, yo soy antes que fuese Abrahám.» Al oir esto, tomaron piedras para tirarle. Pero Jesús se ocultó y se salió del templo.

La Anunciación de la Santísima Virgen

El Misterio de la Encarnación, que se cumplió en el instante en que el Ángel le anunció á María, y Esta dió su consentimiento, debe considerarse como el principio de todos nuestros Misterios, como

el fundamento de nuestra Religión y como el origen de nuestra dicha.

Habiendo llegado el feliz momento de hacerse la reconciliación de los hombres con Dios, aquel mismo Arcángel Gabriel, que cuatrocientos años antes había declarado al profeta Daniel el nacimiento y la muerte del Mesías, fué enviado á una tierna doncella, llamada María, de la tribu de Judá y de la sangre Real de David. Vivía esta virtuosa Doncella en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, retirada de la vista y comercio, de las criaturas, y dedicada enteramente á su Dios; cuando hé aquí que se la aparece el Arcángel, lleno de respeto y veneración, y la saluda con estas palabras: *Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres.* Salutación que la aseguraba ser la criatura más agradable á los ojos de Dios que había en los cielos y en la tierra.

La repentina vista del Ángel en figura de hombre, causó en aquella Purísima criatura alguna turbación; su rostro virginal se llenó de un vergonzoso rubor y su corazón de sobresalto, lo que advertido por el Ángel, la aseguró, diciéndola: «No temas, María; porque has hallado gracia en los ojos de Dios; mira, concebirás y parirás un Hijo y le pondrás por nombre, Jesús. Éste será grande y se llamará el Hijo del Altísimo; y le dará el Señor Dios la silla de su padre David; y reinará sobre la casa de Jacob eternamente. Y su reino no tendrá fin.» Dijo María al Ángel: «¿Cómo se ha de hacer esto,

si yo no he conocido varon?» Y respondiendo el Ángel, la dijo «El Espíritu Santo vendrá sobre Tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por esto también lo que ha de nacer de Tí, que será santo, se llamará Hijo de Dios.» María iluminada interiormente con una luz sobrenatural, comprendió todos los milagros de aquel inefable Misterio y aniquilándose delante de Dios, dijo: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.* Al decir esto, el Ángel desapareció, y en aquel felicísimo momento, formó el Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen, y de su misma Purísima sangre, un hermosísimo cuerpo; y criando al propio tiempo un alma perfectísima, unió, en el mismo instante, el cuerpo y el alma sustancialmente á la persona del Verbo; y el Verbo, por medio de esta sustancial unión, se hizo carne. Inmediatamente, y allí mismo, los Ángeles adoraron aquel Hombre Dios; el vientre de la más pura entre todas las vírgenes, quedó convertido en templo del Verbo encarnado, y en ese mismo momento se cumplieron todas las profecías que anunciaban la venida del Mesías.

En este día, dice el sabio Gersón: «Fueron oídos los ardientes deseos de tantos santos Patriarcas, que suspiraban por la venida del Mesías.» Esta es la principal fiesta de la Santísima Trinidad, no habiendo otro día en que hubiese obrado iguales maravillas. En Jesucristo un Hombre Dios, y en María una Virgen Madre de Dios; y en nosotros, míseros mortales, unos hijos adoptivos de Dios. Tal fué el

efecto de la Encarnación, dice San Agustín, que en virtud de ella, y en la persona de Cristo, el Hombre se elevó á ser Dios y Dios se abatió hasta la forma del Hombre. Pero si el abatimiento del Verbo es asunto de grande admiración, no lo es menos la sublime elevación de María á la dignidad augusta de Madre de Dios; dos grandes prodigios. Un Dios con todas las obligaciones de un hijo para con su madre; y María, en posesión respecto de Dios, de todos los derechos de una madre para con su hijo. Después de esto, no hay que admirarnos, dijo San Agustín, que entre todas las puras criaturas, ninguna es igual á María.

En todos tiempos fué muy célebre esta fiesta. Cuando vivía el citado San Agustín, estaba ya señalado para ella el día 25 de Marzo, en el cual dice el mismo, se cree, por antigua y venerable tradición, que fué concebido y murió nuestro divino Redentor.

Semana Santa

La Semana Santa se ha considerado siempre como una semana de mortificación y de penitencia y exige de nosotros más devoción y santidad que ninguna otra, á causa de los grandes Misterios que en ella se celebran.

Llámase también Semana Mayor, no porque tenga más días que las otras, ni porque éstos sean más largos; sino porque Jesucristo ha obrado en ella los

más grandes Misterios. Desde los primeros siglos, los ayunos en esta semana eran más largos y las abstinencias más rigurosas. Las vigilias acompañaban á éstas, siendo la más considerable la del Jueves á Viernes Santo. Esta aún se observa por muchas personas religiosas que pasan toda la noche delante del Santísimo Sacramento, para honrar allí, con sus oraciones y ejercicios de piedad, las humillaciones del Salvador, y cuanto toleró de más ignominioso y aflictivo en la noche que precedió á su muerte, y que siguió á la institución de la adorable Eucaristía. En los primitivos tiempos de la Iglesia, toda esta semana era festiva: hoy se permite al pueblo el trabajo material; pero se prohibe todo ejercicio forense.

Domingo de Ramos

Pocos domingos hay en todo el año más solemnes que éste; y ninguno, tal vez, en que la Religión se presente con más brillo y en que la fe y la piedad de los fieles se haga más sensible. La Iglesia quiere en esta festividad honrar, en primer lugar, la brillante entrada de Jesucristo en Jerusalén entre los gritos de alegría, los aplausos y las aclamaciones del pueblo; y en segundo lugar, suplir, con su culto verdaderamente religioso y con su homenaje sincero de los corazones cristianos, lo que faltaba á un triunfo puramente exterior, seguido pocos días después, de la más negra é infame perfidia. Las

mismas bocas que en este día clamaban: «Salud, gloria y bendición al Hijo de David, que viene en el nombre del Señor.» Gritaban cinco días después: «Quítalo delante de nosotros; crucifícalo cual lo merece un malvado.»

Toda la ceremonia de este día está reducida á la bendición de los ramos y á una procesión solemne que representa la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalém, igualmente que su entrada triunfante en la mansión de su gloria. Por esto la procesión se hace fuera de la Iglesia, quedando, no sin misterio la puerta cerrada, la que no se abre hasta el regreso y después de haberla golpeado el sacerdote con el mango ó cabo de la cruz. Esto nos recuerda que el cielo estaba cerrado á los hombres y que Jesucristo es el que nos ha abierto la puerta, y merecido la entrada por su muerte de cruz.

El Evangelio de la Misa es la pasión, según San Mateo; y el de la fiesta, también de San Mateo, es como sigue:

«En aquel tiempo: «Acercándose Jesús á Jerusalém y habiendo llegado á Betphagé, al pie del monte Olivete, envió dos de sus discípulos, diciéndoles: «Id á esa aldea que está enfrente de vosotros é inmediatamente hallaréis una pollina atada y con ella, su pollino. Desatadlos y traédmelos, y si alguno os dijere algo, decidle que el Señor los necesita y al instante los dejará traer.» Todo esto sucedió así para que se cumpliese lo que estaba anunciado por el Profeta, cuando dijo: «Decid á la hija de

Sión, mira á tu Rey que viene á tí, en espíritu de dulzura, montado sobre una pollina y sobre el pollino de la que lleva el yugo.» Fueron los discípulos é hicieron lo que Jesús les había mandado. Trajeron la pollina y el pollino y habiéndoles cubierto con sus vestidos, le hicieron subir encima. Al mismo tiempo, innumerables gentes extendieron sus vestidos por donde había de pasar, otros cortaban ramas de los árboles y con ellas sembraban el camino. Las tropas que iban delante y los que la seguían, clamaban: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en lo más alto de los cielos!»

CAPÍTULO VII

Jueves Santo

Este día no es de precepto, pero es uno de los más solemnes del año y de la Iglesia á causa de los grandes Misterios que en él se han obrado. Celebramos en él el Misterio de la humildad de Jesucristo en el lavatorio de los pies de sus Apóstoles; el de su amor incomprensible en la institución del Santísimo Sacramento del Altar y del sacerdocio de la nueva ley; su oración y su agonía en el huerto de los Olivos y su prisión voluntaria.

El principal objeto de esta fiesta es la institución de la adorable Eucaristía; por eso la Iglesia

suspende su luto en la celebración de la Misa por el color y magnificencia de sus ornamentos, cantando el *Gloria in excelsis*. Pero no pudiendo celebrarla con la debida magnificencia en un día en que la memoria de la Pasión del Salvador participa de la solemnidad, y mezcla su luto con la alegría, le ha parecido oportuno trasferirla al jueves después de la octava de Pentecostés, para celebrarla con toda la pompa y majestad que pide un Misterio que contiene la fuente de todas las gracias y que puede llamarse el tesoro de nuestra Religión. Por tanto, reservamos el hablar de ella para ese día.

El Lavatorio de los pies es una de las principales ceremonias de este día, que nos explica el Evangelio de la Misa; según San Juan, dice así:

«Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su tiempo para pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y después de la cena, habiendo el demonio inspirado á Judas, hijo de Simón Iscariote, que le entregase; sabiendo que su Padre lo había puesto en sus manos, que había venido de Dios y que volvía á Dios, se levantó de la mesa, dejó sus vestidos y tomó un lienzo con que se ciñó. Después puso agua en una palangana y comenzó á lavar los pies de sus discípulos y limpiarlos con el lienzo con que estaba ceñido. Llegó, pues, á Simón Pedro, pero Pedro le dijo: «¿Tú, Señor, me lavas á mi los pies?» Respondióle Jesús, y le dijo: «Lo que yo hago no lo com-

prendes tú ahora; pero lo comprenderás después.» No permitiré, Señor, jamás, le dijo Pedro, que me lavéis los pies. Sino te lavo, repuso Jesús, no tendrás parte conmigo. Entonces, Simón Pedro, le dijo: «Señor, lavadme, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.» Díjole Jesús: «El que sale del baño no tiene necesidad de lavarse más que los pies, porque con esto queda enteramente limpio; así que vosotros estáis limpios, aunque no todos.» Sabía bien quién era el que debía entregarle, y por esto dijo: «No todos estáis límpios.» Luego, pues, que les hubo lavado los pies y volvió á tomar sus vestidos, se puso otra vez á la mesa, y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si, pues, yo siendo Señor y Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies los unos á los otros. Porque os he dado ejemplo, á fin de que vosotros hagáis lo mismo que yo he hecho con vosotros.»

Terminada esta ceremonia, nuestro adorable Redentor instituyó el Sacramento del Altar y después se fué al huerto de las Olivas á hacer oración. Allí padeció agonías y congojas tan terribles, que llegó á sudar sangre. Estando en su oración, llegó Judas con gente armada para prenderle; le ataron y tratándole con la mayor ignominia, le condujeron en la misma noche á Jerusalém con linternas y hachas encendidas, entre un ruído tumultuoso que indicaba á todo el mundo que llevaban algún preso

famoso. Llevósele á casa de Anás, que era el gran sacerdote; pero como Caifás, su yerno, era el que en aquel año desempeñaba las funciones del gran sacrificador, Anás le envió al Salvador para que le formase el proceso y le condenase. Prevenido Caifás de que le llevaba al que él aborrecía, había reunido en su casa los sacerdotes, los escribas y los ancianos. Caifás, para salvar las apariencias, preguntó á Jesús acerca de su doctrina. Respondióle el Salvador, con su acostumbrada dulzura, que Él había predicado siempre en público, y que por consiguiente, que no tenía más que preguntar á todos los que le habían oído. Una respuesta tan sabia, lejos de merecer aplauso, le atrajo una insigne afrenta. Uno de los oficiales de justicia le descargó una gran bofetada.

Si he hablado mal, dijo Jesús, muéstrame en qué; pero si nada he dicho que sea contra el respeto, ¿por qué me hieres de este modo? Algunos de la hez del pueblo, sobornados por los enemigos de Jesús, depusieron contra Él; pero por más que se valieron de todos los artificios para calumniarle, se contradecían, tan visiblemente, que jamás pudo hallarse viso de verdad en lo que decían. Entonces, el gran sacerdote, resolvió preguntarle sobre un punto muy delicado, y al que creyó que Jesús no podría dejar de responderle. Yo te conjuro, le dijo, por el Dios vivo, que nos digas si eres Tú el Hijo Único de Dios, el Mesías. Sí, respondió el Salvador, sin detenerse; yo soy el que tú dices. No necesitaba de

prueba esta respuesta; su vida, su doctrina y sus milagros lo probaban suficientemente; sin embargo, en el ánimo del tribunal, fué un decreto de muerte: porque todos dijeron: *Reo es de muerte.* Determinada ésta, se retiraron, y el Salvador quedó todo el resto de la noche, abandonado á la crueldad de los soldados, que no solamente hicieron de él objeto de su diversión, sino que mirándole como á una víctima vil destinada ya á la muerte, le trataron del modo más bárbaro del mundo; los unos le escupían en el rostro, los otros le acosaban á puntapiés; éstos le vendaban los ojos, y añadiendo la burla más impía y más injuriosa. Falso Mesías, le decían obofeteándole, adivina quien te hiere. Así pasó nuestro adorable Redentor aquella noche cruel.

Viernes Santo

Al amanecer de este día, volvieron á reunirse los enemigos de Jesús y determinaron llevarle á Pilato para que le juzgase y condenase á muerte. Jesús fué conducido á aquel tribunal profano, con las manos atadas á la espalda, cual si fuese un perverso, atravesando por Jerusalém, cuyas calles estaban llenas de gente. Pilato reconoció y declaró públicamente su inocencia, y le envió á Herodes, tetrarca ó gobernador de Galilea. Este tenía grandes deseos de conocerle, pero sólo por un motivo de curiosidad; así es que el Salvador no se dignó responder una

sola palabra á todas sus vanas cuestiones, y todo concluyó por injurias; y el que era la sabiduría eterna, fué tratado por loco y devuelto á Pilato. Éste quería librarle, pero el respeto humano se lo impide. Era costumbre conceder la vida á un criminal, á elección del pueblo la víspera de Pascua.

Pilato les propone á Jesús y á Barrabás. Jesús, el Santo de los Santos, que había dado la vida á tantos muertos y la salud á tantos enfermos; y Barrabás, malvado de profesión, ladrón público, jefe de facción y que había sido preso por haber dado muerte á un hombre hacía poco tiempo, ¿sobre quién recaerá la elección? Danos á Barrabás, se oye clamar por todas partes, y crucifica á Jesús. Pero, ¿qué mal os ha hecho? replicó Pilato. Crucifícalo, crucifícalo, le contestan. Entonces el juez pagano, creyó que el medio de apaciguar la rabia de aquel pueblo tumultuoso, era poner á Jesús en un estado que causase lástima al más bárbaro y mandó que fuese desgarrado á azotes. Ejercitóse la orden con tanta crueldad, que al mismo Pilato le causó horror, y pensó que bastaría mostrarle para estinguir tanto furor. En efecto, mandó presentarle al pueblo en un balcón, y en aquel estado tan lastimoso, les dijo: «Hé aquí el hombre. Miradlo, ¿podéis reconocerle? ¿temeréis todavía que en adelante quiera hacerse vuestro rey?» Un espectáculo tan lúgubre y tan patético, solo sirvió para irritar más á aquellos leones furiosos; la sangre del Salvador les puso todavía más encarnizados en quitarle aquel

pequeño resto de vida. Óyese por todo el público gritar: «¡Que sea crucificado! ¡Que muera!» Y Pilato, después de haber protestado públicamente, que no tenía parte en aquella escandalosa injusticia, entrega á aquel Cordero sin mancha para que sea inmolado; y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: «Soy inocente de la sangre de este Hombre justo; vosotros lo veréis.» A lo que respondió todo el pueblo: «Venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» Entonces los soldados del gobernador, condujeron á Jesús al pretorio, juntaron en derredor de Él la cohorte entera, y después de haberle despojado de sus vestiduras, le cubrieron con un manto de púrpura; y habiendo tejido una corona de espinas, se la clavaron en la cabeza; pusiéronle una caña en la mano derecha, y doblando la rodilla delante de Él, le decían por burla: «Salve, rey de los judíos.» Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían con ella en la cabeza. Después de haberse mofado así de Él, le desnudaron del manto de púrpura, le volvieron á poner sus vestidos, y le llevaron para crucificarle, cargando sobre sus delicados hombros, destrozados por los azotes, el pesado madero de la cruz. Sale Jesús de Jerusalém con aquella pesada carga; ríndese, cae arrodillado á cada paso; es necesario un milagro bajo de tal peso para no espirar.

Temerosos los judíos no se les muriese en el camino, encontraron un hombre de Cirene, llamado Simón, y le obligaron á que llevase la cruz, y

así llegaron al sitio que se llama Gólgota, esto es, Calvario. Desnúdasele segunda vez, y sacándole con violencia sus vestidos, se abren de nuevo todas sus llagas, se le extiende sobre la cruz, y por un exceso de crueldad, casi desconocido hasta entonces á los más fieros tiranos, se le traspasan los pies y las manos con gruesos clavos, que se hacen entrar en la cruz que le sostiene, á golpe de martillo. Concibamos, si es posible, lo que padeció nuestro amado Redentor. ¡Qué exceso de dolores cuando levantan la cruz y la dejan caer en el agujero abierto en la peña! ¡Triste y cruel estado en que Jesús se mantuvo por tres horas! Entonces fué, como dice San Pablo, cuando el Salvador de los hombres, estando clavado en la cruz, clavó consigo en ella la cédula de nuestra condenación, para borrarla con su sangre. Apenas es levantado á vista de todo el pueblo, cuando se le insulta, se le carga de oprobios, de ultrajes y de maldiciones. Pero Él, lleno de paciencia y caridad, ruega á su Padre por los que le quitan la vida, muere por ellos, y para ellos pide misericordia.

La Santísima Virgen tenía mucha parte en este gran sacrificio, y amaba á su Hijo con extraordinaria ternura para que le abandonase en aquel apuro. ¿Quién es capaz de concebir cual sería el dolor del Hijo y de la Madre en aquella cruel circunstancia? Allí fué donde se verificó la profecía de Simeón y en donde fué traspasada su alma con una espada que la causó un dolor más amargo que la misma muerte. Con razón decía esta angustiadísima Se-

ñora: «Ved si hay dolor igual á mi dolor,» En fin, en medio de los dolores, de las humillaciones y de los oprobios, viendo el Salvador ejecutados los decretos del cielo, cumplida la grande obra de la Redención, verificados todos los oráculos de los Profetas, pagadas todas las deudas de los hombres responsables á la justicia divina y satisfecho su amor extremado á los mismos hombres, dijo con una voz moribunda: «Todo está consumado.» Y bajando al mismo tiempo la cabeza, puso su alma en las manos de su Padre celestial, diciéndole: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu;» y en el momento espiró.

Acaeció entonces un temblor de tierra universal; el velo del templo se rasgó en dos partes: de alto abajo, las piedras se hicieron pedazos, los sepulcros se abrieron y los cuerpos de muchos Santos, que habían muerto, resucitaron; saliendo de sus sepulcros después de su resurrección, vinieron á la santa ciudad y

aparecieron á muchos. El Centurión y los que con él estaban allí guardando á Jesús, viendo el terremoto y las cosas que pasaban, quedaron muy espantados, y dijeron: «Este Hombre era verdaderamente Hijo de Dios.»

Después de todas estas cosas, José de Arimathea pidió á Pilato que le permitiese quitar de la cruz el cuerpo de Jesús. Pilato se lo permitió; y José, acompañado de un tal Nicodemus, tomaron el cuerpo y le envolvieron en lienzos con drogas aromáticas, según acostumbraban á sepultar los judíos. Había, pues, un huerto cerca del lugar donde había sido crucificado, y en este huerto un sepulcro nuevamente abierto, en donde ninguno había sido colocado. Allí pusieron á Jesús, á causa de que era la víspera del sábado de los judíos, y el sepulcro estaba cerca.

CAPÍTULO VIII

Domingo de Resurrección

Este es el día feliz, dice el Profeta, que ha hecho el Señor. Celebremos este día con todo el gozo y alegría que nos sea posible. En verdad, este Misterio es la prueba invencible de todos los demás; es el fundamento de nuestra Religión, la base de nuestra fe y de nuestra esperanza. Todo el cristianismo está fundado en la creencia de este Misterio; todo gira sobre esta verdad fundamental. Si Jesucristo

no ha resucitado, dice San Pablo, en vano predicamos, en vano creemos.

Aunque su divinidad estaba bien probada por su doctrina, por sus milagros y por los oráculos de los Profetas, sin embargo, era necesario que resucitase para que una verdad tan importante quedase fuera de todo ataque á los tiros de la calumnia. El Evangelio está lleno de las expresas declaraciones que continuamente hacía á sus discípulos de la Resurrección de su cuerpo al tercer día. Vosotros me preguntáis, les decía, con qué autoridad arrojo á latigazos á los que profanan el templo; destruíd, pues, este templo y yo lo volveré á edificar en tres días. Y el templo de que hablaba, dice San Juan, era su propio cuerpo. Después que hubiereis destruido por una muerte cruel é ignominiosa este templo visible, que es mi cuerpo, yo mismo lo restableceré al tercer día en el mismo estado, y en un estado todavía más perfecto.

Los judíos comprendieron bien todas estas expresiones; y tanto se penetraron de su verdadero sentido, que apenas murió, fueron inmediatamente á Pilato y le dijeron: «Nos acordamos que Aquel seductor ha dicho muchas veces durante su vida, que resucitaría al tercer día; preciso es, por consiguiente, tomar las debidas precauciones posibles para impedir que sea robado del sepulcro.» En efecto, tomáronse estas precauciones, y todo sirvió, á despecho de ellos, para hacer más incontestable y más sensible la verdad de la resurrección. Sólo la pie-

dra con que cuidan de cerrar la entrada del sepulcro, hubiera bastado, por su enorme peso, para asegurarles; pero aun no contentos, establecen una guardia de soldados aguerridos y de confianza alrededor del sepulcro, y pone el sello sobre la piedra. Según sus miras, lo hecho eran otros tantos obstáculos á la impostura; según las miras de Dios, eran otros tantos apoyos á la verdad. Sin los soldados hubiera sido necesario que los Apóstoles hubiesen sido los primeros denunciadores de este prodigio; pero como sospechosos é interesados en publicar el hecho, hubiera dado un resultado fatal; por el contrario, los soldados, testigos oculares de la resurrección, la denuncian á pontífices, y confunden de este modo su malignidad. Decid, les mandan, que vinieron sus discípulos de noche y lo han robado estando vosotros durmiendo. ¿Podrían los judíos servirse de un artificio más grosero, ni de una trapacería más marcada? ¿Y quién ha podido inspirar un ánimo tan repentino en un puñado de pobres pescadores que habían huido apenas supieron la prisión de su Maestro; y de los que el más determinado había jurado que no era su discípulo, cuando una criada le acusaba de ello?

¡Qué prueba tan incontestable de la divinidad de Jesucristo es la verdad de este gran misterio! Toda la religión, todo el Evangelio, están contenidos, por decirlo así, en este sólo artículo de nuestra fe: ¿Jesucristo ha resucitado? Luego es el Hijo de Dios; luego es Dios como su Padre, según Él nos lo ha

asegurado; sus palabras son oráculos de verdad; su Evangelio es la única regla de las costumbres; su Iglesia el único camino de la salud; su religión la única religión verdadera que puede haber en el mundo.

Por la excelencia del Misterio puede juzgarse la solemnidad del día. La fiesta de Pascua de Resurrección es la primera y la más augusta de todas las fiestas del año. La Iglesia la ha mirado siempre como el día del Señor, más especial; y la ha consignado el nombre de Dominica después de haber trasladado á ella todos los honores y deberes del sábado; así es que cada domingo puede considerarse como la octava perpétua de esta gran fiesta.

Siendo este día de Pascua, no sólo el más solemne, sino también el que determina ó fija el tiempo de todas las demás fiestas llamadas movibles, la Iglesia ha querido que se celebre en un mismo día en todo el mundo; y para eso, el Concilio ecuménico de Nicea, la fijó el domingo después del plenilunio de Marzo, el cual cae inmediatamente después del equinocio de la primavera; y como el primer día de esta luna se encuentra precisamente entre el ocho de Marzo y cinco de Abril, la Pascua no puede subir más que al veintidós de aquél, ni retrasarse más allá del veinticinco de éste.

El nombre de Pascua viene de la palabra hebrea *Pesach*, que significa pasaje; y entre los judíos significaba el paso del mar Rojo luego que salieron de Egipto, y el paso del Angel exterminador por las

casas de los egipcios quitando la vida á todos los primogénitos de los hombres y de las bestias. Entre los cristianos significa el paso de la muerte á la vida en la resurrección de Jesucristo; de la ley antigua á la ley nueva y del destierro de esta vida dicen los Padres, á la verdadera tierra prometida, que es el cielo, á la cual nos dan derecho la muerte y la resurrección del Salvador. La Iglesia en todo este tiempo pascual en lugar del himno, repite sin cesar la Aleluya que cantan eternamente los bienaventurados en la gloria, según dice San Juan.

El Evangelio de la Misa, tomado de San Marcos, contiene, en compendio, toda la historia de este misterio.

En aquel tiempo, dice: «María Magdalena, María madre de Santiago y Salomé, compraron drogas aromáticas para ir á embalsamar á Jesús. Salieron muy de mañana el primer día de la semana y llegaron al sepulcro salido ya el sol.» Decíanse entre tanto la una á la otra: «¿Quién nos quitará la piedra que está delante de la entrada del sepulcro?» Pero mirando hacia él, vieron que estaba quitada: era en efecto la piedra demasiado grande; y entrando en el sepulcro, vieron un joven sentado á la parte derecha, vestido con ropa blanca, y se espantaron. No temáis, las dijo; vosotras buscáis á Jesús Nazareno, el cual ha sido crucificado; resucitó, no está aquí: este es el lugar en que le pusieron; id, pues, ahora y decid á sus discípulos y á Pedro, que estará antes que vosotras en Galilea; allí es donde le veréis, conforme Él os ha dicho.

Domingo de Cuasimodo

Este domingo tan privilegiado en la Iglesia, es propiamente el fin de la octava de Pascua, la cual, antiguamente, no era más que una fiesta que duraba ocho días. Observábanse estos siete días de fiesta principalmente por los neófitos ó recién bautizados, para fortificarles con auxilios espirituales, contra los ataques del enemigo de nuestras almas. Se llama Domingo de Cuasimodo, nombre tomado de la primera palabra del introito de la Misa de este día.

Los eclesiásticos le llaman domingo *in Albis*, esto es, el domingo que sigue á la semana en que los neófitos llevan el hábito blanco en señal de la inocencia que habían recibido en el bautismo. Hoy, dice San Agustín, queda terminada la solemnidad de la Pascua, y por esto los neófitos mudan de hábito; bien entendido, que no porque muden el hábito blanco, deben abandonar jamás la blancura de su alma; es decir, la gracia santificante.

El Evangelio de este día, tomado de San Juan, contiene la historia de una aparición de Jesucristo resucitado, acaecida precisamente ocho días después de su resurrección. Al parecer, la hizo en favor de Santo Tomás, único de los Apóstoles que no le había visto resucitado, por no haberse hallado con los demás.

«En aquel tiempo, dice, á la caída de la tarde del primer día de la semana, estando cerradas las

puertas de la casa en donde estaban reunidos los discípulos, porque tenían miedo de los judíos, se presentó Jesús enmedio de ellos y les dijo: «La paz sea con vosotros.» Y habiéndoles dicho esto, les mostró sus manos y su costado. Al ver los discípulos al Señor, se llenaron de gozo, y por segunda vez les dijo: «La paz sea con vosotros. Yo os envío como mi Padre me ha enviado»; y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; aquellos á quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados y aquellos á quienes los retuviereis, les serán retenidos.» Uno de los doce, llamado Tomás, esto es, Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: «Hemos visto al Señor.» Mas él respondió: «Si no veo en sus manos las aberturas que han hecho en ellas los clavos, sino meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no lo creeré.» Ocho días después, estando todavía los discípulos retirados en la casa y estando Tomás con ellos, vino Jesús estando las puestas cerradas y poniéndose en medio de ellos, les dijo: «La paz sea con vosotros;» y en seguida dijo á Tomás: «Introduce aquí tu dedo y mira mis manos; alarga tu mano y métela en mi costado, y no seas ya incrédulo, sino fiel.» Inmediatamente exclamó Tomás: «Señor mío, y Dios mío.» Díjole entonces Jesús: «Tomás, porque me has visto has creído; bienaventurados los que no han visto y han creído.» Muchos otros milagros hizo todavía Jesús en presencia de sus discípulos,

que no están escritos en este libro. Mas estos se han escrito á fin de que creáis que Jesús es el Cristo Hijo de Dios y para que creyendo tengáis la vida en su nombre.

El segundo domingo después de Pascua, se llama comunmente del Buen Pastor, en razón del asunto del Evangelio, según San Juan y que dice así:

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos: «Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor de la vida por sus ovejas. Pero el mercenario, el que no es pastor, y á quien no pertenecen las ovejas ve venir el lobo, abandona las ovejas y huye; entre tanto, el lobo las arrebata y las dispersa. El mercenario huye porque es mercenario y no tiene interés por lo que mira á las ovejas. Yo soy el que es Buen Pastor; yo conozco mis ovejas y mis ovejas me conocen. Como mi Padre me conoce, así yo conozco á mi Padre y doy mi vida por mis ovejas. Otras ovejas tengo aunque no son de este aprisco y es necesario que yo las traiga á él; ellas oirán mi voz y no habrá más que una cabaña y un pastor.»

El evangelio de la tercera Dominica, según San Juan, contiene una parte del discurso que Jesús hizo á sus Apóstoles después de la última cena, en la noche de su pasión, donde después de haberles dicho que había llegado el tiempo de consumar la obra de la redención, les consuela prometiéndoles que después de su Ascensión á los cielos, enviará sobre ellos el Espíritu Santo, el que les animará y confortará para sufrir valerosamente cuantas per-

secuciones suscite el mundo contra ellos; y es como sigue:

En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos: «Dentro de poco tiempo, no me veréis ya, y poco tiempo después me volveréis á ver; porque me voy á mi Padre.» Dijéronse inmediatamente unos á otros, sus discípulos: «¿Qué quiere decirnos con esto, dentro de poco tiempo no me veréis ya, y poco tiempo después me volveréis á ver y yo me voy á mi Padre?» Decían, pues, ellos: «¿Qué es lo que quiere decir esto, dentro de poco tiempo? Nosotros no entendemos lo que quiere decir.» Conoció muy bien Jesús que ellos deseaban preguntarle y les dijo: «Vosotros cuestionáis sobre lo que yo acabo de deciros; dentro de poco tiempo no me veréis ya y poco tiempo después volveréis á verme. En verdad, en verdad os digo, vosotros seréis afligidos y lloraréis, pero el mundo se regocijará; vosotros estaréis sumergidos en la tristeza, pero vuestra tristeza se cambiará en alegría. Cuando una mujer está de parto padece, porque ha llegado su tiempo; mas luego que ha dado á luz á su hijo, olvida todo lo que ha pasado por la alegría que le causa el que ha nacido un hombre al mundo. Del mismo modo, pues, vosotros ahora estáis poseídos de la tristeza; pero yo volveré á veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría.»

CAPÍTULO IX

Las Rogaciones

Los tres días siguientes al quinto domingo después de Pascua, están consagrados por la Iglesia á rogativas públicas y solemnes, acompañadas de procesiones para pedir á Dios que se digne bendecir los bienes de la tierra y proveer á todas nuestras necesidades.

Fueron establecidas primeramente en Viena, el año cuatrocientos setenta, por su obispo San Mamerto, á causa de las muchas calamidades que continuamente afligían á aquel país. Allí eran muy frecuentes los terremotos; las bestias desolaban todas las campiñas, infinidad de lobos entraban en las poblaciones y hasta en las casas, en pleno día, y devoraban á sus habitantes. Los incendios eran casi diarios.

La noche de Pascua, del precitado año, estando todo el pueblo con su obispo, reunidos en el templo celebrando los sagrados misterios; se prendió fuego la casa Consistorial, que era magnífica. Todo el pueblo salió de la Iglesia, temiendo cada uno por su casa. Unicamente el santo obispo permaneció sólo delante del Altar, donde, deshecho en lágrimas, rogó fervorosamente al Señor que librase á sus fieles de tantos azotes y calamidades, é hizo voto de establecer en su diócesis, todos los años las

rogativas ú oraciones públicas y las procesiones. En el momento mismo de hacer el voto, cesó repentinamente el fuego, que había tomado grandes proporciones y parecía consumir toda la ciudad. Los habitantes, con la alegría de tan maravilloso acontecimiento, volvieron á la Iglesia para continuar los oficios y dar gracias á Dios. Entonces San Mamerto les declaró el voto que había hecho y les exhortó á que uniesen la penitencia á la oración. Toda la ciudad aplaudió los medios tomados por el santo obispo para aplacar la cólera divina; y no les quedó duda de que la extinción súbita y milagrosa del incendio, fué debida á sus oraciones y á su voto. La diócesis de Viena conoció pronto cuanto había agradado á Dios esta devoción. No volvieron á sentirse más temblores de tierra; los lobos desaparecieron, las campiñas no fueron ya nunca asoladas, ni los incendios destruyeron sus edificios.

Esta piadosa institución era muy interesante para que quedase reducida á una sola diócesis; así es que la mayor parte de las Iglesias de las Galias, se decidieron á imitar un ejemplo tan santo. En España se introdujo al principio del siglo VII, pero no se hizo obligatoria y por tanto no son días de precepto.

El asunto del Evangelio, según San Lucas y como días de rogaciones, es lo que Jesucristo dijo á sus discípulos acerca de la eficacia de la oración; dice así;

En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos: «Si

alguno de vosotros tuviere un amigo y fuese á buscarle á media noche y le dijese: Amigo mío, préstame tres panes, porque uno de mis amigos que va de camino, ha llegado á mi casa y no tengo con qué obsequiarle;» y este amigo respondiéndole desde dentro de su casa, le dijese: «No me importunes; mi puerta está cerrada y mis criados y yo estamos ya acostados; yo no puedo levantarme á dártelos;» si, no obstante esto, el otro se empeñase en llamar, aun cuando éste no se levantase para dárselos en fuerza de la amistad, yo os aseguro que para evitar la importunidad se levantaría y le daría todo lo que necesitase. Y yo os digo también, pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá; porque cualquiera que pide recibe; el que busca halla; y se le abre á aquel que llama. Si alguno de vosotros pide á su padre un pan, ¿le dará por ventura una piedra? O si le pide un pez, le dará su padre una serpiente, en lugar de un pez? O si le pide un huevo, le dará acaso un escorpión? Si, pues, vosotros aunque sois tan malos, sabéis dar buenas cosas á vuestros hijos, ¿con cuánta más razón vuestro Padre celestial dará el buen espíritu á los que se lo piden?

CAPÍTULO X

La Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo

La fiesta de la gloriosa Ascensión del Señor á los cielos, es uno de los misterios más consolatorios de nuestra Religión. El Verbo en su Encarnación declaró guerra á todas las potestades del infierno; desde entonces dió principio la obra de nuestra redención; su vida fué un contínuo combate que terminó con su muerte; y su triunfante Resurrección, fué la célebre victoria. Y así como los grandes conquistadores, después de terminada una guerra, con buen éxito, dilatan por algunos días su entrada en la capital del reino para darles tiempo á que preparen los arcos triunfales y demás festejos para recibir al ejército victorioso, así Jesucristo no quiso hacer su entrada en el cielo hasta cuarenta días después de su victoriosa Resurrección. Durante este tiempo convenció á sus discípulos de la verdad de la Resurrección; en frecuentes apariciones les hizo ver que estaba vivo, comía con ellos y les habló de todos los misterios de nuestra Religión.

Acercándose el término de su mansión visible sobre la tierra, hizo venir á sus Apóstoles de Galilea á Judea, y estando todos reunidos en Jerusalém, con la Santísima Virgen, se les apareció Jesús, se

sentó con ellos á la mesa y comió en su compañía. Terminada la comida, les pronunció un largo discurso, que era como el compendio de los que antes les había dicho. Vosotros sabéis, les dijo, que se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vosotros, pues, iréis por todo el mundo á predicar el Evangelio á todas las naciones: instruid á todos y bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñadles á observar todas las cosas que yo os he mandado. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; el que por el contrario, no creyere se condenará. Y á fin de que los que creyeren puedan trabajar con más utilidad en la conversión de los infieles, yo les daré el poder de hacer milagros. Arrojarán los demonios en mi nombre; hablarán lenguas que jamás han aprendido; matarán las serpientes y los insectos más venenosos; aunque les den de beber los venenos más mortíferos, no les harán ningún efecto; curarán todo género de enfermos con solo el contacto de sus manos.

Terminando Jesús su discurso, llevó á aquella sociedad bienaventurada fuera de la ciudad y les hizo subir la montaña de los Olivos. Habiendo llegado á lo alto, levantó Jesús los ojos y las manos al cielo; y después fijándoles en su bendita Madre y en sus amados discípulos, les bendijo; y en aquel momento le vieron todos elevarse poco á poco al cielo. Entonces, enmedio del más copioso llanto y los mayores transportes de amor, le adoraron con el más profundo respeto y le siguieron con su vista hasta

perderle, después que una brillante nube le cubrió. Desapareció en un instante, y sin embargo, continuaban con su ojos fijos en la nube que le servía como de carruaje de triunfo. Así hubieran permanecido mucho tiempo, si dos Ángeles, vestidos de blanco no les hubieran hecho volver en sí de aquel asombro tan profundo, diciéndoles: «Hombres de Galilea, ¿por qué permanecéis ahí con los ojos fijos en el cielo? Jesús, vuestro divino Maestro, ha dejado la tierra para ir á tomar posesión de su reino en el cielo. No por eso os deja. Él estará con vosotros siempre hasta la consumación de los siglos, aunque de una manera invisible. En el gran día del juicio volverá visiblemente del mismo modo que le habéis visto hoy subir; entonces hará justicia á todos los hombres y se la hará á sí mismo, y hará sentir igualmente la dulzura á los buenos y el rigor de la justicia á los malos. Los discípulos después de escuchar con sumisión lo que los Ángeles les dijeron, se retiraron á Jerusalém, según su Maestro se lo había ordenado, para esperar la venida del Espíritu Santo pasando días y noches en la oración y en el retiro, teniendo á su cabeza á María Santísima, que era todo el consuelo de aquella naciente Iglesia.

Al subir Jesús al cielo, se dignó dejar impresas las huellas de sus santísimos pies en la roca ó tierra sobre que se hallaba cuando se elevó: huellas que aún se conservan, sin que ni el tiempo, ni la concurrencia de peregrinos, ni el ejército de Tito allí acampado cuando tomó á Jerusalém, hayan podido

borrar. Mas todavía: habiendo Santa Elena mandado edificar allí un templo, al poner el pavimento no pudo cubrirse aquel sitio, como tampoco pudo cerrarse la bóveda en el punto que correspondía perpendicularmente á las ante dichas huellas. Este milagro terminó con la destrucción del templo por los sarracenos; pero el de las huellas continúa permanente.

El domingo comprendido dentro de la octava de la Ascensión, es una continuación de la solemnidad de este glorioso misterio. El asunto del Evangelio según San Juan, es el fin del discurso que hizo el Salvador á sus Apóstoles después de la última cena; dice así:

En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos: «Cuando viniere el Consolador que yo enviaré del seno del Padre, Él que es el Espíritu de verdad, que procede del Padre, dará testimonio de Mí y vosotros también dareis testimonio porque habéis estado conmigo desde el principio. Os he hablado de este modo á fin de que no os escandalicéis. Os pondrán fuera de las sinagogas; y se acerca también el tiempo en que cualquiera que os hiciere perecer, se imaginará que hace un servicio á Dios. Y obrarán así con vosotros, porque no conocen ni á mi Padre, ni á Mí: mas yo os he hablado de este modo para cuando llegare el tiempo os acordéis que os he dicho estas cosas.»

Domingo de Pentecostés

La fiesta de Pentecostés cristiana, fué figurada por la Pentecostés judáica. Es la única, con la Pascua, cuyo verdadero origen encontramos en el Antiguo Testamento, y cuya institución podemos atribuir al mismo Dios que mandó celebrarlas á su pueblo como las dos principales solemnidades del culto religioso que debían tributarle.

Entre todas las criaturas, dicen los Santos Padres, no hay ninguna que haya llamado más la atención de Dios ni que le haya costado tanto como el hombre. El Padre Eterno formándole, le dió la razón para conocer, el apetito para amar y la libertad para obrar con mérito. El Hijo, reformándole, le ha dado la fe para guiar su razón, la caridad para rectificar su apetito y la gracia para fortificar su libertad; y el Espíritu Santo para terminar esta obra con toda perfección, añade á la fe la inteligencia, el ardor y el celo á la caridad, y la gracia, la fortaleza y magnanimidad; de suerte que puede decirse que el Padre nos ha hecho hombres; que por Jesucristo hemos llegado á ser cristianos; y que el Espíritu Santo es el que nos hace Santos, y en esto es en lo

que estriba todo el fondo de este gran misterio. La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, que es el objeto de esta festividad, es el día propiamente de la consumación de todos los misterios de la Religión. La Iglesia estaba ya formada antes del día de la Ascensión; pero estaba como oculta hasta este día de Pentecostés en que se mostró por primera vez al público.

El día de la gloriosa Ascensión del Señor, cuando llevó á sus discípulos al monte de los Olivos para que fuesen testigos de su triunfo, les prometió que les enviaría el Espíritu Consolador, el cual derramaría sobre ellos todos sus dones para que comprendieran las verdades que Él les había enseñado. Entonces les dijo: «Se desvanecerán todos vuestros temores y tendréis ánimo para predicar mi divinidad y mi Evangelio en Jerusalém, en todos los pueblos de la Judea y de Samaria, y llevaréis mi nombre y doctrina más allá de los mares y hasta los últimos confines del mundo. Hasta tanto, permaneced encerrados en vuestro cenáculo de Jerusalém y dedicaros á la oración para prepararos á recibir un don tan grande.» Ejecutóse esta orden religiosamente y con puntualidad.

Hallábanse reunidos los Apóstoles y demás discípulos en número de cerca de ciento veinte, con la Madre de Dios á la cabeza, cuando se oyó repentinamente un ruido muy grande, como de un viento impetuoso que hizo temblar toda la casa, el cual se oyó en toda la población. Este ruido, este vien-

to, esta impresión sensible eran símbolos de la presencia de la Divinidad, como en otro tiempo en el Sinaí los truenos, los relámpagos y la montaña que humeaba, manifestaban la majestad de Dios. El viento ó turbillón que venía del cielo fué acompañado de una especie de globo de fuego, cuyas llamas separándose repentinamente en forma de lenguas, se esparcieron sobre toda aquella santa congregación y se fijaron sobre la cabeza de cada uno de ellos. No era un fuego real y material; solo eran signos exteriores y apariencias sensibles de los efectos que el Espíritu Santo producía interiormente en cada uno de los discípulos. En efecto, en el mismo instante los Apóstoles y discípulos, se sintieron abrasados de aquel fuego divino, ilustrados con luces sobrenaturales que les daban una inteligencia clara y perfecta de los misterios más altos y de las verdades más sublimes, animados de un valor y de un santo atrevimiento desconocido para ellos.

Jerusalém, en aquella ocasión estaba llena de gran número de judíos que de todas partes habían concurrido para solemnizar la fiesta de Pentecostés. Estos judíos forasteros se unieron á los de la ciudad y acudieron al ruido que habían oído, de modo que el cenáculo ó casa donde estaban reunidos los Apóstoles, se vió muy pronto rodeada de una multitud de gentes de diferentes naciones. Los Apóstoles que no deseaban más que comunicar el fuego divino de que estaba su corazón abrasado, no esperaron á

que les sacaran de su retiro; ellos mismos se presentaron delante de todo el pueblo allí reunido, el cual quedó extraordinariamente sorprendido al ver á aquellos pobres pescadores que apenas sabían la lengua del país, gentes idiotas, estúpidas y groseras predicar públicamente á Jesucristo, con un valor, una elocuencia y una unción que movía á todo el mundo. Creció mucho más el asombro cuando todos aquellos diferentes pueblos, y de diversos idiomas, advirtieron que cada uno les entendía, no obstante que hablaban una sola lengua, que era la siriaca. Esto consistía en que al recibir al Espíritu Santo, recibieron también el don de lenguas, de manera que aunque predicasen en una, eran entendidos por todos y todos creían que predicaban en la suya.

Habiendo advertido San Pedro la extrañeza que esta maravilla causaba en todos los circunstantes, levantó la voz para que todos le oyesen y comenzó á predicar la divinidad de Jesucristo; que aquel á quien habían dado una muerte tan ignominiosa era el verdadero Mesías; les prueba la verdad de su doctrina y la de su triunfante resurrección, con tanta energía y con raciocinios tan fuertes y concluyentes, que logró la conversión de tres mil personas.

Doce pobres pescadores, ignorantes, groseros, sin armas, sin dinero, sin arte y sin apoyo se proponen plantear una Religión nueva en todo el mundo, austera, contraria al amor propio, enemiga de

la sensualidad y de los placeres; una Religión que exige mortificación contínua, desinterés perfecto, humildad profunda, caridad universal, dulzura y paciencia; una vida en todo santa, mortificada y jamas indulgente con los sentidos, con el amor propio ni con la menor de las pasiones... ¡Esto parece fabuloso! Pero por más extravagante y por más imposible que entonces pareciera, se ha ejecutado, y nosotros vemos el milagro. La Religión cristiana ha visto espirar al paganismo en medio de los fuegos que por todas partes se encendían para exterminar á los cristianos. La sangre de más de diez y seis millones de mártires, ha sido como la semilla de los fieles. El baluarte de la Cruz ha ondeado en los confines de la tierra y ha sido puesto sobre las coronas imperiales, haciendo en ellas su más bello ornamento. Después de esto, ¿se buscará ó pedirá un milagro mayor? Pues este milagro es permanente y subsistirá hasta la consumación de los siglos; y es el efecto maravilloso de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles en este día de Pentecostés.

CAPÍTULO XI

Domingo de la Santísima Trinidad

La fiesta de la Santísima y adorable Trinidad es el fin y la consumación de todas las fiestas.

Como el objeto principal y primitivo de todo el

culto que tributamos á Dios es la adorable Trinidad; es evidente que no hay fiestas en la religión cristiana que no sean verdaderamente fiestas de la Santísima Trinidad, puesto que todo lo que se honra en ella, sea en los Santos, sea en la humanidad de Jesucristo, no debe servir más que de medios para honrar á la Santísima Trinidad.

Esta Santísima y adorable Trinidad es un solo Dios en tres personas realmente distintas entre sí que no teniendo más que una sola naturaleza, no tienen tampoco más que la misma divinidad; cada una es Dios, y no hay más que un solo Dios en estas tres personas divinas. El Hijo no es el Padre, no obstante que sea una misma cosa con el Padre. El Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, y sin embargo los tres son, por razón de su naturaleza, más que un mismo Espíritu Santo indivisible y simplicísimo. Aunque el Hijo sea tan poderoso como el Padre, y el Espíritu Santo tan poderoso como el Padre y el Hijo, todos tres juntos no tienen más poder que tiene uno solo. La primera persona engendra á la segunda, sin que por esto tenga sobre ella ninguna ventaja, ni rango, ni antigüedad; la tercera procede de las otras dos, y sin embargo no es de menor edad que ellas. Todo aquí es igual en perfecciones, en poder, en dignidad, en excelencia. Este misterio por haber sido revelado, es tanto más creible cuanto es más incomprensible, puesto que si este Ser Soberano y supremo, increado é infinito, pudiese ser comprendido por un espíritu tan pequeño y limitado como el del hombre, no sería Dios.

Este misterio inefable ha sido revelado y todo el Universo le ha creido y ha confesado que no hay más que un Dios solo, aunque haya tres personas divinas; que el Padre se distingue del Hijo, que el Padre y el Hijo se distinguen del Espíritu Santo, aunque todos tres tengan la misma divinidad, la misma naturaleza divina. Que todos tres son sabios, inmensos, eternos y no obstante no tienen más que una misma eternidad, una misma inmensidad y una misma sabiduría. Que el Padre no tiene principio; que el Hijo es engendrado del Padre; que el Padre y el Hijo no engendran el Espíritu Santo, sino que le producen; y sin embargo, en este orden de producción no hay ni primacía, ni preeminencia entre las divinas personas; que la una no depende de la otra aun cuando haya una manera diferente de proceder. Adorando al Hijo, adoramos al Espíritu Santo y al Padre.

Este es el principal artículo de nuestra fe, el compendio del más grande de todos los misterios y el objeto particular de la fiesta de este día. Ella es la más antigua de todas, aunque no haya tenido una solemnidad determinada. Desde que hubo mundo y criaturas racionales é intelectuales, dice el autor del tratado de las fiestas, el mundo ha sido un templo consagrado á la Santísima Trinidad. No hay día en el año, ni hora en el día, en que la Iglesia no haya hecho dar testimonio y gloria en todas sus oraciones á la unidad de Dios y á la Trinidad de las personas. Ha ordenado una fórmula de glorificación

que se llama *Oxología*, esto es, el *Gloria Patri*, para honrar en todos momentos á las personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y por esta profesión de fe terminan todos sus salmos, responsorios é himnos. Por la invocación y en nombre de la Santísima Trinidad comienza el Santo sacrificio de la Misa todas sus ceremonias de religión, sus Sacramentos y sus oraciones. Así es, que puede decirse que, dirigiéndose todas las fiestas del año principalmente, á honrar á la adorable Trinidad, venían á ser como la fiesta general y perpétua de ella y es la que por espacio de tantos siglos ha hecho que no se haya celebrado en la Iglesia una fiesta particular.

El Evangelio de este día, según San Mateo, está tomado del último discurso que Jesús hizo á sus Apóstoles antes de dejarlos para subir al cielo; dice así:

En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Andad, pues, enseñad á todas las naciones. Bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadlas á observar todas las cosas que os he prescrito. Y contad que yo estoy con vosotros en todos tiempos hasta la consumación de los siglos.»

La fiesta del Santísimo Sacramento

La festividad del Santísimo Sacramento del Altar, no sólo es la más brillante y pomposa, sino tam-

bién la más antigua. Todas las demás han sido de institución apostólica, mas ésta ha sido instituída por el mismo Jesucristo, en la última cena, la noche de su pasión. El nacimiento de la Iglesia puede decirse que data en la institución de este divino sacrificio, de donde ha seguido la comunión de los fieles reunidos para la fracción del pan ó la sunción del cuerpo de Jesucristo y para la oración. Sin sacrificio no hay religión, no hay Iglesia. Puede decirse, además, que la fiesta de la Eucaristía ha sido perpetua lo mismo que la de la Santísima Trinidad, y que no ha habido día en que no se haya celebrado; y esta es la razón por qué se ha tardado tanto en establecer una fiesta particular para celebrar estos dos grandes misterios. ¿Qué solemnidad hay en la Iglesia que no sea la fiesta del Santísimo Sacramento? Y ciertamente puede decirse, que ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa, es celebrar la fiesta de este augustísimo misterio, puesto que es renovar solemnemente la memoria de su institución y hacer en memoria de Jesucristo lo mismo que Él hizo en la última cena. Pero la divina Providencia, previendo sin duda las sectas impías que se habían de levantar para combatir y profanar este divino misterio, inspiró á la Iglesia que estableciese una festividad particular en honor de este Santísimo Sacramento y para esto se sirvió de Santa Juliana, priora de Monte-Cornillón, cerca de Lieja, en el reino de Bélgica.

Nació esta santa en el año 1193, en la aldea de Retines, distrito de la ciudad de Lieja; hija de padres ricos, quedó huérfana á la edad de cinco años. Su tutor, la llevó á educar con unas religiosas que había en un hospital de Monte-Cornillón. En poco tiempo hizo tan rápidos progresos en la virtud, que llegó á ser la admiración de todos. Tenía una devoción muy tierna y constante á la Santísima Virgen; pero la virtud que formó siempre su carácter distintivo, fué el amor extraordinario al Santísimo Sacramento. Tan viva impresión hacía en su espíritu el Santo Sacrificio de la Misa, que durante él, permanecía como extasiada. Cada comunión que hacía abrasaba su corazón en aquel fuego del divino amor.

Estando un día meditando sobre esta prenda de amor inmenso que Jesús nos dejó en el altar, tuvo una visión que no comprendió y empezó á intranquilizarla. Supuso en un principio que serían ardides del demonio para entibiar su fe y su devoción, y por lo mismo, redobló sus oraciones; pero la visión no desaparecía. Vió la luna llena, y en su centro una gran brecha. Lo consultó con sus directores espirituales y ninguno supo interpretársela. Apeló á su recurso cotidiano, la oración, redoblando sus lágrimas y sus austeridades, hasta que el Omnipotente la dió á entender que la luna significaba la Iglesia y la brecha que aparecía en su centro, indicaba la falta de una fiesta particular en honor del Santísimo Sacramento. Al mismo tiempo la reveló

que solicitase de los ministros de la Iglesia la institución de esta fiesta con un culto público y solemne para reparar las irreverencias, ultrajes y falta de respeto á este adorable misterio.

Esta comisión la llenó de miedo, y aunque no dudaba que venía del cielo, la humildad la hizo recelar y permaneció en silencio cerca de veinte años, tratando de suplir con su devoción lo que la Iglesia no había establecido.

El año 1230 fué elegida priora del hospital de Monte-Carnillón, y excitada nuevamente por Dios, con más viveza á que declarase la visión, se presentó á un canónigo de San Martín de Lieja, rogándole que de acuerdo con las demás autoridades eclesiásticas, trabajase incesantemente porque se estableciese dicha festividad, tan gloriosa á Jesucristo y ventajosa á su Iglesia.

Hízolo así el canónigo y con tan buen éxito, que todos aplaudieron su designio tan conforme con la honra de Dios y el espíritu religioso. Santa Juliana tuvo el consuelo de ver establecida esta fiesta en todo el obispado de Lieja en virtud de un decreto del obispo Roberto dado el año 1246, y celebrada con una solemnidad y devoción extraordinaria.

El papa Urbano IV, que en aquella época era arcediano de la catedral de Lieja y uno de los que más contribuyeron al establecimiento de la citada fiesta, luego que subió al soberano pontificado, determinó hacerla general y de precepto para toda la Iglesia; pero las turbulencias de la Italia, y las ne-

cesidades todavía más urgentes de la Iglesia, retardaban su ejecución, cuando un nuevo prodigio acaecido en Bolsena, reino de Italia y diócesis de Orbieto, determinó al papa á expedir la Bula.

Este prodigio consistió en que celebrando Misa un sacerdote en la Iglesia de Santa Cristina, dejó caer por descuido unas gotas de vino consagrado en los corporales, quedando éstos ensangrentados.

La Bula fué expedida el año 1262, designando en ella, para esta augusta solemnidad, el jueves después de la octava de Pentecostés.

Lo que da mayor brillantez á esta fiesta y lo que la distingue de todas las demás, es la procesión solemne en la que el cuerpo de Jesucristo es conducido en triunfo por las calles con grande aparato y con una magnificencia y religiosa pompa, pretendiendo la Iglesia, por este grandioso triunfo, celebrar el que Jesucristo la ha hecho conseguir sobre los enemigos de este misterio, y reparar en alguna manera, los ultrajes ignominiosos que le hicieron en Jerusalém y los que recibe todos los días en los templos de parte de los malos cristianos.

El domingo infraoctavo y segundo después de Pentecostés, es propiamente la continuación de esta fiesta y de la celebridad del triunfo de Jesucristo en la sagrada Eucaristía. Su Evangelio, según San Lucas, contiene la parábola de los convidados que se excusan de asistir al festín y cuyo lugar se llena por otros que no habían sido llamados al principio, dice así:

En aquel tiempo, dijo Jesús á los fariseos, esta parábola: «Cierto hombre dió una gran cena y convidó á muchos. Cuando fué tiempo de cenar, envió á su criado que dijese á los convidados que viniesen, porque todo estaba pronto.» Empezaron entonces todos á excusarse. Díjole el primero: «He comprado una casa de campo y me es preciso ir á verla; ruégote que me excuses.» El otro dijo: «He comprado cinco pares de bueyes y voy á probarlos; ruégote que me excuses.» Yo me he casado, dijo otro, y por eso no puede ir allá. Volviéndose el criado, dió cuenta de todo á su señor. Entonces airado el padre de familia, dijo á su siervo: «Inmediatamente sal á las calles y plazas de la ciudad y tráete acá los pobres, los paralíticos, los ciegos y los cojos.» Señor, dijo el criado, está ejecutado lo que ordenasteis, y todavía queda lugar. Díjole el Señor de nuevo á su siervo: «Ve á los caminos y por los vallados, y á los que encuentres precísalos á entrar á fin de que se llene mi casa; porque yo os aseguro que ninguno de los que habían sido convidados gustará de mi banquete».

Las fiestas solemnes de la Iglesia tienen su octava, esto es, su solemnidad dura ocho días, en cada uno de los cuales se celebraba siempre la misma fiesta. Luego esta festividad del Santísimo Sacramento, una de las mayores y más augustas, no había de ser menos. Bien lo demuestran las catedrales, colegiatas y otras parroquias de importancia, que, durante estos ocho días, tienen el Señor de

manifiesto con la misma pompa y magnificencia que el día de la fiesta. Y en este último día, en las procesiones particulares que se hacen volviendo á llevar á Jesucristo en triunfo, la Iglesia exhorta á sus hijos á que redoblen su fervor, su culto y su devoción.

CAPÍTULO XII

Tercer domingo después de Pentecostés

Como el primer domingo de Pentecostés está consagrado á la solemnidad de la fiesta de la Santísima Trinidad, y el segundo concurre siempre en la octava del Santísimo Sacramento, el primero que sigue inmediatamente á la celebración de estas fiestas es siempre el tercero; y por consiguiente, por éste es por donde empiezan nuestros ejercicios de piedad para todos los domingos que quedan hasta el Adviento.

El Evangelio de este día, tomado de San Lucas, refiere la solicitud y diligencia con que los publicanos y los pecadores públicos venían á oir á Jesucristo hechizados de la bondad y dulzura con que los recibía, y del celo sobre todo que les manifestaba por su salvación, mientras que los orgullosos é hipócritas fariseos no se dignaban ni aun consentirlos un momento en su presencia.

En aquel tiempo, dice, como los publicanos y

los pescadores se acercasen á Jesús para oirle murmuraban los fariseos y los escribas: «Este hombre, decían, recibe á los pecadores y come con ellos.» Inmediatamente el Salvador les dijo esta parábola; «¿Quién hay entre vosotros dueños de cien ovejas, que si se le pierde una, no deja las noventa y nueve en la pradera y va á buscar la que se le ha perdido hasta que la encuentra?» Habiéndola encontrado, la carga lleno de gozo sobre sus espaldas y apenas llega á su casa, convoca á sus amigos y á sus vecinos y les dice: «Regocijáos conmigo, porque he hallado mi oveja que había perdido.» Digoos, pues, que habrá más gozo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. ¿O qué mujer hay que teniendo diez monedas, si pierde una, no enciende la antorcha, barre la casa y la busca con toda diligencia hasta haberla encontrado? Y cuando ya la halló, convoca á sus amigas y vecinas y las dice: «Congratuláos conmigo porque encontré la moneda que había perdido.» De este mismo modo, yo os lo aseguro, habrá un gran regocijo entre los Ángeles de Dios, por la conversión de un solo pecador que hace penitencia.

El domingo cuarto después de Pentecostés, se llama, con razón, el domingo de las misericordias y de la bondad de Dios con los pecadores, porque todo el Oficio de la Misa no predica más que esta gran misericordia. El asunto del Evangelio, según San Lucas, es la pesca milagrosa que Jesucristo concedió á San Pedro en el mar de Tiberiades.

En aquel tiempo, dice: Agolpándose el pueblo en tropel para oir la palabra de Dios, oprimía á Jesús que estaba á la orilla del lago de Genesareth. Vió, pues, allí dos barcas paradas; habían salido de ellas dos pescadores y estaban lavando sus redes. Habiendo entrado en una de las barcas, que era la de Simón, le rogó que se alejase de la ribera, y habiéndose sentado, instruía al pueblo desde dentro de la barca. Luego que hubo acabado su discurso, dijo á Simón: «Llévanos á alta mar y echa tus redes para pescar.» Señor, le respondió Simón, toda la noche nos hemos fatigado y nada hemos cogido; pero pues Vos lo mandáis, echaré la red. Y habiéndolo hecho así, cogieron tan grande cantidad de peces, que se les rompía la red. Entonces hicieron señas á sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que viniesen á ayudarles. Vinieron, en efecto, y se llenaron las dos barcas, de suerte que casi se iban á fondo. Viendo esto Simón Pedro, dijo á Jesús: «Apartáos de mí, Señor porque soy un pecador; á vista de la pesca que acababan de hacer, tanto él como los que estaban con él se habían asombrado extraordinariamente, al igual que Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús entonces dijo á Simón: «No temas; de hoy en adelante, la pesca que harás será de hombres. Y habiendo echado las barcas á tierra, lo dejaron todo y le siguieron.

La Natividad de San Juan Bautista

El año 5198 de la creación del mundo, y seis meses antes de la encarnación del Verbo Divino, quiso el Señor dar al mundo á aquel Santo Precursor del verdadero Mesías; á aquel de quien el mismo Jesucristo aseguró, no haber nacido otro mayor entre los hijos de las mujeres. San Juan Bautista fué hijo de San Zacarías y de Santa Isabel, muy recomendables, más por su virtud que por su nobleza. Eran, según el Evangelio, justos delante de Dios y ambos descendientes de la familia de Aaron, única que poseía el derecho sacerdotal. No tenían hijos, ni estaban en edad de tenerlos, porque eran ancianos y Santa Isabel estéril por naturaleza. San Zacarías, como sacerdote, estaba en el templo para ofrecer á Dios el incienso por mañana y noche en el lugar santo, sobre el altar de oro y donde solo podían entrar los sacerdotes; cuando se les apareció un Ángel en forma humana, San Zacarías se llenó de un religioso temor; pero el Ángel le confortó, diciéndole: «No temas, Zacarías, que mi presencia antes te ha de agradar que extremecer; subieron al cielo las oraciones que ofreciste por la salvación del pueblo y Dios las oyó benignamente. Y para que no pongas duda en ello, vengo á decirte de su parte, que tu esposa Isabel, en medio de sus años y de su esterilidad, concebirá y parirá un hijo, á quien pondrás el nombre de Juan, el cual llenará

de consuelo á toda la casa de Israel. Su nacimiento será de grande alegría para tí y para todo el mundo, porque nacerá para anunciar la venida de su Salvador; será grande á los ojos de los hombres y mayor á los de Dios; destinado para precursor del Mesías; santificado y lleno del Espíritu Santo en el vientre de su madre; por todo el discurso de su vida guardará una rígida abstinencia; no beberá vino, ni otro algún licor de los que pueden embriagar; predicará con tanto celo que convertirá á muchos hijos de Israel á su Señor y á su Dios.» San Zacarías no dudó que era un Ángel el que le hablaba, pero no se resolvió á creer lo que le decía y le replicó: «¿Cómo me puedo persuadir que suceda lo que dices, siendo yo tan viejo como soy y siéndolo mi mujer poco menos que yo?» Entonces contestó el mensajero celestial: «Yo soy el Ángel Gabriel, uno de los espíritus que asisten más cerca del Señor; y porque has dudado de lo que te he dicho, desde este mismo momento quedarás mudo y no recobrarás el uso de la lengua hasta que no se cumplan todas estas cosas.

El pueblo, que estaba en el templo, se admiraba de que San Zacarías tardase tanto en ofrecer el sacrificio; pero se asombraron muchísimo más cuando al verle salir advirtieron que estaba sordo y mudo.

Concluida la semana de su ministerio sacerdotal, se retiró á su casa. Poco tiempo después Isabel se hizo preñada, y á los seis meses vino á visitarla su prima la Virgen María á quien el mismo Angel

Gabriel había anunciado el milagroso preñado. En el momento de entrar María en casa de su prima y saludarla, el niño que ésta tenía en su vientre, dió saltos de alegría y quedó santificado en aquel momento por la presencia del Mesías que la Virgen llevaba ya en su casto seno. Entonces Santa Isabel, iluminada interiormente, conoció el incomprensible misterio de la Encarnación del Verbo; y llena de gozo y mirando á su prima, prorrumpió en estas tiernas exclamaciones: *Bendita eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.* ¿De dónde á mí tanta dicha que la Madre de mi Señor y de mi Dios se digne visitarme? Luego que llegaron á mis oidos las palabras de tu salutación, el hijo que tengo en mis entrañas saltó de gozo dentro de mi vientre, y yo misma me sentí ilustrada de una nueva luz.

Cerca de tres meses estuvo María en casa de su prima, y apenas salió de ella, cuando ésta dió felicísimamente á luz aquel dichoso hijo que había de causar tanta alegría á todo el mundo. Los parientes y vecinos corrieron á darla el parabién por la merced que había recibido del cielo; y á los ocho días trataron de circuncidarle preguntando á su madre qué nombre quería ponerle, y ésta contestó que Juan. Los parientes se oponían, porque les parecía nombre extraño, y consultando á Zacarías, éste, como mudo, cogió la pluma y escribió: «Juan es su nombre.» Quedaron todos atónitos y mucho más cuando vieron que Zacarías recobrando repentina-

mente el uso de la palabra, principió á cantar alabanzas al Señor entonando aquel inspirado canto que la Iglesia recita todos los días, llamado *El Benedictus*.

El concurso de tantas maravillas como sucedieron en el nacimiento del niño Juan, le hicieron célebre en toda la Judea; y, según nos refiere San Pedro Alejandrino, cuando Herodes mandó buscar al niño Jesús para quitarle la vida, quiso hacer lo mismo con el niño Juan; pero su madre le libró de este peligro retirándose con él al desierto, donde permaneció hasta la muerte del tirano. Luego ella volvió á unirse con su esposo, y su hijo quedó en el desierto, donde quería el Espíritu Santo se mantuviese hasta el tiempo de su predicación.

La vida que este santo hacía en el desierto, la sabemos por los mismos Evangelistas que nos la refieren. Manteníase, dicen, de miel silvestre, que es muy insípida, como también de langostas; y aun de esto era tan escaso y tan casi ninguno su alimento, como que no dudó decir de él la misma verdad eterna, que no comía ni bebía. A la austeridad del alimento correspondía la del vestido; reducíase éste á una como zamarra de pelo de camello atada á la cintura con una correa de cuero, pasando los días y las noches conversando con Dios, y disponiéndose con la oración, con el ayuno y con todo género de penitencias para el ejercicio de su ministerio.

La Iglesia celebra, dice San Bernardo, la vida y la muerte de los demás santos, porque fueron san-

tos; pero festeja el nacimiento temporal de San Juan Bautista, porque fué santo el mismo nacimiento y origen de una santa alegría; y añade, que este día no sólo es uno de los más alegres en el cristianismo, sino que hasta los mismos gentiles le solemnizan con luminarias, con hogueras y con otros regocijos. Celébrase su fiesta el día 24 de Junio.

El domingo quinto después de Pentecostés, llámase domingo de la perfección de la ley de Jesucristo, sobre la ley antigua que se había dado á los judíos por el ministerio de Moisés; porque el Evangelio que la Iglesia ha fijado en este día, tomado de San Mateo, declara que la mayor perfección de la antigua ley no basta para la salvación de los fieles; que Dios exige de ellos una justicia más exacta, una fe más pura, una piedad más espiritual, una caridad más generosa y más universal, una santidad, en fin, más perfecta que la que pedía á los judíos.

En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos: «Si vuestra virtud no es superior á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se ha dicho á vuestros antepasados: No matarás; mas el que matare (á su prójimo) merecerá ser condenado en el tribunal del juicio. Yo empero os digo, que cualquiera que se encoleriza contra su hermano, merecerá ser condenado por el tribunal del juicio.

El que dirige á su hermano (para injuriarle) necio, merecerá ser condenado por el tribunal del consejo; y el que le llamare insensato, merecerá el

suplicio del fuego. Así que, si presentando vuestra ofrenda al altar os acordareis que vuestro hermano tiene algún motivo de queja contra vosotros, dejad allí vuestra ofrenda delante del altar, é id antes á reconciliaros con vuestro hermano y entonces volved enseguida á presentar vuestra ofrenda.»

Para comprender mejor el sentido de las palabras del Salvador, en este Evangelio, es menester saber que había tres tribunales ó grados de jurisdicción entre los judíos, á los cuales llevaban todas las causas. El primero era el juzgado inferior compuesto de tres jueces solamente; en éste sólo se juzgaban las causas leves. El segundo era el tribunal que se llamaba del juicio, establecido en todas las capitales compuesto de 23 jueces, el cual juzgaba las causas criminales y podían condenar á muerte. El tercero era el gran consejo llamado Sanhendrín, establecido solamente en Jerusalém, compuesto de setenta y dos personas de las más distinguidas de la nación. Llamábase también el tribunal soberano á donde se llevaban las causas mayores y juzgaba en último recurso, condenando á los criminales á las penas más rigurosas.

CAPÍTULO XIII

San Pedro y San Pablo, apóstoles

San Pedro, príncipe de los Apóstoles, cabeza visible de la Iglesia y vicario de Jesucristo en la

tierra, antes de entrar en el apostolado se llamaba Simón. Fué natural de Bethsaida, pequeño pueblo de Galilea é hijo de Jonás ó Juan, de profesión pescador; pero hombre de mucha bondad. Se ignora cuándo nació; pero se cree que tenía más edad que su divino maestro. Casó en Cafarna, un puerto del mar de Tiberiades donde residía en compañía de su hermano Andrés. Este era discípulo de San Juan Bautista; y habiendo visto á Jesús, se lo participó á su hermano, diciéndole: «Vi al Mesías y le hablé.» Simón, hombre de genio vivo y deseoso de la venida del Redentor, no dejó en paz á su hermano hasta que fueron en busca del Salvador, al que hallaron al día siguiente. Mas apenas el Hijo de Dios fijó su vista en Simón, le dijo con especial ternura: «Simón, hijo de Jonás, así te has llamado hasta ahora; pero en adelante quiero que te llames Cephas, que quiere decir Pedro.» Desde aquel día éste se declaró discípulo de Jesucristo; y aunque volvió á casa á ejercer su oficio de pescador, pasaba pocos días sin ver á Jesús; y se determinó á seguirle para siempre desde el día de la pesca milagrosa, que se ha referido en el Evangelio de la cuarta Dominica después de Pentecostés.

En diferentes ocasiones manifestó Jesús el cariño particular que tenía á Pedro é igualmente éste el que profesaba á su Maestro. Atravesando una noche en compañía de los demás discípulos de Jesús, el lago de Genesareth, y viendo que éste iba á ellos sobre las aguas, Pedro, impaciente, le dijo: «Señor,

mandadme que yo vaya también á Vos sobre las olas antes que entréis en el barco.» Ven, le respondió el Salvador; y Pedro obedeciendo, saltó con intrepidez al mar; pero al ver que se iba hundiendo, tuvo miedo y exclamó: «Señor, salvadme.» Cogióle Jesús de la mano y reprendiéndole con suavidad, le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»

Explicando el Salvador á sus discípulos el misterio de la Eucaristía, á muchos se les hizo duro y se retiraron. Vuelto entonces Jesús á los doce que había escogido para Apóstoles, les dijo con entereza; «Y vosotros, ¿queréis también marchar?» San Pedro inmediatamente respondió, en nombre de todos: «Señor, á dónde ni á quién iremos? Solas vuestras palabras nos enseñan el camino de la vida eterna, y estamos bien persuadidos de que sois el verdadero Mesías.»

En otra ocasión les preguntó Jesús, qué se decía de él en Judea. Respondiéronle que unos le tenían por Juan Bautista, otros por Elías, otros por Jeremías ó por alguno de los profetas. Y bien, replicó el Salvador: á vosotros, ¿quién os parece que soy? San Pedro contestó seguidamente: «Tú, Señor, eres Cristo, Hijo de Dios vivo.» Y tú, Simón, hijo de Jonás, repuso Jesús, eres bienaventurado; porque esa importante verdad no te la reveló la carne ni la sangre. Mi Padre celestial te iluminó para que supieses quién era yo. Y ahora voy á decirte quién has de ser tú en adelante: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del

infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado también en el cielo; y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado también en los cielos.»

Cierto día en que Jesús les dijo, le era indispensable pasar á Jerusalém á padecer las mayores ignominias y sufrir muerte afrentosa, San Pedro horrorizado, exclamó: «¡Qué decís Señor! ¡No quiera Dios que tal suceda, ni que nosotros lo permitamos! ¡Prontos estamos á defenderos, aunque sea á costa de nuestras vidas!» Jesús, le respondió con severidad, diciéndole: Apártate de mí y no te pongas en mi presencia si has de hablar de esta suerte. Haces el oficio de Satanás sin entenderlo, pues pretendes estorbar la obra de la Redención. Pero Jesús bien sabía que aquellas palabras habían salido de su boca, efecto del mucho amor que le tenía; y á los cinco días le escogió para testigo de su gloriosa transfiguración en el monte Tabor, donde al ver el resplandor que arrojaba el semblante de su Maestro, dijo extático de gozo: ¡Bello sitio es este! ¡Aquí si que debíamos estar!»

En todas ocasiones distinguía Jesús á San Pedro: De él se valió, ó mejor dicho, él fué el que pescó el pez dentro del cual había una pieza de cuatro dragmas que necesitaban para pagar el tributo al César. El, con San Juan, fueron á preparar el cenáculo donde habían de celebrar la Pascua. Por él, después de la cena, dió principio el Salvador á el

Lavatorio de los pies; y ocurrió lo que nos refiere el Evangelio del día de Jueves Santo. Él fué, el que dijo á su Maestro, que aunque todos le abandonaran, él jamás le abandonaría. Él, al ver en el huerto de las Olivas, que los soldados echaban mano de su Señor, sacó su espada y con ella cortó una oreja á Mateo. El con San Juan, fueron los únicos que acompañaron á Jesús hasta la casa de Caifás; y aunque tuvo la flaqueza de negarle tres veces, reparó su caída con dolorosa contrición, por lo que en nada se entibió su fe, ni el cariño de Jesús, que nada más resucitar se les apareció en particular.

Pocos días antes de la Ascensión de Jesús á los cielos, le preguntó por tres veces delante de los demás Apóstoles: «Pedro, ¿me amas?» Sí, Señor, le respondió: Vos sabéis bien que os amo. Apacienta mis corderos, le dijo Jesús, apacienta mis ovejas; que según sentir de San Agustín, con estas palabras le confirmó la primacía que le había conferido encargándole el cuidado de todo su rebaño.

Empezó á hacer uso de su dignidad proponiendo al colegio apostólico la elección de un nuevo Apóstol para llenar el hueco del pérfido Judas. Con su primer sermón, el día de Pentecostés, convirtió á tres mil personas. Su primer milagro fué curar, en nombre de Jesucristo, á un tullido de nacimiento; y como este hecho se estendió por toda la ciudad, al momento se reunió allí una multitud numerosísima y aprovechando tan bella ocasión, les habló de Jesucristo y de su doctrina, con tanta elocuencia, que convirtió otras cinco mil personas.

Inmediatamente fueron presos él y San Juan que le acompañaba; y preguntados que en nombre de quién habían hecho el milagro del tullido, respondió San Pedro: «En nombre del mismo Jesucristo. Aquél á quien vosotros habéis crucificado.» Y prohibiéndoles hablar más del tal Cristo, volvió á responderles: «Considerad, señores, si será justo obedeceros á vosotros antes que á Dios, el cual nos manda publicar la resurrección del Salvador, de que nosotros mismos fuimos testigos.»

De día en día crecia el número de fieles, y San Pedro mostraba más poder en sus obras y palabras. Su sombra era suficiente para curar los enfermos que sacaban á las calles y plazas por donde él pasaba. Los magistrados, al oir tantos prodigios, le mandan prender y azotar cruelmente; y San Pedro se llenó de gozó al verse digno de padecer por amor de Jesucristo.

En la ciudad de Joppe murió una virtuosa viuda; llega San Pedro dos días después; hace oración junto al cadáver, á vista de casi todo el pueblo; la manda en nombre de Jesucristo que se levante, y así se ejecuta, y toda la ciudad pide el Bautismo.

En esta misma ciudad tuvo una visión muy misteriosa.

Estando un día en oración, vió que bajaba del cielo una cosa en figura de lienzo que estaba llena de toda clase de animales, sabandijas, cuadrúpedos, reptiles y volátiles, y oyó una voz que le dijo: «Pedro, levántate, mata y come.» Pedro replicó: «No

permita Dios que yo coma cosa profana ni inmunda;» y la misma voz volvió á decirle: «No llames inmundo ni profano lo que ya purificó el mismo Dios.» San Pedro no comprendió la visión, pero al poco tiempo entraron en su casa unos criados de un oficial de ejército llamado Cornelio y según la comisión que llevaban, conoció el significado de la visión, que no era otro sino, el que también á los gentiles se les debía predicar la fe. Parte inmediatamente á Cesárea, se encuentra con Cornelio rodeado de gente; le predica, les instruye y antes de concluir de hablar, ve descender sobre ellos el Espíritu Santo, y les administra el Bautismo.

De allí volvió á Jerusalém, donde permaneció hasta que el Espíritu Consolador hizo el repartimiento de todos los Apóstoles para que fuesen por todas las partes del mundo á predicar el Evangelio. A San Pedro le correspondió anunciarle en Roma, que era entonces la capital del mundo; y dió principio por Antioquía capital del Oriente, fundando aquella Iglesia. Después recorrió gran parte del Asia anunciando el Evangelio á los judíos esparcidos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, y regresó á Jerusalém. Allí se le reunió San Pablo recientemente convertido.

Como eran tantas y tan frecuentes las conversiones, tanto mayor era el furor de los enemigos de la naciente Iglesia, y más redoblaban su persecución contra los fieles. Herodes Agripa, por dar placer á los judíos, mandó quitar la vida al Apóstol

Santiago, y queriendo hacer lo mismo con San Pedro, dió orden para prenderle, la que se ejecutó inmediatamente; mas como era el tiempo de la Pascua y no podían castigar á ningún delincuente, le encarcelaron, mandando diez y seis soldados para custodiarle, relevándose de cuatro en cuatro sin perderle de vista; pero aun no era tiempo de sufrir su martirio, y Dios oyó sus oraciones y las de toda la Iglesia. El Angel del Señor se le apareció en la prisión, le despertó y seguidamente se le cayeron las cadenas con que estaba amarrado; las puertas de la cárcel se abrieron y el Angel le condujo hasta el fin de la calle y desapareció. San Pedro se dirigió á una casa donde se habían reunido muchos fieles á orar; cuando llamó y conocieron su voz, todos quedaron asombrados y mucho más luego que los refirió lo sucedido.

Después de este milagroso acontecimiento recorrió por segunda vez la Judea y parte del Asia animando nuevamente á los fieles; permaneció algún tiempo en Antioquía, hacia el año 43 pasó á Roma, donde se estableció su silla. Allí, como en todas partes, hizo muchísimas conversiones; pero lo más notable de todo fué la victoria alcanzada contra Simón Mago. Este impostor era en Roma un gran estorbo para los progresos del Evangelio, porque con sus embustes y prestigios tenía engañada á la mayor parte de la población. Prometió un día elevarse hasta el cielo en presencia de todos, para probarles que era efecto de la virtud del Altísimo. San Pedro

asistió también al espectáculo; y cuando Simón Mago empezó á elevarse en una especie de carroza de fuego llevada invisiblemente por los demonios, San Pedro se puso en oración, y casi no había dado principio, cuando los demonios abandonaron la carroza y Simón cayó en tierra rompiéndose las piernas. Fué recogido en una casa; pero lleno de vergüenza, se arrojó desde lo más alto de ella y se mató.

Desde Roma escribió San Pedro su primera carta á los fieles de Oriente. En Roma aprobó el Evangelio escrito por San Marcos. A los tres ó cuatro años, el emperador Claudio dió un decreto para que saliesen de la ciudad todos los judíos, y San Pedro partió á Jerusalém donde presidió el concilio en que se definió que la ley del Evangelio abolía la de la circuncisión. Pasado algún tiempo, volvió á Roma, donde sin descanso se dedicó á cultivar la viña del Señor que había plantado. San Pablo también fué á Roma, y unidas estas dos lumbreras de la Iglesia, con su predicación y sus milagros, hicieron innumerables conversiones. Esto dió lugar á que en el imperio de Nerón se suscitase contra los cristianos, la más horrible persecución. Huyendo San Pedro de ella, al salir por la puerta de la ciudad, se halló con su divino Maestro que iba á entrar. No se inmutó San Pedro, porque estaba acostumbrado á estas visiones; y así con serenidad, dijo á Jesús: «Señor, ¿á dónde vais?» Y Jesús le respondió: «A ser crucificado de nuevo.» Comprendió San Pedro

lo que Jesús quería decirle; se volvió á entrar en la ciudad y se preparó para el martirio.

En el mismo día fueron presos San Pablo y Él, y después de ser azotados terriblemente, fueron condenados á muerte. San Pedro fué crucificado cabeza abajo, (á petición suya; porque no se creía merecedor de ser tratado como su Maestro); y San Pablo degollado.

Estos dos héroes de la Iglesia, consumaron su sacrificio el día veintinueve de Junio, hacia el año sesenta y ocho de Jesucristo; habiendo San Pedro gobernado la Iglesia de Roma, veinte y cuatro años, cinco meses y once días.

CAPÍTULO XIV

Sexta á la novena Dominica

El Evangelio de la dominica sexta después de Pentecostés, tomado de San Marcos, refiere el segundo milagro de la multiplicación de siete panes y unos pocos peces.

En aquel tiempo dice: «Como se hallase con Jesús una gran muchedumbre que no tenía nada que comer, llamó á sus discípulos y les dijo: Me compadezco de esa multitud, porque hace tres días que no me dejan y nada tienen que comer, y si les despido á sus casas en ayunas les faltarán las fuerzas en el camino, porque algunos han venido de lejos.

Respondiéronle sus discípulos; en un lugar desierto como es este, ¿de dónde podremos hacer pan para satisfacerlos? Y en seguida les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Siete, le dijeron. Oído esto, ordenó que aquella multitud se sentase en tierra. Inmediatamente tomó los siete panes, y dando gracias los partió y los dió á sus discípulos para que los sirviesen á las tropas, y así lo hicieron. Tenían también unos pocos peces, los cuales bendijo y mandó que se les sirviesen. Toda la multitud comió y quedó satisfecha. Y el número de los que habían comido era de cerca de cuatro mil personas; y los despidió.

El Evangelio de la séptima Dominica, tomado de San Mateo, nos enseña á conocer los falsos profetas y nos exhorta á que estemos alerta contra sus seductores artificios. La voz Profeta entre los hebreos, no sólo significaba unos hombres inspirados de Dios para predecir lo futuro, sino también unos doctores esclarecidos é inspirados de Dios para enseñar al pueblo de los que se arrogan indebidamente tal misión. Habla el Evangelio; dice así:

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: «Guardáos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con las exterioridades de ovejas; mas en su interior son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Cógense por ventura racimos de los espinos, ni tampoco higos de los cardos? Así es, que todo árbol bueno, da buenos frutos, y todo árbol malo, los da malos; un árbol no puede dar malos

frutos, ni uno malo llevarlos buenos. Todo árbol que no da buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego; por los frutos, pues, los habéis de conocer. No todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial; este es el que entrará en el reino de los cielos.»

El Evangelio de la octava, según San Lucas, contiene la parábola del administrador infiel en verdad, pero ingenioso para procurarse amigos que puedan servirle de escudo en su desgracia. El fin de esta parábola es inclinarnos á hacer amigos para el cielo por medio de las limosnas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: «Un hombre rico tenía un recaudador, el cual fué acusado delante de él como disipador de sus bienes. Hízole comparecer y le dijo: «¿Qué es lo que oigo decir de tí? Dame cuenta de tu recaudación, porque ya no es posible que sigas recaudando.» Al oir esto el recaudador, dijo dentro de sí: «¿Qué haré yo, pues mi amo me quita la recaudación? Cavar la tierra no puedo, pedir limosna es bochornoso. Mas ya sé lo que haré, para que cuando estuviere privado del empleo, tenga quienes me reciban en sus casas.» Habiendo, pues, hecho venir uno á uno á los deudores de su Señor, dijo al primero: «Cuánto debes tú á mí amo?» Cien barriles de aceite, le respondió. Díjole el recaudador: «Toma tu obligación, rómpela inmediatamente y haz una de cincuenta.» Enseguida dijo al otro: »¿Y tú qué

es lo que debes?» El cual respondió que cien medidas de trigo. «Toma, pues, tu póliza, le dijo el recaudador, y haz otra de ochenta.» Alabó, pues, el Señor á este recaudador inícuo, porque había obrado con destreza; porque los hijos del siglo son más precavidos en sus negocios que los hijos de la luz. Y yo os digo también: «Emplead en procuraros amigos por medio de las riquezas que hacen injustos, á fin de que cuando llegareis á faltar os reciban en las moradas eternas.»

El Evangelio de la novena, también según San Lucas, nos demuestra que todas las desgracias que nos suceden debemos siempre atribuirlas á nuestros pecados, y que la mayor parte de ellas son penas con que Dios nos castiga.

En aquel tiempo, dice: «Como Jesús se acercase á Jerusalém, fijando en ella su visita, lloró sobre ella y exclamó: ¡Oh, si al menos en este día que te se ha concedido conocieses las cosas que podrían traerte la paz! Porque vendrá un tiempo desgraciado para tí, y tus enemigos circunvalarán tus murallas; te encerrarán y te estrecharán por todas partes. Te arruinarán á tí y á tus habitantes y no dejarán piedra sobre piedra en el recinto de tus muros, porque no has sabido aprovecharte del tiempo en que has sido visitado. Y habiendo entrado inmediatamente en el templo, comenzó á echar á los que vendían y compraban en él; diciéndoles: «Está escrito; mi casa es casa de oración y vosotros habéis hecho de ella una cueva de ladrones.» Y todos los días enseñaba en el templo.

CAPÍTULO XV

Domingo décimo después de Pentecostés

El Evangelio de la Dominica décima después de Pentecostés, tomado de San Lucas, nos refiere una parábola del Salvador, de las más instructivas, la cual, en el contraste del fariseo orgulloso y del humilde publicano, nos presenta un verdadero retrato de la humildad cristiana y del vicio contrario, y nos demuestra cuáles son los efectos respectivos:

En aquel tiempo, dice, dirigió Jesús esta parábola á ciertas gentes que presumían de sí mismos como si fuesen santos y despreciaban para los demás: «Subieron dos hombres al templo á orar; el uno era fariseo y el otro publicano.» El fariseo, manteniéndose en pie, hacía para sí esta oración: «Dios mío, yo os doy gracias porque no soy como el resto de los hombres, los cuales son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco tal como este publicano. Yo ayuno dos veces en la semana y pago el diezmo de todos mis bienes.» El publicano por su parte, retirado á lo lejos, ni aun se atrevía á levantar los ojos al cielo, é hiriéndose el pecho decía: «Dios mío, sed propicio á un pecador como yo.» Este, pues, os aseguro, se volvió á su casa justificado, al contrario que el otro; porque cualquiera que se exalta será

humillado, así como el que se humilla será exaltado.»

Santiago Apóstol el Mayor

Este Santo Apóstol, se titula el Mayor, porque fué llamado al apostolado antes que el otro Santiago, hijo de Alfeo, que se le denomina el Menor, y su fiesta se celebra el día 1.° de Mayo. Este Santiago el Mayor fué hijo del Zebedeo y de María Salomé, y hermano mayor de San Juan Evangelista. Nació en Bethsaida, ciudad de Galilea, cerca de Cafarnaun. Tenía de diez á doce años más que el Salvador. Vivía con sus padres en Bethsaida, y eran de oficio pescadores. Su madre Salomé, una de las primeras mujeres que siguieron á Jesús, era muy piadosa, y por lo mismo, lo era también toda su familia. Santiago y San Juan, luego que Jesús empezó á predicar, se dieron prisa para oirle, aunque no le siguieron hasta algunos meses después.

Caminando un día Jesús por la orilla del lago de Genesareth, y hallando á San Pedro y á San Andrés, díjoles que le siguiesen y así lo hicieron. Un poquito más adelante estaban Santiago y San Juan, con su padre, arreglando las redes y les dijo: «Seguidme», y los dos hermanos le siguieron con tanta prontitud, que ganaron el corazón del Señor. Esto contribuyó, no poco, al particular amor que en distintas ocasiones les mostró el Salvador. Desde luego conocieron todos que Santiago era uno de los discí-

pulos más favorecidos. Pocos milagros obró Jesús de que él no fuera testigo. Él presenció la curación de la suegra de San Pedro; la resurrección de la hija de Jairo y la transfiguración gloriosa de Cristo en el Tabor.

A vista de tan repetidas preferencias, se determinaron los dos hermanos, en unión de su madre, á pedir una gracia á su Divino Maestro. Acababa Éste de decir á sus doce Apóstoles que se había de sentar en doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel y no expresó quiénes habían de estar cerca de su persona. Entonces esta buena mujer, en medio de sus dos hijos, se presentó delante de Jesús, adorándole y pidiéndole alguna cosa. Él le dijo: ¿qué quieres? Ella le dijo: Di que estos dos mis hijos se sienten en tu reino, el uno á tu derecha y el otro á tu izquierda. No contestó el Salvador á la madre ni respondió á los hijos su ambición; sólo les contentó con instruirles dándoles una lección de humildad, que es el fundamento del verdadero mérito, y asegurándoles que si querían ser los mayores en el reino de los cielos, era necesario que bebiesen primero su cáliz y que se hiciesen pequeños en este mundo.

Aunque el celo de estos dos hermanos no era todavía el más puro y arreglado, no por eso dejaba de ser ardiente y tierno el amor que profesaban á Jesucristo. Caminando un día Éste, acompañado como siempre, de sus Apóstoles y discípulos por Galilea en dirección á Judea, quiso entrar en un pue-

blo de Samaria y los habitantes le cerraron las puertas. Irritados Santiago y San Juan con tal desaire, dijeron á su Maestro que, si les daba licencia, harían bajar fuego del cielo para exterminar á aquellos insolentes. El Salvador les reprende enseñándoles que el espíritu del Evangelio que les anunciaba, no era de rigor como el de la ley de Moisés, sino de dulzura y caridad.

Grande fué, en verdad, el favor que hizo el Señor á Santiago en escogerle para testigo de las glorias del Tabor; pero no fué menor el que le dispensó en el huerto de los Olivos donde quiso que presenciase sus agonías, para servirle, en cierta manera, de consuelo en aquella mortal tristeza; y después de su resurrección, Santiago se halló siempre presente á sus frecuentes apariciones, teniendo parte en las instrucciones y demás pruebas de bondad que Jesús les daba.

Se cree que cuando el Salvador dió á estos dos hermanos el nombre de *Boanerges*, que quiere decir hijos del trueno, aludía al ardor y fogosidad que desplegaban en todas sus acciones y ocasiones. Y este natural en ellos, se dejó sentir mucho más, después que el Espíritu Santo descendió sobre todos los Apóstoles. Desde aquel momento nada fué capaz de contener el celo de Santiago. Él corrió las ciudades, villas y aldeas de la Judea anunciando á todos la fe de Jesucristo. Le parecían muy estrechos aquellos límites y pasó á nuestra España, donde con un espíritu incansable, propagó la doctrina

del Evangelio. En Zaragoza se le apareció la Santísima Virgen, todavía en carne mortal, y le mandó que construyese una capilla en su honor, asegurándole que desde luego tomaba bajo su especial patrocinio á esta Nación que siempre había de ser muy devota suya.

Después volvió nuestro Apóstol á Judea donde hizo muchísimas conversiones con sus discursos llenos de unción evangélica y acompañados de numerosos milagros. A vista de tantas maravillas los judíos se amotinaron y sublevaron contra Santiago, y no perdonaron medio para prenderle. Valiéronse primeramente de dos famosos magos, llamados Filetes y Hermógenes, que prometieron convencerle y desacreditarle delante de todo el pueblo; pero sucedió todo lo contrario, pues Filetes se convirtió y Hermógenes quedó convencido del ningún poder de sus artificios. Mas no por eso cesó la persecución.

Un día que se hallaba predicando al pueblo acerca de la divinidad de Jesucristo, probándola con el cumplimiento de las profecías, echaron mano de él y después de maltratarle bárbaramente, le llevaron á Herodes Agripa, que gobernaba entonces la Judea. Tenía este impío gobernador pocas simpatías entre los judíos, y no cesaba de buscar medios para congraciarles. Creyó muy oportuno el sacrificar á Santiago, y sin más pruebas que el considerarle como cabeza del cristianismo y defensor acérrimo de la fe, le sustanció la causa y le condenó á ser decapitado.

San Clemente Alejandrino asegura que el judío que le hizo prisionero, al ver la generosidad con que el Santo confesaba á Jesucristo, se convirtió y fué condenado al mismo suplicio. Cuando eran conducidos para la ejecución de la sentencia, el nuevamente convertido se arrojó á los pies del Santo Apóstol y le pidió perdón. Santiago le abrazó con ternura y le dijo: «La paz sea contigo.» De donde deducen algunos que tuvo principio la ceremonia que usa la Iglesia de dar la paz en la misa antes de la comunión.

Ya en el lugar del suplicio, nuestro Santo hizo oración dando gracias á Dios por la honra que le dispensaba de ser el primer Apóstol que derramaba su sangre por la gloria de su nombre.

Fué degollado, en compañía del judío convertido, el año cuarenta y cuatro de Jesucristo, hacia el tiempo de la Pascua.

Los cristianos dieron en Jerusalém, honrosa sepultura al cuerpo de nuestro Apóstol, donde se cree que estuvo poco tiempo, porque los discípulos que le siguieron desde nuestra patria le retiraron, y embarcándose con él aportaron á Iria Flavia pueblo de Galicia, donde estuvo oculto aquel precioso tesoro todo el tiempo que duró la inundación de los bárbaros, hasta principios del siglo IX, en que milagrosamente fueron descubiertas las santas reliquias y trasladadas, por orden de Alfonso el Casto, rey de León, á la ciudad de Compostela, donde se veneran con toda devoción, como lo prueban las contínuas

peregrinaciones de españoles y extranjeros de todo el mundo cristiano.

No tienen número las singulares gracias que España ha recibido siempre de este gran Santo. Reconoce deberle las victorias más señaladas que ha conseguido de los enemigos de la cruz; y en todas las públicas calamidades recurre á su protección con especial confianza. El es nuestro patrón por haber sido el primero que nos trajo la luz de la fe; y en su honor se fundó, en el año 1175, por el rey Fernando II la orden militar de Santiago, llamada la Noble. Celébrase su fiesta el día 25 de Julio.

El Evangelio de la Dominica undécima, según San Marcos, nos refiere la curación milagrosa hecha por Jesucristo á un hombre sordo y mudo.

En aquel tiempo, dice: «Volviendo Jesús del país de Tiro, fué por Sidón hacia el mar de Galilea, atravesando por los confines de la Decápolis. Presentáronle un hombre sordo y mudo, suplicándole que le impusiese las manos. Jesús, sacándole de entre la multitud y tomándole aparte, le metió sus dedos en los oidos y habiendo escupido, con su saliva le tocó la lengua; después, levantando los ojos al cielo, dió un suspiro y le dijo: *Ephpheta*, que quiere decir ábrete; é inmediatamente se abrieron sus oídos, se desató su lengua y habló libremente. Prohibióles Jesús que esto lo dijesen á nadie; pero cuanto más les mandaba que callasen tanto más lo predicaban. Todo, decían, lo ha hecho bien; ha hecho oir á los sordos y hablar á los mudos.

CAPÍTULO XVI

La Asunción de la Santísima Virgen

Esta festividad, que se celebra el 15 de Agosto es, después de las de Jesucristo, la más grande, la más augusta y solemne de la Iglesia de Dios. Este es, dice San Pedro Damiano, uno de los más célebres días del año por ser el día en que la Santísima Virgen, digna del trono real por su nacimiento, fué elevada por la Santísima Trinidad hasta el trono del mismo Dios, y colocada tan alto junto á la admirable Trinidad, que se arrebata hacia sí, los ojos y la admiración de los Ángeles.

Es opinión común en la Iglesia, fundada en la tradición, que esta Señora vivió en este mundo veintitres años después de la Ascensión de su Hijo á los cielos y de la venida del Espíritu Santo; no porque en ella faltasen deseos de seguir á su divino Hijo, sino para servir de consuelo á los fieles y atender á las necesidades de la naciente Iglesia. La Virgen era para ellos, su oráculo, su apoyo y todo su refugio. Fortalecía su virtud, animaba su celo, enseñaba á los Doctores y dirigía á los Apóstoles. Asegura el abad Ruperto, que en cierto modo suplía con sus instrucciones lo que el Espíritu Santo no tuvo por conveniente descubrirles; habiéndoles comunicado, por decirlo así, con límites y con medida.

Durante este tiempo que la Santísima Virgen permaneció en este mundo, su vida fué un contínuo ejercicio del más puro amor, y un perfecto modelo de todas las virtudes; una oración no interrumpida y esta misma oración un éxtasis perpetuo. Visitaba, con muchísima frecuencia los lugares que su Santísimo Hijo había recorrido, especialmente aquellos de su dolorosa pasión. Su amado Jesús, se la aparecía casi todos los días, y no pasaba uno en que no conversase familiarmente con los Ángeles; y aunque distante de la Gloria, gustaba abundantemente de todas sus delicias.

Con motivo de las persecuciones suscitadas por los judíos, los Apóstoles y discípulos de Jesús se vieron precisados á salir de Jerusalém, y la Santísima Virgen también se encaminó en compañía de San Juan á Efeso, donde permaneció hasta que sosegada un poco la persecución, se volvió á Jerusalém y allí permaneció el resto de su vida.

Habiendo los Apóstoles llevado á casi todo el mundo la luz del Evangelio; y estando la Iglesia sólidamente establecida, parecía tiempo de que la Virgen dejase su morada sobre la tierra y tornase al cielo á juntarse para siempre con su querido Hijo; y al efecto, se le apareció un Ángel anunciándola el día y hora de su triunfo.

Es cierto que habiendo sido preservada del pecado original, como también de toda otra culpa durante su vida, no estaba sujeta á la muerte, que es pena del primero; más habiéndose sujetado á ella

Jesucristo, no quiso María eximirse. Algunos padres antiguos ponen en duda si murió ó permaneció inmortal, fundándose en su Inmaculada Concepción y en su divina Maternidad; pero la Iglesia expresa con claridad, que verdaderamente murió según la condición de la carne.

Cuando los fieles supieron que la Madre de Dios estaba para dejarles é irse á tomar posesión del glorioso trono que su amado Hijo la tenía preparado en la celestial Sión, concurrieron de todas partes á recibir su última bendición. San Juan, como sagrado depositario de aquel Tesoro, no se apartaba un punto de su lado, solícito más que nunca, de rendir todas las obligaciones de hijo á la mejor de todas las madres. Los Apóstoles y algunos de los discípulos que se hallaban esparcidos por el mundo, por un raro prodigio, se hallaron milagrosamente trasladados al cuarto del Cenáculo que era donde estaba María para tributarla sus últimos respetos. Esta Señora, incorporada en su humilde lecho, consolaba á todos los circunstantes dando nuevo aliento á su fe y exhortándolos á la perseverancia. Se dice que tenía en la mano una palma que el Ángel la había traido cuando bajó á anunciarla el día y la hora de su muerte.

Los que se hallaban en la habitación encendieron muchas velas: todos se deshacían en lágrimas; pero María los consolaba á todos, y animando á los Apóstoles y discípulos á predicar el Evangelio con el mayor celo y valor y prometiéndoles su poderosa

protección, vió aparecer á su Santísimo Hijo, acompañado de innumerables coros de todas las jerarquías celestiales, que venía á recibir su dichosísimo espíritu y conducirle como un triunfo, al lugar de la bienaventura inmortalidad. Abrasada entonces su alma con todo el fuego del divino ardor, se desprendió por sí misma del cuerpo, y fué conducida hasta el trono del mismo Dios. Con razón nos dice San Ildefonso que ó no había de morir la Santísima Virgen, ó había de morir de amor.

En el momento en que espiró, se llenó todo el Cenáculo de una resplandeciente luz más brillante que la del mismo sol, y se oyó á aquella milicia celestial entonar himnos y cánticos en honor de María. Y aquella alma tan pura, más santa que todos los Angeles y santos juntos, fué elevada, dice San Agustín, hasta el trono del soberano Señor del Universo, muy superior á todas las celestiales inteligencias. Ni era justo, añade el mismo, estuviese colocado en otro lugar que en el inmediato al que ocupaba aquel Señor que ella misma había dado á luz en este mundo.

Luego de pasados los primeros momentos de emoción de los concurrentes, y satisfecha su devoción postrados á los pies de María y regándolos con sus lágrimas, determinaron dar sepultura al sagrado cadáver en el lugar de Getsemaní, distante trescientos pasos de Jerusalém. Se dispuso el cortejo; los Apóstoles llevaban el féretro y le seguía el resto de los fieles con velas encendidas. Los judíos, le-

jos de oponerse á esta pompa fúnebre, se agregaron á ella para hacerla más numerosa y solemne.

Fué depositado el santo cuerpo, con gran respeto, en el sepulcro que estaba preparado, y éste se cerró con una gruesa piedra. Los Apóstoles y demás fieles pasaban los días y las noches junto al sepulcro sucediéndose unos á otros y mezclando sus voces y cánticos con los Angeles, cuyas suavísimas canciones no se dejaron de oir en tres días.

Pasados éstos, llegó el Apóstol Santo Tomé, que no había presenciado la muerte de María ni asistido á su entierro, y deseoso de ver su sagrado cuerpo rogó á los demás Apóstoles que le ayudasen á levantar la losa para satisfacer su ansiedad. Les pareció muy justo darle este consuelo, y al abrir el sepulcro, todos quedaron gustosísimos y sorprendidos al no encontrar dentro de él más que los lienzos y vestidos con que había sido amortajado, exhalando de sí una fragancia exquisita. Asombrados á vista de tan grande maravilla, cerraron el sepulcro y se retiraron persuadidos de que el Verbo divino, que se había hecho hombre en el vientre de la Santísima Virgen, no había permitido que su cuerpo estuviese sujeto á la corrupción, y anticipándole la resurrección, le hizo entrar triunfante en la gloria. ¡Quién podrá comprender, exclama San Bernardo, el esplendor con que subió al cielo la Santísima Virgen! ¡Con qué raptos de amor la salieron al encuentro tantas legiones de Angeles! ¡Con qué afectos de respeto y veneración! ¡Con qué cánticos de

alegría la acompañaron! No vió jamás el mundo otro triunfo, ni tan pomposo, ni tan brillante, ni tan augusto. En él se verifica aquel prodigio que tanto admiró en el cielo al evangelista San Juan. Una mujer vestida del sol, con la luna á sus pies y coronada su cabeza con doce estrellas resplandecientes.

Seis circunstancias prodigiosas, observan los Santos Padres en la Asunción de María: Su muerte, que muchos llaman un sueño; la glorificación de su alma en el mismo momento de su separación del cuerpo; la sepultura de éste en el lugar de Getsemani; su gloriosa resurrección á los tres días; su triunfante Asunción en cuerpo y alma á los cielos, y su coronación en la gloria por la Santísima Trinidad.

La solemnidad de este día, dice San Bernardo, nos trae á la memoria que tenemos en el cielo una reina, que al mismo tiempo es nuestra Madre; una medianera todopoderosa con el soberano Mediador; y una abogada con el Redentor que ninguna gracia le puede negar.

En el Evangelio de la duodécima Dominica, tomado de San Lucas, da el Salvador lecciones importantísimas á todo el pueblo y en particular á sus discípulos; dice así:

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: «Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis, porque yo os aseguro que muchos profetas y reyes desearían ver lo que vosotros veis, y no lo han visto,

y oir lo que vosotros ois, y no lo han oido.» En esto, un doctor de la ley se levantó con el ánimo de sondearle. «Maestro, le dijo; ¿qué haré yo para conseguir la vida eterna?» Respondióle Jesús: «¿Qué es lo que está escrito en la ley?» «¿Cómo lees?» Contestó él entonces: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo.» Has respondido bien, dijo Jesús; haz esto y vivirás. Más queriéndose justificar, le dijo á Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?» Sobre lo cual tomando Jesús la palabra, dijo: «Cierto hombre que iba de Jerusalém á Jericó cayó en manos de unos ladrones que le despojaron, y después de haberle llenado de heridas, le dejaron medio muerto.» Sucedió que por acaso un sacerdote llevaba el mismo camino, y visto aquel hombre pasó adelante; lo mismo hizo un levita, que estando cerca de aquel sitio, y habiéndole visto, pasó también. Mas un samaritano que viajaba, llegó á él, y viéndole como estaba le movió á compasión, acercóse á él y vendó sus llagas después de haber derramado sobre ellas aceite y vino. Púsole enseguida sobre su caballo, llevóle á una posada y cuidó de él. Al siguiente día sacó de su bolsa dos denarios de plata, los cuales dió al posadero, diciéndole: «Cuidad de este hombre, y todo lo que adelantares de más, yo te lo pagaré á mi vuelta.» ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido el prójimo de aquel hombre que cayó en manos de los ladrones? Aquel respondió el doctor, que

le ha tratado con caridad. A lo cual repuso Jesús al doctor: «Ve y haz tu lo mismo.»

El Evangelio de la décimatercia, según San Lucas, contiene la curación milagrosa de diez leprosos, cuya historia es como sigue:

En aquel tiempo: «Yendo Jesús á Jerusalém, por medio de la Samaria y de la Galilea, al entrar en un pueblecillo divisó diez leprosos, que manteniéndose á lo lejos, exclamaron diciendo: Jesús, Maestro nuestro, compadeceros de nosotros.» Luego que los apercibió: Id, les dijo, mostraos á los sacerdotes; y cuando iban, quedaron curados. Uno de ellos, inmediatamente que se vió curado, volvió á donde había partido alabando á Dios en alta voz, y se arrojó á los pies de Jesús, pegado su rostro contra el suelo, dándole repetidas gracias; era éste un samaritano. Dijo entonces Jesús: «¿No eran diez los curados? ¿dónde están los otros nueve? ¿sólo este extranjero es el que ha venido á dar gloria á Dios?» Después le dijo á él: «Levántate, ve, tu fe te ha salvado.»

CAPÍTULO XVII

La Natividad de la Santísima Virgen

Esta festividad, que se celebra el día 8 de Septiembre, es una de las más principales entre los cristianos. Hoy, canta la Iglesia, es el nacimiento de la Santísima Virgen. Celebremos este dichoso

día con toda la solemnidad posible; celebrémosle con la mayor alegría. Llegó, en fin, aquel dichoso tiempo determinado desde la eternidad en los archivos de la divina Providencia, aquel tiempo tan esperado y suspirado después de tantos siglos.

El año 5183 de la creación del mundo; en la sexta edad, aquella bienaventurada Niña, predestinada por los decretos eternos para ser Madre del Verbo encarnado, habiendo sido concebida sin pecado original por singular privilegio; á los nueve meses de su Inmaculada Concepción, nació en Nazareth, ciudad de Galilea, á treinta leguas de Jerusalém, el día 8 de Septiembre. Su padre San Joaquín, era de sangre real, hijo de Barpanther y descendiente de David por Nathan. Su madre Santa Ana, era hija de Mathan, sacerdote de Belén, de la tribu de Leví y de la familia de Aarón; de suerte que en su hija María, se hallaban unidas la sangre real y la familia sacerdotal.

No hubo dos esposos, dice San Juan Damasceno, más nacidos el uno para el otro: el mismo humor, las mismas inclinaciones y el mismo parecer en todo, acreditando así, que era obra de Dios aquel dichoso matrimonio. Declinaban ya á la vejez sin haber tenido sucesión y sin esperanzas de tenerla; de modo que aquella esterilidad, considerada entonces como maldición de Dios, humillaba á los dos santos esposos quitándoles toda esperanza de tener alguna afinidad con el Mesías prometido, y se contentaban con derramar su corazón en la presencia

de Dios, pidiéndole solamente aquello que fuese de su mayor gloria. Créese, generalmente que el Señor reveló á los dos esposos que tendrían una niña; pero sea lo que fuere, lo cierto es que tuvieron á la Santísima Virgen, la cual nació milagrosamente de una Madre estéril, y librando á sus padres de la ignominia de la esterilidad, los hizo las dos personas más dichosas y más respetables del Universo.

Este nacimiento fué sin esplendor, así como el de Jesucristo debía ser oscuro á los ojos del mundo, queriendo Dios que entre la Madre y el Hijo hubiese una perfecta conformidad de condición.

Fácilmente se deja comprender el gozo de aquellos padres en el momento que nació aquella bienaventurada Hija. Alumbrados con cierta luz sobrenatural, desde luego conocieron que Dios la había criado únicamente para Sí, y que ellos no eran más que depositarios de aquel tesoro. Luego que Santa Ana se levantó del parto, la Santa Niña fué llevada al templo, donde precediendo las oraciones de costumbre, se la impuso el nombre de María, asegurando muchos Santos Padres, que este nombre se la dió por el mismo Dios, que lo reveló á San Joaquín y Santa Ana, como el más propio para explicar la grandeza, la dignidad y excelencia de aquella bendita Niña.

El alma de María fué la más hermosa que crió el Omnipotente, antes de criar la de Jesucristo; pudiéndose decir que fué la más excelente obra que salió de las manos del Criador. A la hermosura del

alma correspondía también la del cuerpo. Sabese que desde el mismo instante en que aquella purísima alma fué unida á aquel hermosísimo cuerpo, fué también santificada; y el cuerpo concurrió con sus órganos á todas las funciones de la vida racional. Siendo María concebida sin pecado, en el primer instante recibió, con la gracia, el perfecto uso de la razón, y desde entonces fué ilustrado su entendimiento con todas las luces de la sabiduría y enriquecida con la comprensión cabal de todas las verdades; y dice San Vicente Ferrer, que fué tan abundante aquella gracia, que excedió á la de todos los Santos y á la de todos los espíritus celestiales. Y siendo todo esto una verdad innegable, ¿qué asunto más digno de nuestras admiraciones, de nuestros respetos, de nuestros elogios y del culto de toda la Iglesia, que el nacimiento de esta Santísima Niña? Si los pueblos acostumbran hacer tantos regocijos cuando nacen hijos á sus monarcas y á sus príncipes, ¿qué mucho es que el nacimiento de María llenase de regocijo al cielo y á la tierra, como canta la Iglesia, pues en ella nació la que es reina de los Ángeles y de los hombres, nuestra única esperanza después de Jesucristo; nuestra fiadora con Dios, nuestra paz, nuestra alegría, nuestra buena Madre, y en fin, nuestro consuelo y nuestra vida?

María descendió de Reyes y de Patriarcas; pero no fué esto lo que más la engrandeció á los ojos del Altísimo, sino su santidad que la hizo tan recomendable en su Concepción. Nace, no ya rodeada de

esplendor como los grandes del mundo; no entre el fausto, la pompa y la majestad como los reyes de la tierra; su nacimiento, aunque al parecer oscuro, es con grandísimas ventajas, preferible al de todos los grandes y de todos los soberanos. Todos estos fueron concebidos en pecado; todos nacieron en la desgracia de Dios; pero María nace objeto de las divinas complacencias, hija muy amada del Señor y enriquecida con los dones del Espíritu Santo. ¡No cabía menos en la que estaba destinada para ser Madre del divino Verbo.

Su dulcísimo Nombre

En la Dominica infraoctava de la Natividad de la Virgen, se celebra la festividad de su dulcísimo nombre. Fué instituída por el papa Inocencio XI con motivo de una victoria alcanzada por el ejército cristiano contra el del Gran Visir ó del imperio Otomano.

Orgullosos los turcos con las victorias que había obtenido sobre los imperiales, ó ejército cristiano, trataron de llevar sus conquistas más adelante, y con un ejército de más de doscientos mil hombres pusieron sitio á Viena que era la corte imperial. No teniendo el emperador tropas suficientes para resistirse, salió de la ciudad con su familia, y el príncipe Carlos de Lorena, temiendo ser envuelto por los sitiadores, se retiró bajo del cañón de la ciudad. El 14 de Agosto, víspera de la Asunción de

María, abrieron brecha los turcos por la parte de la puerta imperial y se alojaron allí á pesar del fuego de los sitiados. Luego cercaron la capital y prendieron fuego al palacio de la Favorita y á las casas de recreo de los grandes, edificadas en los arrabales. Un accidente funesto hizo aumentar el valor de los sitiadores y disminuir el de los sitiados. La iglesia de los escoceses fué consumida por el fuego, y cuando éste iba á penetrar en el arsenal donde estaba la pólvora y demás municiones de guerra, dando de este modo paso franco á los turcos para entrar en la ciudad, se detuvo milagrosamente hasta dar lugar á sacar todos los pertrechos de guerra. Un favor tan visible, debido indudablemente á la protección de María; pues se verificó el día de su Asunción, inflamó el ánimo de los soldados cristianos y demás habitantes de la ciudad, de tal manera, que aunque las balas y bombas enemigas destruían sus moradas, no por eso desmayaron; antes por el contrario, no cesaban día y noche de implorar el auxilio del cielo y tenían puesta toda su confianza en aquella cuya protección habían tantas veces experimentado. El día de la Natividad de la Virgen, habiendo los cristianos redoblado sus ruegos, su devocion, su fervor y sus votos, recibieron como por milagro, aviso cierto de un pronto socorro que reanimó su valor.

En efecto, al día siguiente se vió toda la montaña coronada de tropas auxiliares. El rey de Polonia, D. Juan Sobieski, con su ejército, y acompañado del

príncipe Carlos, oyeron misa el día doce, en la capilla de San Leopoldo; el mismo rey ayudó á ella y recibió la sagrada comunión; y después de haber recibido todos la bendición y haberse puesto bajo la especial protección de María, se levantó el príncipe, y lleno de una santa confianza, dijo en alta voz: «Ahora ya podemos marchar resueltamente bajo la protección poderosa de la Madre de Dios con entera seguridad de que nos asistirá.

No tardaron en verse los efectos de una confianza bien fundada. No bien se hubo puesto en marcha el ejército cristíano hacia el campo de los turcos, cuando después de haber sostenido un poco tiempo los infieles el combate, se retiraron á la otra parte del Danubio, con tanta precipitación, que dejaron en el cuartel del Gran Visir el grande estandarte del imperio y las colas de caballo, que son las señales ordinarias de la dignidad de sus bajáes, las cuales van siempre delante de su Alteza. Los soldados turcos dejaron todas sus tiendas, municiones de guerra y boca, toda su artillería, que era de ciento ochenta piezas entre cañones y morteros y cerca de cien mil hombres muertos. No hubo victoria, ni más completa ni que costase menos sangre á los vencedores.

El emperador Leopoldo volvió á Viena é hizo cantar un *Te Deum* con toda solemnidad, reconociendo que, una victoria tan inesperada, solo era efecto del auxilio del cielo, y singularmente de la protección de la Virgen. Así mismo lo juzgó el papa;

y en reconocimiento de un beneficio tan insigne, ordenó que la fiesta del dulcísimo nombre de María, se celebrase en adelante, como de precepto, en toda la Iglesia, fijándola el domingo infraoctavo de la Natividad.

A la verdad, después del santo nombre de Jesús, era muy justo que se celebrase también el de María, el cual siendo tan respetable á los mismos Angeles, no debía serlo menos á todos los hombres. Ni el cielo, ni la tierra, ¡oh! bienaventurada Virgen María, exclama San Francisco, conocen otro nombre, después del de tu querido Hijo, de quien reciban los fieles mayores gracias, en quien depositen mayor confianza, ni de quien reciban mayor dulzura que de tu santísimo nombre. Y San Bernardo explica elocuentemente lo mucho que podemos esperar de la asistencia de María, profesando tierna devoción á su santo nombre: «Si te consume, dice, el fuego de la cólera; si el maligno espíritu de la avaricia te devora; si el orgullo excita en tu corazón peligrosas tempestades; si la concupiscencia te pone á riesgo de padecer triste y miserable naufragio, recurre á María. Si te conturba el horror de tus pecados: si tu conciencia se estremece á vista de su gravedad y de su número; si el terror de los terribles juicios de Dios te induce á desesperación y á vista de él desmaya en tu corazón la confianza, pon la consideración en María; este santo nombre sosegará tus sobresaltos, y despertará tu confianza y tu amor. En todos los peligros de la vida, en todos los tropie-

zos de esta peligrosa carrera, en los negocios espinosos, en los más azarosos accidentes, acude á María, invoca á María, no se caiga de tus labios este santo Nombre, y esté perpétuamente grabado en tu corazón.

CAPÍTULO XVIII

Dominica décima-cuarta después de Pentecostés

El Evangelio de la Dominica décima-cuarta después de Pentecostés, está tomado de San Mateo; en él nos declara el Salvador la imposibilidad de servir á un mismo tiempo á dos señores, como son Dios y el mundo; no siendo posible agradar al uno sin desagradar al otro; dice así:

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: «Ninguno puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno ó amará al otro, ó si respeta á aquel, despreciará á éste. No podéis servir á Dios y al demonio de las riquezas. Por esta razón yo os digo no os inquietéis, ni con respecto á vuestra vida sobre lo que habéis de comer, ni en orden á vuestro cuerpo sobre lo que habéis de vestir. Por ventura, ¿no es más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad los pájaros del cielo, no siembran, no siegan ni recogen en los graneros, y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellos? Y, quién

de vosotros, á fuerza de pensar en ello, puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido, ¿por qué os inquietáis? mirad los lirios del campo cómo crecen: ellos no trabajan, ni hilan, y sin embargo, yo os digo que Salomón, aun enmedio de toda su gloria, no se ha presentado tan ostentosamente adornado como uno de estos lirios. Ahora bien: si Dios viste de este modo una hierba campestre, que hoy es y que mañana se arroja al horno, ¿cuánto mejor lo hará con vosotros, gente de poca fé? No os inquietéis, ni digáis ¿qué haremos para comer y para beber y de qué nos vestiremos? Porque los gentiles son los que se inquietan sobre todas estas cosas, y vuestro Padre celestial sabe tenéis necesidad de ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su Justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.

Los dolores de María Santísima

En la Dominica tercera de Septiembre se celebra la fiesta de los dolores de nuestra Señora. Una de las cualidades que más ennoblecen á España, y que ensalzan su mérito entre las más grandes naciones del mundo es, además de su catolicismo, la tierna devoción que siempre ha manifestado á la madre del Redentor.

Parecíales á los españoles no ser suficiente meditar los dolores de María en la época en que se representan los de su Santísimo Hijo y deseaban te-

ner una festividad particular de ellos en tiempo más desocupado. El rey Felipe V, al tener noticia de tan bella idea de sus vasallos, se encargó de solicitar de la silla apostólica esta gracia. Sus preces tuvieron todo el efecto deseado; pues habiendo precedido el parecer favorable de la Sagrada Congregación de Ritos, dado el diez y siete de Septiembre del año mil setecientos treinta y cinco; nuestro santísimo padre Clemente XII concedió este consuelo á toda la Iglesia de España, el día 20 del mismo mes y año.

El primer dolor que la sagrada Escritura nos refiere de la Santísima Virgen, es la profecía del santo anciano Simeón, en la que certifica á María que su alma será traspasada con un cuchillo. En el momento, esta señora ve en su imaginación á su querido Hijo humillado, escupido y abofeteado sin figura de hombre; le ve, como un manso cordero, que sin abrir su boca, va á ser sacrificado por los pecados del mundo; y entonces, exclama con Jeremías: «Ved, Señor, la tribulación que padezco; mi corazón está trastornado dentro del pecho, porque estoy llena de amargura.» Pero todo esto era inferior al dolor que padeció después en la pasión sangrienta de su Hijo, cuando va de la imaginación á la realidad.

Aunque no fijemos la consideración en aquel encuentro doloroso de la calle de la amargura; aunque no pensemos sobre el terrible dolor que penetró su corazón cuando vió entre numerosas tropas

á su inocente Hijo llevar sobre sus hombros el leño donde había de ser sacrificado, solamente con mirarla en la cima del Calvario, basta para conocer el mar de penas que la tiene sumergida.

Ya ve á unas manos sacrílegas, que asiendo de las ropas teñidas en sangre, despojan á Jesús; ya ve que con rabiosa furia le quitan la túnica, obra de sus manos, y que renovando las llagas de su sagrado cuerpo y cabeza, comienzan á correr de nuevo arroyos de sangre por su divino rostro; ya aparece su Hijo desnudo, sin más auxilio para la decencia, como dice San Ambrosio, que la que tiene el hombre por sí mismo cuando acaba de salir de las manos de la Naturaleza; y María, aquella que entre todas las mujeres fué la primera que dió á la virginidad un precio inestimable y casi infinito, ¡cómo tendrá su corazón viendo á su amado Jesús, Virgen de las Vírgenes, en una desnudez tan afrentosa, y á la vista de tan innumerable multitud de gentes! ¡Cuánto sentimiento causaría en su espíritu ver á su Hijo desnudo; y que este oprobio era celebrado con risas desmesuradas y baldonado con improperios y blasfemias? Ya oye el ruido de los martillos y percibe cómo están clavando á Jesús en el madero de la cruz. Suena en sus oídos el chasquido con que crujen los huesos del pecho sacrosanto al tiempo que entre inefables dolores se descoyuntan. Ya ve que conmoviéndose el pueblo, alzándose una extraña gritería, levantan en alto la cruz para dejarla fija en el suelo. ¡Qué sentimiento el de esta pobre

Madre al ver caer hilo á hilo la sangre divina sobre las piedras del Calvario! Su corazón quedó traspasado de dolor: la espada de su Hijo la atravesaba el alma en lo exterior y dentro de su espíritu estaba la imagen de la misma muerte.

Nada hay ya en toda la Naturaleza que pueda dar consuelo á la afligida Señora. Si fija los ojos en la tierra, ve los copiosos arroyos de sangre que manan de las heridas del Crucificado; si quiere levantarlos al cielo, se estrellan inmediatamente con su lastimado Hijo; si mira á la multitud de chusma que puebla el Calvario, sus risas y sus blasfemias atormentan los ojos y los oidos; y si se para á contemplar, se le ofrecen uno por uno los miembros dilacerados de Jesús, en que no ve más que salivas asquerosas, palidez, cardenales, heridas, sangre y muerte. Su alma misma la sirve de tirano, porque la memoria la acuerda los inmensos beneficios que pagan los hombres ingratos con una afrentosa muerte; su entendimiento la representa la suma nocencia de Jesucristo y la infinita injusticia con que los hombres le han condenado, la hace conocer que es verdadero de Dios, que descendió del Eterno Padre, con quien es una sustancia y la misma santidad por esencia. Y ve que este inocente, este bienhechor, este Dios Omnipotente, eterno é inmortal, es tratado como loco, embaucador, revoltoso, tirano y más facineroso que los más depravados hijos de las tinieblas.

Todos estos tormentos, todos estos dolores los

padecía María en calidad de Madre, y Madre la más tierna y sensible que puede imaginarse. Ve que pierde un Hijo infinitamente más amable que todos los hijos de los hombres; un Hijo á quien ama, no solamente con el amor natural de madre, sino con el que le debía tener por haberle concebido sin más intervención que la del Espíritu Santo. Pierde un Hijo que es todo suyo, que así como fué eternamente engendrado sin madre, lo había sido también en tiempo sin padre, de solas sus virginales entrañas; y á este Hijo tan amado le oye decir: *sed tengo* y no le puede dar una sola gota de agua; ve que no tiene dónde apoyar la cabeza y no le puede servir de reclinatorio, le ve morir... y no le puede dar amparo.

Parece que los dolores de María no podían ya llegar á mayor extremo; sin embargo, veía á su Santísimo Hijo todavía vivo, y una vida tan preciosa, aunque llena de humillación, no podía menos de dar algún consuelo á su alma. Iba ya Jesús á espirar, cuando advierte su Madre que fija en ella la vista como para decirla alguna cosa; y al esperar que con algún tierno coloquio fortaleciese su angustiado corazón, vió que señalando á San Juan la dijo, con voz casi extinguida: «Mujer, ve ahí tu Hijo.» Los santos padres no acaban de ponderar lo dolorosas que fueron estas palabras para María, que quedó tan sorprendida al oirse llamar mujer en vez de Madre, y que la daba por hijo á un puro hombre, en lugar del Unigénito de Dios.

Pero por grandes que fuesen sus amarguras en este punto, se doblaron todas cuando advirtió que el rostro sacratísimo de Jesús se cubría de la palidez y sombra de la muerte; que se le quebraban los ojos, y que desmayando poco á poco el aliento, iba á dar el último suspiro. Cuando, finalmente, vió que demudado todo, y clamando con una gran voz á su eterno Padre, exhaló su santísima alma, consumando la grande obra de la Redención, aquí fué el último desconsuelo de María, aquí se acabó de enlutar su corazón y aquí se verificó lo que dice San Bernardo de Sena: «Qué fué tan extremado su dolor, que si se llegase á dividir entre todas las criaturas sensibles, todas perecerían al momento. ¡Oh desconsolada Señora! ¿adónde volveréis ya vuestros ojos que no encuentren motivos de sentimiento? Vuestros amigos os han desamparado y se han convertido en vuestros más crueles enemigos. La tierra os asusta con temblores espantosos; el aire os atormenta con los ecos de las blasfemias; el cielo se os oculta con negras y espesas tinieblas; el sol oscurecido niega sus alegres luces, y hasta el Eterno Padre se hace sordo á los suspiros de vuestro corazón, y os deja, con vuestro Hijo difunto, sumergida en las olas furiosas del más triste desamparo. Tanta multitud de dolores mueve á exclamar con San Buenaventura: «¡Oh corazón suavísimo, centro de amor, ¿por qué te has convertido en corazón de dolor? Miro tu corazón, ¡oh Madre amabilísima, y ya no es corazón, sino amarga hiel y corazón de ajenjos.»

El Evangelio de la Dominica décima-quinta, tomado de San Lucas, contiene la historia de la resurrección del hijo único de la viuda de Naim.

En aquel tiempo, dice: «Iba Jesús á una ciudad llamada Naím, seguido de sus discípulos y de una multitud copiosa. Cuando se acercaba á la puerta de la ciudad, hé aquí que llevaban á enterrar un muerto, hijo único de una viuda, , á la cual acompañaba mucha gente de la ciudad. Luego que el Señor la vió, movido de compasión de ella, no lloréis, la dijo; y acercándose al féretro le tocó. Detuviéronse los que le llevaban, y él dijo: «Joven, levántate, yo te lo mando. Inmediatamente el muerto se sentó, y comenzó á hablar y Jesús le entregó á su madre. Todos quedaron poseídos del espanto y publicaban las grandezas de Dios, diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo.»

CAPÍTULO XIX

Dominica décima-sexta

El Evangelio de la Dominica décima-sexta, según San Lucas, dice: «En aquel tiempo entró Jesús en casa de un jefe de los fariseos en que estaba convidado á comer, y los mismos que allí estaban le observaban. En esto se presentó delante de Él un hidrópico. Jesús entonces preguntó á los doctores de la ley y á los fariseos: «¿Es permitido curar en

sábado?» Mas ellos no respondieron una palabra. Tomando, pues, Jesús al enfermo, le curó y le despidió. Después de hecho esto se volvió á ellos y les dijo: «¿Quién de vosotros si su asno ó su buey cae en un pozo, no le saca de él aunque sea el día del sábado?» Y ellos no sabían qué responderle á esto. Enseguida habiendo advertido que elegían ellos los primeros puestos de la mesa, dirigió á los convidados esta parábola: «Cuando fuereis convidados á las bodas, les dijo, no toméis el primer lugar, no sea que haya sido convidado otro de mayor consideración y aquél que os ha invitado á los dos, venga y os diga: Dejad ese lugar para éste; y entonces tengais que sufrir la vergüenza de descender hasta el último puesto. Sino cuando fuereis convidados, colocaos en el último lugar para que cuando el que os ha convidado viniere, os diga: Amigo mío, venid más arriba; y entonces recibais un honor á vista de los demás que están con vosotros á la mesa; porque todo el que se exalta será humillado y cualquiera que se humillare será exaltado.

La fiesta del Santísimo Rosario

En la Dominica primera de Octubre celebra la Iglesia la festividad del Rosario de la Virgen María. Nadie ignora que el Rosario, compuesto de quince decenas de Ave Marías en honor de la Santísima Virgen, es una de las prácticas más santas de devoción que hay entre los cristianos.

Este piadoso método de orar se debe á Santo Domingo, fundador del Orden de Predicadores, á consecuencia de una aparición de la Virgen que tuvo el año 1208, cuando estaba predicando contra los albigenses, y del que se sirvió, con tanto fruto, para la conversión de aquellos herejes. Esta señora le dijo que, habiendo sido la salutación angélica como el principio de la redención del género humano, quería que lo fuese también de la conversión de los herejes y victoria contra infieles; que así como el salterio se compone de ciento cincuenta salmos, así el Rosario debía componerse de ciento cincuenta Ave Marías, distribuidas en quince dieces, dando principio en cada uno de ellos con la oración dominical. Que de estos quince dieces, en los cinco primeros se considerasen los misterios gozosos, que son: La Anunciación, la Visitación, el Nacimiento del Hijo de Dios; la Purificación y la pérdida y hallazgo del Niño Jesús en el templo. En los cinco siguientes, los misterios dolorosos, que son: La oración del huerto, los azotes, la coronación de espinas, la cruz á cuestas y la crucifixión del Salvador. Y en los otros cinco restantes, los misterios gloriosos, que son: Resurrección triunfante, la admirable Ascensión, la venida del Espíritu Santo, la Asunción de María y su Coronación en la gloria.

Obedeció nuestro Santo el soberano mandato, y empezó á predicar las grandezas y excelencias de la Madre de Dios, explicando á los pueblos el método práctico del santo Rosario y sus utilidades. Luego

se sintieron los efectos de esta admirable devoción, con la conversión de más de cien mil herejes, y la mudanza de vida de un número considerable de pecadores atraídos á verdadera penitencia.

Aun cuando esta devoción fuese ya familiar hacía ya mucho tiempo entre las personas piadosas, no estaba todavía establecida como fiesta particular, y se estableció por el Papa San Pío V en el año 1572, con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria, con motivo de la conseguida por el ejército cristiano, sobre los turcos en las aguas de Lepanto, cuya historia es como sigue.

Estando los turcos en Lepanto tuvieron aviso de que los cristianos habían salido del puerto de Corfú, y venían, á velas tendidas, á echarse sobre ellos. Tan bajo concepto tenían de la armada cristiana, que jamás sospecharon tuviera atrevimiento á presentarles combate; pero ignoraban que venían escudados por la Generala de los ejércitos, María Santísima, bajo cuya protección les había puesto el Santo Pontífice Pío V. La armada otomana, muy superior á la cristiana en tropas y navíos, mandada por Ali-Bajá, levantó áncoras para cortar el paso á los cristianos, cuya armada iba mandada por D. Juan de Austria, hermano natural de Felipe II rey de España, y por Marco Antonio Colona, general de la escuadra pontificia. Hallábanse ya á distancia de doce millas cuando se dió la señal del combate. Los cristianos enarbolaron su estandarte, en el que estaba bordada la imagen de Jesucristo crucificado, á

quien soldados y oficiales saludaron con gritos de alegría, y postrados en tierra la adoraron, implorando la asistencia del cielo por la intercesión de la Virgen María, cuyo retrato se veneraba á bordo de todas las embarcaciones. La escuadra turca, favorecida por el viento, íbase aproximando á la cristiana que con gran fervor dirigía sus plegarias al cielo, depositando su confianza en María; cuando repentinamente cambia el viento, sopla de popa á nuestra escuadra, con tanta dicha, que todo el humo de su artillería marchaba hacia la escuadra otomana.

Esta mudanza tan rápida del viento, fué calificada por nuestras tropas de milagrosa, y recibida como visible asistencia del cielo. Ya á tiro de cañón las dos armadas, se hicieron un fuego horroroso, quedando por largo espacio de tiempo oscurecido el día con la densidad del humo. Tres horas había durado el combate sin ventaja de una á otra parte, cuando los cristianos, confiados más en la protección del cielo que en los esfuerzos de su brazo, observaron que los turcos se iban retirando hacia la costa: entonces nuestros generales redoblan su confianza, mandan hacer más nutrido fuego sobre la armada enemiga; matan á Alí Bajá, penetran en su galera y arrancan el estandarte. Al mismo tiempo D. Juan de Austria manda á los soldados que griten todos: *¡Victoria!* entra el pánico en el ejército otomano, y dejando de ser combate, principia á ser horrible carnicería; porque los turcos se dejan degollar sin resistencia.

Esta célebre batalla, la más memorable que los cristianos habían ganado en el mar, se dió el siete de Octubre del año 1571, y es conocida con el nombre de batalla de Lepanto. En ella perecieron más de treinta mil turcos, se cogieron cinco mil prisioneros, ciento treinta galeras, siendo destrozadas más de otras noventa; y recobraron su libertad cerca de veinte mil cristianos que los turcos tenían bajo su tiránico poder. En esta batalla fué herido el autor del Quijote; el inmortal Miguel Cervantes Saavedra.

El santo pontífice Pío V, tuvo revelación de esta victoria, y persuadido firmísimamente de que había sido efecto de la particular protección de María, instituyó esta fiesta con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria; y como esta especial protección fué alcanzada por la devoción del Santo Rosario, el papa Gregorio XIII ordenó que se celebrasen estas dos festividades en un mismo día, ó mejor dicho, que fuesen una misma.

En el Evangelio de la Dominica décima-séptima, según San Mateo, se lee que habiendo el Salvador cerrado la boca á los sadúceos, confunde á los fariseos que se valían de todo para sorprenderle. En aquel tiempo, dice: «Se reunieron los fariseos cerca de Jesús, y uno de ellos, que era doctor de la ley, le preguntó con el designio de sorprenderle: «Maestro le dijo: ¿cuál es el mandamiento grande en la ley?» Díjole Jesús:

«Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón,

con toda tu alma, con todo tu entendimiento; éste es el más grande y el primer mandamiento. Mas hay el segundo semejante á éste: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Toda la ley y los profetas se reducen á estos dos mandamientos. Como se hallasen allí reunidos los fariseos, les hizo Jesús esta pregunta: «¿Qué pensais de Cristo? ¿De quién es Hijo?» De David, le dijeron. ¿En qué consiste, pues, les replicó, que David inspirado le llama su Señor, diciendo: «El Señor ha dicho á mi Señor: Siéntate á mi diestra hasta que yo haga de tus enemigos el escabel de tus pies? Sí, pues, David le llama su Señor, ¿cómo es que es Hijo suyo? Y ninguno podía responderle una sola palabra y desde este día nadie se atrevió á preguntarle más.»

El Evangelio de la décima-octava también de San Mateo, nos refiere la historia de la curación milagrosa del paralítico á quien Jesucristo mandó que llevase la cama. En aquel tiempo, dice: Habiéndose metido Jesús en una barca pasó el lago, y entró en su ciudad. Luego que llegó, algunos le presentaron un paralítico tendido en su cama, y viendo Jesús su fe, le dijo al paralítico: «Hijo mío, anímate, tus pecados te son perdonados.» Al mismo tiempo, algunos de los escribas dijeron para sí: «Este hombre blasfema.» Viendo Jesús lo que pensaban: «¿Por qué, les dice, hacéis malos juicios dentro de vosotros mismos? ¿qué es más fácil decir, tus pecados te son perdonados, ó decir, levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder

para perdonar los pecados, sobre la tierra: Levántate, dijo entonces al paralítico, toma tu cama y vete á tu casa.» Viendo esto el pueblo, quedó poseído del temor, y en alta voz alabó á Dios que había dado tal poder á los hombres: El Evangelio de la décima-nona, del mismo San Mateo, contiene una parábola llena de misterios y lecciones; es como sigue: «En aquel tiempo: Hablando Jesús á los príncipes de los sacerdotes, y á los fariseos en parábolas, les dijo: El reino de los cielos es semejante á un rey que celebraba las bodas de su hijo, el cual envió á sus criados para que hiciesen venir á los que estaban convidados á ellas; mas éstos no quisieron ir: Envió de nuevo otros criados, y les dijo: Decid á los que están convidados: Hé aquí que está ya preparado mi festín; mis bueyes y las aves que he cebado están muertas: Todo está pronto, venid, pues, á la boda. Mas éstos no hicieron aprecio y se marcharon, el uno á su quintería, el otro á su tráfico. Los otros se apoderaron de los siervos, y después de haberles hecho mil ultrajes les mataron: Cuando el rey supo esto se irritó, y enviando sus tropas hizo perecer á los asesinos y quemó su ciudad.

Entonces dijo á sus siervos: Todo está preparado para la boda; mas los que estaban convidados no fueron dignos. Id, pues, á las encrucijadas de los caminos, y á todos los que encontrareis en ellas, convidadlos para la boda. Salieron, en efecto, los criados á los caminos y reunieron todos los que encontraron, buenos y malos, de suerte que los asien-

tos del festín quedaron llenos. Habiendo el rey entrado para ver los que estaban colocados, advirtió en uno que no estaba vestido con la ropa de boda, al cual le dijo: Amigo mío, ¿cómo has entrado aquí sin tener puesto el vestido de boda? Y el hombre quedó mudo. Entonces el rey dijo á sus oficiales Atadlo de pies y manos, echadlo fuera en la tinieblа, allí no habrá más que llantos y crujir de dientes; porque son muchos los llamados y pocos los escogidos.

CAPÍTULO XX

La fiesta de Todos los Santos

El primer día de Noviembre celebra la Iglesia la fiesta de Todos los Santos. No contenta con proponer á nuestra consideración y veneración, cada día y en particular, alguno ó algunos de aquellos moradores de la Corte celestial, nos les presenta en este día, todos unidos por materia de culto, para que, como poderosos intercesores, nos alcancen de Dios que derrame sobre nosotros, con abundancia, los tesoros de su misericordia y las gracias que nos son necesarias para imitarlos.

Son nuestros hermanos, miembros todos de un mismo cuerpo místico: Fueron lo que nosotros somos, y algún día podemos nosotros ser lo que son ellos. Gimieron, como nosotros en este valle de lágrimas. Estuvieron, igualmente que nosotros, ex-

puestos á las mismas flaquezas, sugetos á las mismas tentaciones, corrieron los mismos peligros, encontraron las mismas dificultades y les salieron al camino los mismos estorbos. Luego de la misma manera nosotros debemos resistir á nuestros enemigos, y vencer los obstáculos que ellos vencieron para conseguir el premio que ellos han conseguido: Sus armas son las nuestras; sus auxilios son nuestros auxilios, y la carrera es la misma. Ellos la han seguido con honor; ¿quién nos impide á nosotros seguirla del mismo modo? La gloria que gozan y bienaventuranza que poseen, merecen nuestro culto. Sus méritos, tan gloriosamente premiados, exigen nuestra veneración; y lo mucho que pueden con Dios es motivo justo para alentar nuestra confianza. Este es el fin que se propone la Iglesia en el solemne y general culto que tributa hoy á todos los Santos y el objeto todo de la presente festividad.

Data ésta del tiempo del papa Gregorio III, que en el año 731, mandó construir una capilla en la Iglesia de San Pedro, en honor del Salvador, de María Santísima, de los Apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes, y de todos los justos que reinan con Cristo en la gloria. Y Gregorio VI mandó que se celebrase esta fiesta el primero de Noviembre; sin duda porque en este día los gentiles celebraban otra en honor á sus dioses, acompañada de todo género de disoluciones: Y por último, Sixto IV, mandó que se celebrase con octava, quedando así constituída entre las más solemnes de toda la Iglesia universal.

Grande es á la verdad, el número de los Santos cuya memoria celebra la Iglesia cada día: pero mucho mayor es el de aquellos que se ocultan á su noticia. Los hay de todos estados, condiciones y edades; en todas las naciones y pueblos.

Unos que murieron ignorados en la soledad, otros enterrados en los desiertos; muchos escondidos en la obscuridad de una vida pobre y mortificada, ignorados del mundo, y únicamente conocidos de Dios: pues á todos éstos, es muy justo que la Iglesia les rinda culto en la tierra; puesto que el Señor los ha glorificado en el cielo. Todos ellos se interesan en nuestra salvación; nosotros imploramos su asistencia y tenemos necesidad de su protección. Merecen, en fin, nuestro culto y éste es el que hoy les tributamos.

Pero la Iglesia no se conforma sólo con proponerles á nuestra veneración para el culto; quiere también hacerles presentes á nuestra imitación para el ejemplo. Nos dice, que estos bienaventurados, cuya dicha envidiamos, y cuyo triunfo aplaudimos, son escogidos de Dios; que fueron de nuestra misma edad, sexo, condición y estado; vivieron en el mundo como nosotros en medio de los peligros y sugetos á las mismas miserias. Entre esa multitud innumerable tributamos culto á los príncipes, emperadores y reyes, que en medio del fausto y esplendor de la corte, supieron conservar costumbres irreprensibles y cultivar la santidad. A los acomodados y ricos que usaron bien de sus riquezas arreglando

su vida por los principios de la fe: al pobre oficial, al humilde labrador, al ínfimo criado, que en la obscuridad de su clase supieron ser Santos, haciendo una vida verdaderamente cristiana. Le tributamos, en fin, á nuestros hermanos, parientes, amigos y paisanos, que con las mismas pasiones, con las mismas dificultades y con iguales auxilios acertaron á salvarse y llegaron felizmente al término de su carrera. Y fueron Santos, solo y exclusivamente porque cumplieron con las obligaciones de su estado; porque supieron armonizar los deberes de éste con los de su religión; porque en todo prefirieron su conciencia á los intereses humanos, la ley de Dios á sus inclinaciones, y las máximas del Evangelio á las máximas del mundo.

La conmemoración de los fieles difuntos

El día después de la festividad de todos los Santos, se celebra la conmemoración de los fieles difuntos. El padre Astete nos dice, y así es verdad, que la Iglesia es la congregación ó reunión de los fieles cristianos cuya cabeza visible es el romano Pontífice, y la invisible Jesucristo. Por tanto, esta Iglesia comprende á los bienaventurados que están en el cielo; á los justos que padecen en el purgatorio y á los que vivimos acá en el mundo; y por lo mismo se la considera en tres estados: en triunfan-

te, que es la de aquellos fieles que están gozando y en posesión de la gloria; en purgante, que es la de aquellos que habiendo muerto en el estado de gracia, no están suficientemente purificados para entrar inmediatamente en el cielo y tienen que estar detenidos en ese lugar llamado purgatorio hasta que acaben de satisfacer plenamente á la Divina Justicia; y en militante, de los que viviendo todavía en este mundo, debemos pelear contra los enemigos de nuestra salvación y merecer, mediante la gracia de Dios y nuestras buenas obras la corona de la inmortalidad que el Omnipotente nos tiene preparada en la celestial Jerusalén, como premio á nuestra fidelidad y á nuestras victorias.

Todos estos miembros forman un solo cuerpo místico; á todos anima un sólo espíritu de caridad; y todos tres están unidos por ese dulcísimo vínculo de amor. Los que están en el cielo se interesan en la salvación de los que vivimos en la tierra, ofreciéndonos su intercesión para con Dios: desean la libertad de las almas que padecen en el purgatorio; pero como en el cielo no están ya en el estado de merecer, no pueden satisfacer por ellas ni pagar sus deudas. Estas almas afligidas, tampoco pueden aliviar sus padecimientos, y sólo suplican á sus hermanos, ó sea á los de la Iglesia militante, que satisfagan por ellas con oraciones y socorros. Luego solamente los que vivimos en este mundo, somos los que podemos honrar á los bienaventurados con religioso culto, y ayudar á las almas del purgatorio con

obras satisfactorias. Por eso la Iglesia, que ha señalado un día para celebrar en la tierra el triunfo de los Santos, ha dedicado otro para la memoria y alivio de las almas santas que padecen en el purgatorio, y este día la ha parecido oportuno que sea el siguiente al de los Santos: mandando que en él se celebre el santo sacrificio de la Misa, en sufragio de estas almas justas que están penando en las cárceles del purgatorio.

Y á la verdad, no hay cosa más justa ni más conforme al espíritu de nuestra religión, que el eficaz celo por el alivio de aquellas almas. Ellas son predestinadas, y algún día se han de ver en las mansiones de la gloria. Son esposas muy amadas de Jesucristo, que aunque ahora están padeciendo, con el tiempo han de reinar con Él, y entonces sabrán mostrarse agradecidas á los que han aliviado sus penas, con oraciones, limosnas y sacrificios. Son nuestros padres, esposos, hijos, hermanos, parientes cercanos, amigos y bienhechores que nos piden mitiguemos sus penas; y desde el fondo de aquellos lóbregos calabozos nos están clamando con voz lastimera. ¡Compadecéos de mí, compadecéos de mí, siquiera vosotros mis amigos. Amado hijo, querida hija, exclamarán los atormentados padres; tened misericordia de aquellos á quienes, después de Dios, debeis todo lo que tenéis, la vida que gozáis y los bienes que poseéis: aliviadnos en nuestros trabajos; sólo os pedimos obras de caridad, sólo os pedimos oraciones: mirad que estamos padeciendo

el excesivo amor que os hemos tenido; por acrecentar algo más de capital para haceros felices: ¡Compadecéos de nosotros! Amado padre, exclamará aquel hijo querido; tú que tanto me quisiste y tanto lloraste por mí, mira que estoy padeciendo insufribles penas en este lugar de tormentos; á muy poca costa me puedes aliviar: una misa, una limosna, una oración, pueden sacarme de aquí y ponerme en libertad. ¿Serás insensible á mis tormentos? Algún dia te podrás hallar tú en la misma necesidad: si entonces estoy yo en el cielo, empeñaré todo mi valimiento con Dios para librarte de tus penas.

Para excitarnos á estas obligaciones de justicia y de caridad, se vale la Iglesia de ese fúnebre aparato: y para avivar nuestra memoria y nuestra compasión es todo ese lúgubre sonido de las campanas.

Es cierto que no vemos, con los ojos corporales, lo que están padeciendo aquellas benditas almas; pero, ¿padecerán menos, ó serán menos dignas de lástima porque no las veamos? Si tuviéramos prisionero al padre, hermano, esposo ó amigo; ¿no daríamos muchos pasos, y apelaríamos á todos los recursos para ponerles en libertad? Pues el Purgatorio es una triste prisión. ¿Y quién habrá que no tenga en él algún pariente ó amigo? ¿Y seremos tan desalmados que les negaremos el pequeño sacrificio que nos piden?

Todo cuanto hagamos en beneficio de ellos redunda en provecho nuestro; porque siéndonos, en cierta manera, deudores de su felicidad, no se olvi-

darán de ello, cuando lleguen á estar en posesión de la gloria. Allí serán nuestros protectores para con Dios; nuestros fieles amigos que emplearán todo su valimiento para sacarnos con felicidad de cualquier peligro, y para alcanzarnos los auxilios que hubiéramos menester durante nuestra vida, y muy especialmente en la hora de nuestra muerte. Esto ha movido el celo de la Iglesia por los difuntos, é inspirado en los Santos tanta caridad con estas benditas almas.

El Evangelio de la Dominica vigésima, según San Juan, contiene la historia de la curación del hijo de un señor de la corte de Herodes Antipas: «En aquel tiempo, dice: Había cierto señor, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Sabido por este señor que Jesús había venido de Judea y Galilea, fué á verle y le suplicó que viniese á curar á su hijo que se moría. Díjole, pues, Jesús: Vosotros, sino veis milagros y cosas prodigiosas, no creeis. El señor volvió á instar á Jesús, diciéndole: Venid, señor antes que mi hijo muera. Vé, le dijo Jesús; tu hijo vive. Creyó lo que Jesús le dijo y se fué. Cuando aun estaba en el camino, encontró á sus criados que le hicieron saber que su hijo estaba sano. Informóse de ellos á qué hora había mejorado el enfermo, á lo cual le respondieron: Ayer á la séptima hora del día, le dejó la fiebre. Conoció el padre que aquella era la hora en que Jesús le dijo: Tu hijo vive, y creyó él y toda su casa.»

CAPÍTULO XXI

Dominica vigésima-prima

En el Evangelio de la Dominica vigésima-prima, según San Mateo, se nos refiere la parábola de los dos deudores; y es como sigue: «En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un rey que quiso tomar cuentas á sus servidores. Habiendo, pues, comenzado á examinar las cuentas, se presentó un servidor que le debía diez mil talentos. No teniendo él con qué pagar, ordenó que se le vendiese con su mujer, sus hijos y toda su hacienda, y que la deuda quedase cubierta. Arrojándose entonces el servidor á sus pies, le suplicaba y le decía: Dame tiempo y todo te lo pagaré. Entonces el señor de este servidor, compadeciéndose de él, le dejó ir y le perdonó toda la deuda. Más cuando aquel servidor hubo salido, encontró uno de los que servían con él, el cual le debía cien denarios de plata; y teniéndole agarrado por el cuello le sofocaba, diciéndole: Págame lo que me debes. Echándose éste á sus pies, le suplicaba y le decía: Dame tiempo y yo te lo pagaré todo; pero el otro no quiso, sino que fué y le hizo poner en prisón hasta que le pagase Viendo los demás servidores lo que pasaba, se afligieron en extremo y refirieron á su señor todo lo que había sucedido: Entonces su señor le hizo llamar y le dijo:

Siervo perverso te he perdonado toda la deuda porque me lo suplicaste, ¿no debías tú también haberte compadecido de tu compañero, como yo me compadecí de ti? Inmediatamente su señor lleno de indignación le entregó á los ejecutores de la justicia hasta que pagase toda la deuda. De este modo se portará con vosotros mi Padre celestial, sino perdonare cada uno de vosotros á su hermano de lo íntimo de su corazón.»

El de la Dominica vigésima-segunda, también de San Mateo nos refiere el pago del tributo al César: «En aquel tiempo, dice: Habiéndose retirado los fariseos, deliberaron entre sí sobre los medios de sorprender á Jesús en lo que dijese. A consecuencia de esto le enviaron algunos de sus discípulos con los herodianos que le preguntasen: Maestro, sabemos que siempre dices la verdad, y que enseñas el camino de Dios en espíritu de verdad, sin consideración á nadie, porque no haces excepción de personas. Dinos, pues, lo que te parece en esto: ¿es lícito pagar el tributo al César ó no? Viendo Jesús su maldad, les dijo: Hipócritas, ¿por qué tratáis de sorprenderme? mostradme la moneda del tributo. Presentáronle un denario de plata y Jesús les dijo: De quién es esta figura y el nombre que está escrito alrededor? Del César, le respondieron. Entonces les dijo: Dad, pues, al César lo que pertenece al César, y á Dios lo que es de Dios.»

El Patrocinio de Nuestra Señora

En la tercera Dominica de Noviembre celebra la Iglesia la fiesta del Patrocinio de Nuestra Señora. Todos los hombres conocen su miseria y debilidad, y por tanto buscan en el mundo repetidos apoyos para sus diversas necesidades. El pobre procura grangearse la amistad del rico, el ignorante la compañía del sabio, y el desvalido la protección y amparo del poderoso. Sabemos por testimonio de Dios, confirmado por una triste esperiencia, que nacemos hijos de ira y de venganza, enemigos de Dios y siervos del pecado. Nuestra alma debilitada en sus potencias: el entendimiento ofuscado con la ignorancia; la voluntad inclinada hácia lo prohibido, y la memoria llena de objetos pecaminosos: No somos capaces, como dice San Pablo, de producir por nosotros mismos un solo buen pensamiento. En este estado de miseria, necesidad y desventura, ¿qué podemos apetecer con más ansia que una protección poderosa contra esta misma miseria, y un auxilio eficaz y poderoso contra nuestros numerosos enemigos? He aquí el fin que ha tenido la Iglesia en la institución de la festividad del Patrocinio de María.

No podemos dudar que Nuestro Señor Jesucristo en el cielo es nuestro protector y abogado, que está siempre intercediendo por nosotros, pero esto no impide la intercesión de los Santos y la de la Reina

de todos María Santísima: Por eso dice San Bernardo, que María es nuestra medianera; es aquella por quien recibiremos la misericordia de Dios, y la misma por quien recibimos en nuestras moradas al mismo Jesucristo.

Toda la Iglesia universal, y todas las naciones del mundo cristiano tienen reconocido y experimentado el gran Patrocinio de María desde que se estableció entre nosotros la religión sacrosanta del crucificado; pero entre todas, la que ha merecido una predilección muy singular de esta Señora, ha sido nuestra queridísima España, como lo prueban repetidísimos hechos verdaderamente prodigiosos que merecen ser referidos. Pero como su número es muy crecido, sólo nos concretaremos á la narración de alguno que otro, que bastarán para recordarnos las antiguas piedades de María y confirmarnos en su devoción.

Cuando España acababa de ser ocupada por los moros: cuando su desolación y su miseria habían llegado al mayor extremo; entonces experimentó uno de aquellos rasgos incomparables de la protección de María. Cuando después de la batalla de Guadalete, los moros invadieron toda la Península, el valeroso D. Pelayo se retiró con sólo mil infantes (triste resto de la monarquía española), á una cueva de las montañas de Asturias. Allí se le presentó el traidor arzobispo D. Oppas á persuadirle que se entregase pacíficamente á los moros, si quería salvar su vida y la de sus partidarios. Pero él

confiado en el Patrocinio de María, dió una respuesta digna de su heroísmo. Bien sé, dijo, que miradas las fuerzas naturales son insuficientes las que tengo para resistir á los enemigos de Jesucristo; pero con la protección de su Santísima Madre espero, no solamente salvar mi vida y las de los que están conmigo, sino también restaurar el reino de los godos. A estas palabras respondieron los moros con una nube de piedras y saetas que inundaban la cueva en que estaban los cristianos reunidos implorando el auxilio de María, que no les abandonó en tan inminente peligro; porque las piedras y saetas arrojadas por los moros, se volvían contra ellos con mucho mayor ímpetu. Luego que éstos advirtieron el estrago que sus mismas saetas les hacían, comprendiendo que era causado por una virtud superior, se pusieron en precipitada fuga; y los cristianos saliendo de la cueva, cargaron sobre ellos, con tanto valor y bizarría, que dejaron en el campo de batalla más de veinte mil moros muertos; y otros setenta mil perecieron al pasar del monte Fusena al campo Ivanense, á consecuencia de haberse derrocado una montaña cercana. Esta victoria alcanzada por el Patrocinio de María, fué el principio de la restauración de España; y en su memoria se dedicó aquella cueva al culto de la Virgen donde se venera su sagrada imagen; y hoy próximo á esa gruta, se está construyendo un suntuoso templo con la advocación de Nuestra Señora de Covadonga.

Fernando III el Santo, en treinta y cinco años

que tuvo guerra contra los moros, consiguió un sin número de victorias, todas debidas según él mismo confesaba, al Patrocinio de María. Ella se alistaba en sus ejércitos como directora y capitana; y en las marchas y batallas hacía el rey llevar diversas imágenes para que diesen ánimo y valor á sus soldados. Tan extremado era en esta devoción, que hasta en el arzón de la silla del caballo que montaba, había colocado la imagen de esta Señora para tenerla presente aun en medio de los más ardorosos combates.

Alfonso XI en la batalla del Salado mató doscientos mil moros, cogiendo prisioneros muchísimos más, habiendo muerto sóto veinte cristianos. Los triunfos de Alfonso I rey de Portugal; de Juan II rey de Castilla, y Ramiro II rey de León, en que dos Angeles mandados por María Santísima vencieron doscientos mil moros. No se daba acción alguna en que no se consiguiese la victoria. Solo la batalla de Lepanto, (referida en la festividad del Rosario,) basta para hacernos ver hasta dónde ha llegado la protección de María.

En todos tiempos tenemos hechos particulares que acreditan su singular Patrocinio. Si las enfermedades, el hambre ó la peste nos han acometido alguna vez, María ha sido nuestro escudo, nuestra protectora, nuestra abogada. Con su favor y Patrocinio se han disipado nuestros males, se han contenido nuestras aflicciones, se han cortado nuestras enfermedades; se han enjugado nuestras lágrimas y se nos han abierto las puertas de la esperanza y del consuelo.

Felipe IV, recorriendo en su memoria los siglos de la monarquía y viendo que en todos ellos había suficientes hechos para formar una historia particular de los favores de la Madre de Dios, solicitó del Papa Alejandro VII que expidiese una bula para que se estableciese en España perpétuamente una fiesta dedicada al Patrocinio de María; y el Papa la dió en Roma el día veintiocho de Julio del año mil seiscientos cincuenta y seis, mandando que se celebrase en España y sus dominios una fiesta á María Santísima con el título del Patrocinio.

El Evangelio de la Dominica vigésima tercia, según San Mateo, contiene dos milagros de Jesucristo: el uno en favor de una mujer enferma de un flujo de sangre, y el otro en favor de uno de los jefes de la Sinagoga, al cual le resucitó una hija: «En aquel tiempo, dice: Hablando Jesús á la muchedumbre que le seguía: un jefe de la Sinagoga se acercó á Él y le adoró, diciendo: Señor, mi hija acaba de morir; pero venid, poned vuestra mano sobre ella y vivirá. Y levantándose Jesús le siguió con sus discípulos. Al mismo tiempo una mujer que hacía doce años que padecía un flujo de sangre, se acercó por detrás y tocó la franja de su vestido. Decía ella para sí: Si yo toco aunque no sea más que su ropa, quedaré sana. Habiéndose vuelto Jesús, viéndola, la dijo: Confía, hija, tú te has salvado; y en la hora quedó curada la mujer. Cuando llegó Jesús á la casa del jefe de la Sinagoga, viendo los tocadores de flautas y una multitud que hacían gran

ruido: Retiráos, les dijo, porque la joven no está muerta; sino que duerme. Y se mofaban de Él. Luego que hizo retirar á la muchedumbre, entró Jesús, la tomó por la mano y se levantó la joven. El prodigio se divulgó inmediatamente por todo el país.»

El Evangelio de la vigésima-cuarta y última, tomado también de San Juan, predice la ruina entera de Jerusalén y el fin del mundo, al que debe seguir inmediatamente el juicio universal, el cual es como el preludio; dice así «En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando vieréis en el lugar santo la abominación de la desolación de que ha hablado el profeta Daniel (el que lee que comprenda): los que estuvieren en Judea, huyan á los montes; el que entonces se hallare sobre el techo, no baje á tomar cosa alguna de su casa; y el que se encontrare en el campo, no vuelva atrás para tomar su vestido. ¡Ay de las mujeres que en aquel tiempo estuvieren preñadas, y de las que alactasen sus hijos! Sin embargo, pedid que no tengáis que huir en invierno ni en el día de sábado: Porque la desolación será grande, y tal que no la habrá habido semejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás. Entonces, si alguno os dice, ahí está el Cristo, ó allá, no lo creáis; porque aparecerán falsos cristos y falsos profetas, que harán cosas tan extraordinarias y tan prodigiosas que los mismos elegidos, si fuera posible, serían engañados. Vosotros veis que os lo he dicho con anticipación. Si, pues, os dijeren: Helo allá, en el desierto está, helo aquí

en el interior de la casa, no creáis nada. Porque así como el relámpago parte del Oriente, y se deja ver hasta el Occidente, del mismo modo sucederá la venida del Hijo del hombre. En cualquiera parte que esté el cuerpo, se congregarán también las águilas. Pero inmediatamente después de estos días de tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, las estrellas caerán del cielo, y las virtudes celestiales se conmoverán. Entonces la señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo; entonces todas las naciones de la tierra harán público su dolor y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con grande poder y majestad. Al mismo tiempo enviará sus Ángeles con la trompeta, y una voz estrepitosa congregará sus elegidos de las cuatro partes de la tierra, de un extremo del cielo al otro. Ahora bien, atended á una parábola tomada de la higuera: cuando comienza á tener ramas tiernas y brotan las hojas, conocéis que está cerca el estío: del mismo modo vosotros, cuando viéreis todas estas cosas sabed que el Hijo del hombre está próximo y á la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generación sin que esto suceda: El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán.

APÉNDICE

Por breve de Su Santidad el Papa Pío IX, de inmortal memoria, dado el dos de Mayo del año mil ochocientos sesenta y siete, fueron derogadas en nuestra Península, á petición del Gobierno, las fiestas siguientes:

De las llamadas fiestas enteras, ó sea en las que además del precepto de oir misa, los fieles no podian dedicarse á trabajos corporales, se suprimieron; el segundo día de las Pascuas de Resurrección, Pentecostés y Navidad: la de San José, que es el día 19 de Marzo, y la Natividad de San Juan Bautista, que es el 24 de Junio. Estas dos últimas, han vuelto á ser repuestas; y San José, declarado por el mismo Pontífice Pío IX, Patrón de la Iglesia Universal, con fiesta de primera clase.

En las que sólo había el precepto de misa, ó sea las llamadas medias fiestas, se han suprimido: Los días terceros de la Pascua de Resurrección y Pentecostés.

En Diciembre: el día 21, Santo Tomás Apóstol: el día 27, San Juan Evangelista: el 28, los Santos Inocentes; y el 31, San Silvestre.

En Febrero: el día 24, San Matías Apóstol.

En Mayo: el día 1.°, San Felipe y San-

tiago Apóstoles; el día 3, la Invención de la Santa Cruz; el 15, San Isidro labrador y el 30 San Fernando rey de España.

En Junio: el día 13, San Antonio de Padua.

En Julio: el día 26, Santa Ana madre de la Virgen Santísima.

En Agosto: el día 10, San Lorenzo; el 24, San Bartolomé Apóstol y el 28, San Agustín obispo y doctor.

En Septiembre: el 21, San Mateo Apóstol y el 29, San Miguel Arcángel.

En Octubre: el 28, San Simón y Judas Apóstoles.

En Noviembre: el día 30, San Andrés Apóstol.

A. M. D. G.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
Principio del año eclesiástico.	7
La Inmaculada Concepción de María.	9
Témporas.	13
Vigilia de Natividad.	14
La Natividad del Señor.	17
La Circuncisión del Señor.	22
Epifanía ó adoración de los Reyes.	25
El Dulce nombre de Jesús.	30
La Purificación de María Santísima..	32
Septuagésima.	37
Quincuagésima.	41
Miércoles de Ceniza..	42
La fiesta de San José.	45
Cuarta Dominica de Cuaresma.	49
Domingo de Pasión..	51
La Anunciación de la Santísima Virgen. . . .	52
Semana Santa..	55
Domin Ramos..	56
Jueves Santo.	58
Viernes Santo..	62
Domingo de Resurrección.	67
Domingo de Cuasimodo.	72
Las rogaciones.	76
La Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo. . .	80
Domingo de Pentecostés..	82
Domingo de la Santísima Trinidad..	87
La fiesta del Santísimo Sacramento..	90
Tercer Domingo de Pentecostés.	96
La Natividad de San Juan Bautista..	99
San Pedro y San Pablo Apóstoles.	104
Sexta á la novena Dominica.	113
Domingo décimo de Pentecostés..	119
Santiago Apóstol el Mayor.	118

La Anunciación de la Santísima Virgen. . . . 124
La Natividad de la Santísima Virgen. 131
Su Dulcísimo Nombre. 135
Dominica décima cuarta después de Pentecostés. 139
Los Dolores de María Santísima. 140
Dominica décima sexta. 146
La fiesta del Santísimo Rosario. 147
La fiesta de Todos los Santos. 154
Conmemoracien de los fieles difuntos. 157
Dominica vigésima prima. 162
El Patrocinio de Nuestra Señora. 164
Apéndice. 171

IMPRENTA Y LIBRERÍA

— DE —

ROMAN LUERA PINTO

LEÓN

Esta casa hace con todo esmero cuantos trabajos se la encomienden en el arte tipográfico.

Material completo para las escuelas de primera enseñanza.

Papeles pintados para decorar habitaciones.—Gran surtido tanto en colgaduras como en frisos, cenefas, mármoles, moaré, etc., etc.—Papel glacier para decorar cristales.

Libros y cuadernos para anotaciones.

Ancoras de salvación, Visitas al Santísimo, Manual de Meditaciones por Villacastín, Kempis y otros muchos títulos en devocionarios.

Plumas de todas clases, portaplumas, reglas, lacres, lapiceros, tinta nacional y extranjera de escribir y copiar, tinta de colores para sellos y para escribir.

Estuches de papel y sobres para cartas.

Estuches de dibujo.

Gran surtido en festoneadores.

Florones y molduras de cartón piedra.

Papel de hilo blanco y rayado.—Papel contínuo.

Papel y sobres comerciales.

Impresos de fes de vida, presupuestos escolares, cuentas, recibos, hojas de servicios, etc., etc.

27